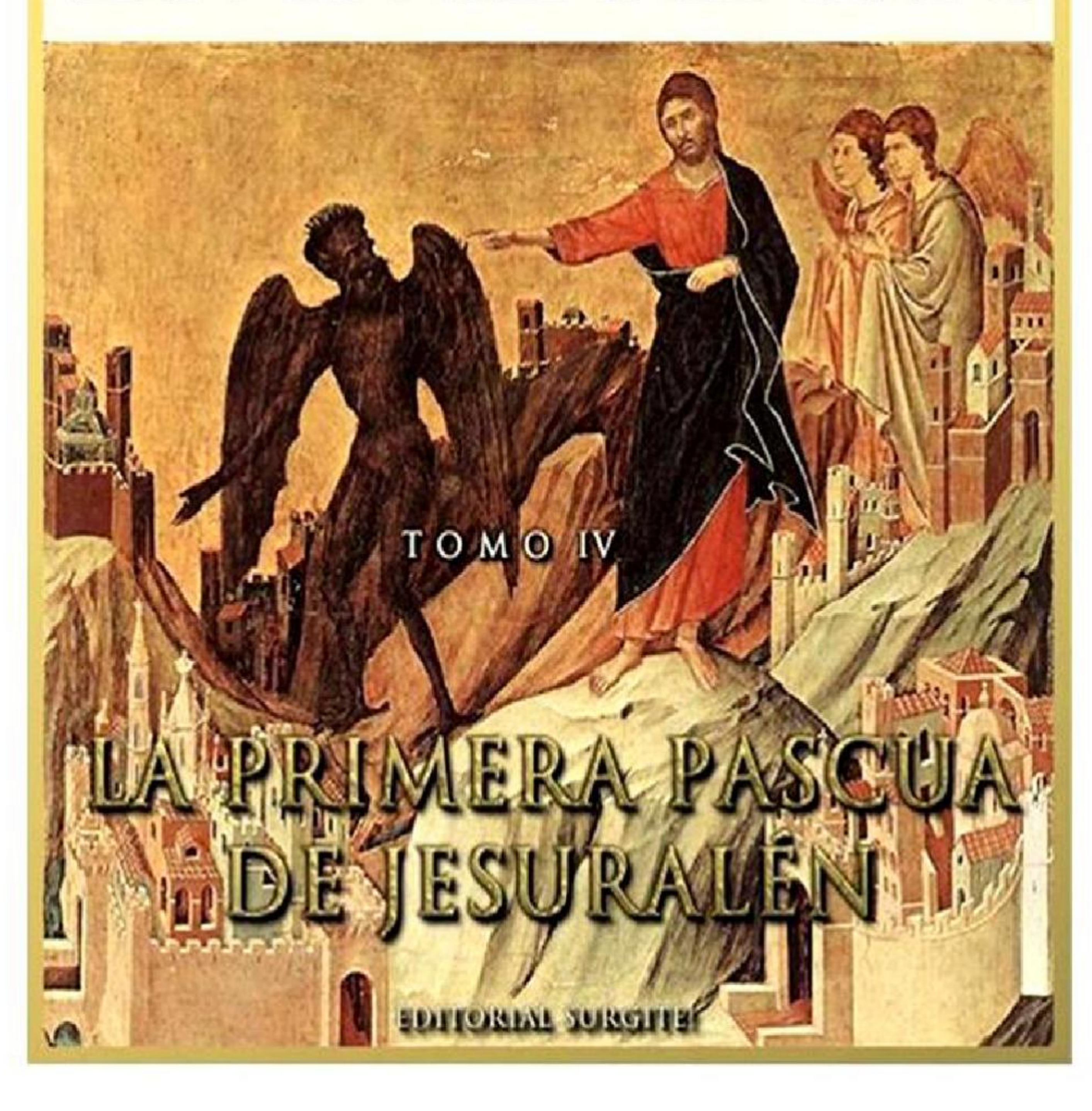
CLEMENS BRENTANO, BERNARDO E.
OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

VISIONES Y REVELACIONES DE LA VEN.

ANA CATALINA EMMERICK



LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTÍSIMA

(La Primera Pascua de Jerusalem)

Según las visiones de la Ven. Ana Catalina Emmerick

- Editado por Revista Cristiandad.org y Editorial Surgite! -

INDICE

Número y título del Capítulo	Página
I-Jesús ayuna cuarenta días en el desierto	3
II - Tentaciones interiores de Jesús	6
III - Jesús tentado por Satanás	9
IV - Satanás tienta a Jesús por medio de artificios de magia	13
V-Satanás lleva a Jesús al pináculo del templo y sobre la montaña	14
VI - Los ángeles sirven a Jesús	16
VII - Jesús se dirige al Jordán y hace bautizar allí	18
VIII - Jesús en Silo, Kibzaim y Thebez	24
IX - Primer llamamiento oficial de Pedro	28
X-Las bodas de Cana	34
XI - Reflexiones sobre las frutas y las hierbas. La comida de bodas.	40
XII - Conclusión de las bodas de Cana	44
XIII - Jesús en Cafarnaúm y en el mar de Genesaret	45
XIV - Jesús manda bautizar en el Jordán	49
XV - Jesús en Adummim y Nebo	54
XVI - Jesús en Phasael. Sana a la hija de Jairo. Primer encuentro con la Magdalena	57
XVII - Jesús en Cafarnaúm y Gennebris	59
XVIII - Jesús en Kisloth-Tabor	62
XIX - Jesús en Sunem y en Ulama	65
XX - Jesús en Cafarnaúm	68
XXI - Jesús ayuda a unos náufragos	70
XXII - Jesús en Nazaret. Los tres jóvenes. La fiesta de Purim.	73
XXIII - Jesús en una posesión de Lázaro en Thirza	76
XXIV - La primera Pascua en Jerusalén	78
XXV - María y los futuros apóstoles van a Jerusalén	82
XXVI - Jesús echa a los mercaderes del templo	85
XXVII - La celebración de la Pascua por Jesús, Lázaro y sus discípulos	87
Notas	91

I
Jesús ayuna cuarenta días en el desierto

Jesús partió antes del sábado acompañado por Lázaro desde la posada de éste hacia el desierto. Le dijo que tornaría después de cuarenta días. Desde esta posada caminó solo y descalzo y fue al principio, no en dirección de Jericó, sino hacia el Mediodía, como quien va a Belén, pasando entre los lugares de los parientes de Ana y los parientes de José, cerca de Maspha; luego torció hacia el Jordán. Anduvo por estos lugares, hasta el sitio donde había estado el Arca de la Alianza y donde había celebrado Juan aquella solemne fiesta. A una hora de Jericó subió a la montaña y se internó en una amplia gruta. Esta montaña se extiende desde Jericó, entre Oriente y Mediodía, sobre el Jordán, hacia Madián. Jesús comenzó su ayuno aquí, en Jericó; lo prosiguió en diversos lugares, al otro lado del Jordán, y lo completó aquí, adonde lo trajo el diablo cuando lo tentó.

Esta montaña ofrece, desde su cumbre, una vista muy extensa: en parte está cubierta de plantas y en parte aparece empinada y árida. La altura no es tanta como la de Jerusalén, pero está en una comarca más baja y se levanta solitaria. Cuando miro las montañas de Jerusalén veo la del Calvario más alta, de modo que está al mismo nivel que la mayor altura del templo. En dirección a Belén, o sea hacia el Sur, está Jerusalén, sobre una cumbre empinada y peligrosa; por este lado no hay entrada ninguna y todo está ocupado con palacios y edificios. Jesús subió ya de noche a una de las cumbres empinadas de la montaña del desierto, que llaman ahora de la Cuarentena. Hay como tres respaldos en esta montaña y tres grutas, una sobre otra. Desde la superior, adonde subió Jesús, se ve por detrás un abismo rocoso; toda la montaña está llena de quebradas muy peligrosas. En esta misma cueva habitó un profeta, de cuyo nombre no me acuerdo, 400 años antes. También Elías estuvo algún tiempo oculto aquí y agrandó la cueva. Sin que nadie supiese de donde venía, descendía a veces hasta el pueblo, ponía paz y profetizaba. Unos 150 años antes habían tenido aquí su habitación unos 25 esenios. Al pie de este monte estaba el campamento de los israelitas cuando con el Arca de la Alianza y las trompetas daban vueltas alrededor de Jericó. En este mismo lugar está el pozo cuyas aguas dulcificó el profeta Eliseo. Santa Elena hizo arreglar estas cuevas en forma de capillas, y yo he visto una vez, en una de estas capillas, un cuadro que representaba la escena de la tentación. En la parte de arriba hubo también, en otros tiempos, un convento. Yo no acababa de comprender cómo pudieron llegar los

trabajadores hasta la altura del monte donde estaba ese convento. He visto que Santa Elena edificó muchas capillas en estos y otros santos lugares. También levantó una capilla sobre la casa paterna de Ana, a unas dos horas de Séforis, donde sus padres tenían otra casa. Me causa mucha tristeza ver que estos santos lugares fueron devastados hasta perderse el recuerdo de las iglesias y capillas allí existentes. Cuando yo era niña e iba, antes del amanecer, por entre la nieve a la iglesia de Koesfeld, veía todos estos lugares, muy claramente; y veía también que a veces personas piadosas, para evitar que los soldados y guerreros los devastaran, se interponían y se echaban al suelo delante de sus espadas.

Las palabras de la Escritura: "Fue llevado por el Espíritu al desierto", significan: "El Espíritu Santo, que había descendido sobre Él en el bautismo (ya que Jesús como hombre dejaba que todo sucediese en Él como tal), lo movió ahora a ir al desierto para prepararse a su misión y a sufrir como hombre, delante de su Padre celestial".

Jesús oraba en esa cueva arrodillado, con los brazos extendidos a su Padre celestial, para tener fuerza y consuelo en todos los sufrimientos que le estaban reservados. Veía delante de Sí todos los futuros sufrimientos y pedía fuerzas a su Padre para cada uno de ellos. Tuve en esta ocasión cuadros de sus dolores y he visto que recibía fuerza, constancia y mérito para cada uno de ellos. Una gran nube blanca, del tamaño de una iglesia, se posó sobre Él y por cada una de sus oraciones bajaban ángeles que tomaban forma humana; le honraban, le daban ánimo, consuelo y promesa de ayuda. Conocí que Jesús pidió aquí y consiguió para cada uno de nosotros toda ayuda, constancia, victoria y consuelo en nuestras penas y tentaciones; que compró para nosotros, con sus oraciones, el mérito y la victoria; que preparó allí todo el mérito de las mortificaciones y ayunos; y que ofreció a Dios Padre todos sus trabajos y padecimientos para dar mérito y valor a todos los padecimientos y penas de espíritu de los que creerían en Él. Conocí el tesoro que Jesús instituyó para la Iglesia y que se abrió en los cuarenta días de su ayuno. Vi a Jesús sudar sangre en esta oración.

Jesús bajó de nuevo de esta montaña hacia el Jordán, entre Gilgal y el lugar del bautismo de Juan, que estaba más al Sur, como a una hora de camino. Pasó "solo en una balsa el río, que era estrecho en este punto, y caminó dejando a su derecha a Bethabara y varios caminos reales que llevaban al Jordán. Seguía por senderos de montaña a través del desierto, internándose entre el Este y el Mediodía. Llegó a un valle que va hacia Kallirrohe, pasando un riachuelo, y se dirigió a una ladera

de la montaña, más al Oeste, donde está Jachza, en un valle. En este lugar habían los israelitas vencido al rey amonita Sichón. En esta guerra había tres israelitas contra diez y seis enemigos; pero sucedió un prodigio. Vino sobre los amonitas una tormenta y un ruido espantoso, que los puso en fuga y los derrotó. Jesús estaba ahora sobre una montaña muy agreste. Era todo aquí más salvaje que en la montaña cercana a Jericó, que estaba como enfrente. Dista del Jordán nueve horas de camino.

II
Tentaciones interiores de Jesús

Está oculta a Satanás la divinidad de Jesús y su misión. Las palabras; "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido", las entendió como dichas a un hombre, a un profeta. Jesús está ahora apesadumbrado en su interior. La primera tentación que tuvo fue esta: "Este pueblo está demasiado pervertido. ¿Tendré Yo que padecer todo esto por él y no poder conseguir el pleno efecto de mi obra?..." Jesús venció esta tentación, a pesar de prever todos sus dolores, con inmensa bondad y amor a los hombres, Jesús rezaba en la cueva, a veces de rodillas, a veces de pie y a veces postrado echado sobre su rostro. Estaba con sus acostumbrados vestidos, pero los tenía más sueltos. No llevaba la correa y estaba descalzo. En el suelo estaban su manto, algunos bolsillos y el ceñidor. Cada día era el trabajo de su oración diferente, porque todos los días nos conseguía otras gracias; y así veía que no volvían las cosas que ya había vencido. Sin esta lucha y merecimiento de Jesús por nosotros no hubiera podido ser meritoria nuestra resistencia contra las tentaciones ni posible nuestra victoria. Jesús no comía ni bebía; pero he visto que los ángeles lo confortaban y fortalecían.

No había adelgazado por el largo ayuno: su rostro aparecía más pálido. En esta cueva, que no estaba en plena cumbre, había una abertura por la cual entraba un aire helado; y en este tiempo del año ya hacía frío y el día era nebuloso. El interior era de piedras coloridas, de modo que si hubiese sido pulido pudiera parecer pintado de varios colores. Los alrededores de la cueva tenían muy poca vegetación. Era tan amplia que Jesús podía estar hincado o echado en una parte de ella sin quedar bajo esa abertura.

Lo he visto echado sobre su rostro. Sus pies desnudos estaban sangrando, heridos por las caminatas que había hecho, pues había ido al desierto con los pies descalzos. A veces se levantaba en pie; otras veces se echaba sobre su rostro. Estaba rodeado de luz. De pronto hubo adentro una conmoción y un ruido; la cueva se llenó de luz y apareció una multitud de ángeles que traían variados objetos. Yo me sentí tan agobiada y oprimida que me parecía estar metida dentro de la misma roca de la cueva; y con la impresión de que me hundía y me perdía, comencé a clamar: "¡Yo me hundo; yo debo hundirme junto a mi Jesús!"

Ahora he visto que los ángeles se inclinaban ante Jesús, le honraban y le preguntaban si podían presentarle los instrumentos de su misión, y

si era su voluntad aún padecer por los hombres como hombre, como había sido esta su voluntad cuando descendió de su Padre y tomó carne en el seno de la Virgen. Como Jesús renovase de nuevo su resolución, levantaron ante Él los ángeles una cruz muy grande cuyas partes habían traído. Esta cruz tenía la forma que siempre veo y constaba de cuatro partes, como veo también las prensas del vino. La parte superior de la cruz, que se alzaba entre los dos trozos de madera de los lados, estaba también aparte. Cinco ángeles llevaban la parte inferior de la cruz, tres ángeles la parte superior, tres el brazo izquierdo y tres el derecho; tres llevaban el pedazo de madera donde descansaban los pies de Jesús; tres traían una escalera; otro un canasto con sogas y utensilios; otro la lanza, la caña, los azotes, la vara, la corona de espinas, los clavos, los vestidos de burla, y, en fin, todas aquellas cosas que fueron causa de sus dolores en su pasión. La cruz-era hueca, de modo que se podía abrir como un armario, y adentro se veía toda clase de instrumentos de martirio. En medio de ella, donde correspondía al corazón abierto de Jesús, se veía un entrelazamiento de figuras de tormento con los más diversos objetos. El color de la cruz era de sangre que conmovía. De este modo, todas las partes de la cruz eran de diversos colores, con los cuales se podía conocer los diversos dolores que debía padecer Jesús; y los rayos de estas partes iban hacia la imagen del corazón, que estaba en el medio. En cada parte había instrumentos diversos que indicaban futuros sufrimientos. Se veía igualmente en esa cruz vasos con hiel y vinagre; otros con mirra y áloe, que se usaron después de la muerte del Salvador. Había además adentro una cantidad de bandas como cintas, del ancho de la mano, de diversos colores, donde había grabadas varias formas de padecimientos y dolores. Los diferentes colores denotaban distintos grados y maneras de oscuridad y tinieblas que debían ser iluminadas y transparentadas por los dolores de Jesús. De color negro aparecía lo que se daba por perdido; pardo lo que era triste, duro, seco, mezclado y sucio; de color rojo aparecía lo que era pesado, terrenal, sensual; y de color amarillo lo muelle, demasiado delicado! y cómodo. Había algunas bandas, entre amarillas y coloradas, que tenían que ser emblanquecidas e iluminadas. Había también otras bandas blancas, de un blanco de leche, con escrituras luminosas y transparentes. Esto significaba lo ganado, lo vencido, lo completado y perfeccionado. Estas bandas eran como señales y representaciones, la cuenta de todos los trabajos y dolores que Jesús tenía que sobrellevar en su carrera mortal, con sus discípulos y con los hombres. También se le presentaron al Señor todas aquellas personas que más le debían hacer sufrir: la

obstinación de los fariseos, la traición de Judas y la crueldad de los judíos durante los dolores de su pasión y muerte. Todas estas cosas las desarrollaban los ángeles delante de la vista de Jesús con mucha reverencia y en cierto orden, como procedería un sacerdote en sus ceremonias; y cuando todo este aparato de dolores le fue presentado, he visto a Jesús, y a los ángeles con Él, derramando lágrimas.
Otro día vi que los ángeles representaban a Jesús la ingratitud de los hombres, las dudas, las burlas, las traiciones y negaciones de amigos y enemigos, hasta su amarga muerte y aún después; y todo lo que de sus dolores y penas se perdería para los hombres. Le mostraron también lo que se ganaba, para su consuelo. Todo esto se representaba en cuadros y vi a los ángeles señalando esos cuadros y representaciones. En todas estas representaciones yo veía la cruz de Jesús, como siempre, de cinco clases de maderas, con los brazos encajados adentro, con las cuñas debajo y un madero para descanso de los pies. El pedazo de madera para poner el título lo vi añadido arriba, porque no había espacio sobre la cabeza para ponerlo. Este trozo de madera estuvo sobrepuesto, como una tapa sobre un costurero.

III
Jesús tentado por Satanás

Satanás no tenía certeza ni conocimiento de la Divinidad de Cristo: lo creía un profeta. Había observado la santidad de su infancia y juventud, y la santidad de su Madre, a quien nunca pudo llegar con sus tentaciones, pues ella no las recibía. No había en María ninguna materia por donde pudiese Satanás tentar. Era María la más hermosa Virgen; pero no tuvo a sabiendas relaciones con ningún pretendiente, fuera de la elección que de Ella se hizo en el templo por la señal de la vara florida. Le intrigaba a Satanás ver que Jesús, profeta según su parecer, no tenía los modos farisaicos y severidades de ley en los usos y costumbres con sus discípulos; lo tenía por un hombre, ya que veía que ciertas cosas exteriores escandalizaban a los fariseos.

Como viera que Jesús se mostraba a menudo con celo, quiso tentarlo, como si fuese un discípulo que le quería seguir; y como lo veía tan bondadoso, lo quiso tentar en forma de un anciano débil y disputar con Él como si fuese un esenio. Por esto he visto una vez a Satanás en la entrada de la cueva, bajo la forma de un joven[1] hijo de una viuda, sabiendo que Jesús amaba a ese joven. Hizo Satanás un ruido en la entrada para mover a displicencia a Jesús, en cuanto ese discípulo se llegaba hasta su retiro contra lo que Él había dicho que no lo siguieran. Jesús ni siquiera volvió su rostro para mirarlo. Satanás anduvo por la cueva y hablaba de Juan el Bautista que, según él, debía estar muy contrariado contra Jesús que había hecho bautizar en diversos lugares, cosa que no le correspondía a Él sino a Juan solo.

Después de esto, Satanás envió arriba la figura de siete o nueve de sus discípulos, uno tras otro. Venía uno por vez a la cueva y decía que Eustaquio les había dicho que Él estaba en esta cueva; que lo habían estado buscando con grande ansia; que Él no debía arruinar su salud en este lugar, abandonándolos a ellos. Añadían que se hablaba mucho de Él y que no debía permitir corrieran tantas voces sobre su modo de proceder. Jesús nada contestó a todas estas representaciones y, al fin, dijo: "Vete de aquí, Satanás; ahora no es tiempo". Con esto desaparecieron todas las figuras de discípulos.

Más tarde apareció de nuevo Satanás en figura de un anciano esenio muy venerable, que venía cansado de subir por la montaña. Aparecía tan cansado que yo misma tuve compasión del que parecía venerable anciano. Se acercó a la cueva, cayendo de cansancio a la puerta misma, dando quejidos de dolor. Jesús ni siquiera miró al que

acababa de entrar. Entonces se levantó el fingido esenio y dijo que era uno del Monte Carmelo, que había oído hablar de Jesús y que, por verlo, se había venido hasta allí, desfalleciendo casi por el cansancio. Le rogaba se sentase un momento en su compañía, para hablar de cosas de Dios. Dijo que sabía lo que era ayunar y rezar; y que si se unen dos en oración sirve de edificación mutua. Jesús solo contestó algunas palabras, como: "Apártate de mí, Satanás, no es llegado el tiempo". Sólo entonces vi que había sido Satanás el aparecido, puesto que al alejarse y desaparecer se puso negro, tenebroso y lleno de ira. Me causó risa ver que se echó al suelo como desfallecido y al fin tuvo que levantarse solo.

Cuando Satanás apareció de nuevo para tentar a Jesús se apareció en figura del anciano Eliud. Debió haber sabido que a Jesús se le había mostrado la cruz con todos los sufrimientos que le esperaban, porque comenzó diciendo que había tenido una visión de los graves dolores que debía sufrir Jesús y que había sentido la impresión de que no habría podido soportar semejantes sufrimientos. Dijo que tampoco podría estar ayunando los cuarenta días y que por eso venía él para verle de nuevo y pedirle que le dejase participar de su soledad y tomar sobre sí una parte de su promesa y resolución. Jesús no miró siquiera al tentador, y levantando sus manos al cielo, dijo: "Padre mío, quita esta tentación de Mí". Al punto Satanás desapareció, lleno de rabia y despecho.

Después de esto, Jesús se hincó para rezar; y al rato vi que aparecieron allí aquellos tres jóvenes que habían estado con Él desde un principio en Nazaret, que habían querido ser discípulos suyos y que luego le habían dejado. Estos jóvenes se arrojaron a los pies de Jesús y le dijeron que no podían tener paz y tranquilidad si no les perdonaba; se mostraron muy compungidos y contritos. Pedían los volviera a recibir y les dejase ayunar en su compañía, añadiendo que querían ser en adelante sus más fieles discípulos. Se mostraban muy afligidos; y entrando en la gran cueva, andaban con toda clase de ruidos en torno de Él. Jesús se levantó entonces, alzó sus manos al cielo, rogó a su Padre y al punto desapareció la imagen de esos jóvenes.

Una tarde, mientras Jesús rezaba de rodillas, he visto a Satanás, en luminosa vestidura, flotando por los aires y subiendo la ladera escarpada de la montaña. Esta ladera escarpada estaba al Oriente; no había por ese lado entrada alguna, sino sólo algunos agujeros en las rocas. Satanás se presentó luminoso, semejante a un ángel; pero Jesús ni lo miró siquiera. Veo que en estos casos la luz de Satanás nunca es transparente, sino con un brillo superficial e imitado; y su

mismo traje hace impresión de dureza, mientras veo las vestiduras de los ángeles transparentes, ligeras y luminosas. Satanás, en forma de ángel, quedó en la entrada de la cueva, y dijo: "Soy enviado por tu Padre, para consolarte". Jesús no le dirigió siquiera una mirada.
Después de esto apareció de nuevo en otra parte del monte, junto a una abertura que era del todo inaccesible y dijo a Jesús que considerase cómo era un ángel, ya que volaba por esos sitios inaccesibles. Tampoco esta vez se dignó Jesús dirigirle una mirada. Entonces vi a Satanás terriblemente rabioso e hizo ademán como si quisiese aterrarlo con sus garras a través de esa abertura; su rostro y aspecto eran espantosos. Jesús no le dirigió siquiera una mirada. Satanás desapareció.
He visto aparecer a Satanás en forma de un anciano ermitaño del monte Sinaí, todo desgreñado y penitente, y entrar en la cueva de Jesús. Lo he visto trepar cansadamente por la montaña; tenía una luenga barba y solo una piel por vestidura; pero a pesar de esto lo reconocí por no poder disimular algo de artero y de puntiagudo en su rostro.
Dijo que había estado con él un esenio del monte Carmelo, que le había hablado de su bautismo, de su sabiduría, de sus prodigios y ahora de su ayuno riguroso. Por esto había venido, a pesar de su mucha edad, hasta aquí; para que se dignase hablar con él, que tenía también una larga experiencia en cuestión de ayunos y penitencias. Le dijo que ya lo hecho bastaba, que dejase lo demás y que él mismo tomaría una parte de lo que aún faltaba por hacer. Habló en este sentido muchas cosas, y Jesús, mirando apenas de un lado, dijo: "Apártate de mí, Satanás". Vi entonces a Satanás precipitarse como una piedra, desde el monte abajo, con estruendo, como un cuerpo negruzco.
Yo me preguntaba cómo puede serle desconocido al Demonio que Jesús era Dios. Recibí entonces una instrucción y conocí claramente el provecho grande para los hombres de que Satanás, y el mismo hombre, no lo entendiesen y lo debiese creer. El Señor me dijo estas palabras: "El hombre no sabía que la serpiente que le tentaba era Satanás; por esto no debe saber Satanás que es un Dios el que salva al hombre". He visto en esta ocasión que Satanás recién reconoció la Divinidad de Cristo cuando Éste bajó a los infiernos a librar las almas de los santos padres.
En uno de estos días siguientes he visto a Satanás aparecer en forma de un hombre de aspecto venerable y que venía de Jerusalén y se acercaba a la cueva de Jesús, que estaba en oración. Dijo que venía porque le interesaba mucho saber si Él estaba destinado a dar la

libertad a su pueblo de Israel. Contó todo lo que se decía y contaba en Jerusalén de su persona y añadió que venía para ayudarle y protegerle. Dijo ser un mensajero de Herodes, que le invitaba a ir con él a Jerusalén, ocultarse en el palacio de aquél y reunir a sus discípulos, hasta poner en orden su designio de liberación. Insistía que era conveniente que viniese de inmediato con él. Todo esto lo dijo con muchas palabras y por extenso. Jesús no le miró. Rogó con instancia; y de pronto vi a Satanás alejarse de allí, volviéndose su rostro espantoso y despidiendo llamas y tinieblas por la nariz.

Como Jesús estaba atormentado por el hambre, especialmente por la sed, se presentó Satanás en forma de un piadoso ermitaño, que le dijo: "Tengo mucha hambre; te ruego me des de los frutos que están aquí en la montaña, delante de la entrada, pues no quiero sacar nada sin permiso del dueño. Nos sentaremos luego amigablemente y conversaremos de cosas buenas". Había, en efecto, no en la entrada, sino al lado, hacia el Oriente, a alguna distancia de la cueva, algunos higos y una clase de frutas como nueces, pero de cáscara blanda como la tienen los nísperos, y también bayas. Jesús le dijo: "Apártate de Mí; tú eres el mentiroso desde el principio, y no dejes daño alguno sobre esos frutos". Vi entonces al fingido ermitaño precipitarse como una sombra oscura contrahecha del monte abajo y escupir un vapor negro.

Vino Satanás en forma de un viajero y preguntó si no podía él comer de las hermosas uvas que se veían allí cerca, que eran tan buenas para apagar la sed. Jesús no contestó nada ni miró hacia el lado donde le hablaba. Algunos días después le tentó mostrándole una fuente de agua.

IV
Satanás tienta a Jesús por medio de artificios de magia

Satanás vino de nuevo a la cueva de Jesús, esta vez como un maestro de artificios y como sabio. Dijo que venía a Él como tal, que algo podía mostrar de lo que sabía hacer y le invitó a mirar dentro de un artefacto que traía. Diciendo esto mostró una máquina parecida a una bola, o mejor a un cesto de pájaros. Jesús no miró hacia él, le volvió las espaldas y salió de la cueva.
En ese caleidoscopio que traía Satanás se veía una maravillosa representación de la naturaleza: un jardín delicioso, de exuberante vegetación, con amena sombra, frescas fuentes, árboles llenos de hermosas frutas y de ubérrimos racimos de uva. Todo esto se veía tan cerca que se podía tomar con la mano y con numerosos cambiantes de paisajes y de objetos deleitosos. Cuando Jesús le dio las espaldas, Satanás huyó de allí con su aparato[2]. Esta tentación se produjo en este momento para hacer quebrantar el ayuno a Jesús, que comenzaba ahora a sentir más que antes los estímulos del hambre y de la sed.
Satanás no sabe qué hacer con Jesús. Conoce las profecías que hay sobre Él y siente que tiene Jesús un poder que otros no tienen; pero no sabe que es Dios, ni sabe de fijo que es el Mesías que no puede ser tocado en sus obras; porque lo ve en muchas cosas tan humano; lo ve ayunar, sufrir tentaciones, tener hambre y sed y padecer como los demás hombres. Satanás es en esto tan ciego, en parte, como los fariseos. Lo tiene por un hombre santo y justo, a quien conviene tentar para hacerlo caer en falta y ponerlo en turbación.
Jesús padece hambre y sed. Lo veo con frecuencia delante de la entrada de la cueva. Hacia la noche vino Satanás en forma de un hombre grande y fuerte, subiendo la montaña. Había levantado abajo dos piedras del tamaño de pequeños panes, con ángulos; y mientras subía les había dado forma de panes en sus manos. Había en él algo de profundo encono cuando subió esta vez y entró en la cueva. Tenía una piedra en cada mano y dijo más o menos lo siguiente: "Tienes razón de no haber comido alguna fruta; ellas no sirven sino de placer. Pero si Tú eres el Hijo querido de Dios, sobre el cual vino el Espíritu Santo en el bautismo, mira: yo he hecho que estas piedras parezcan panes; haz Tú ahora que sean panes". Jesús no miró a Satanás; le oí sólo estas palabras: "El hombre no vive de pan". Estas palabras las entendí claramente. Entonces Satanás se puso rabioso. Extendió sus garras contra Jesús y vi las dos piedras en sus manos. Al punto huyó de allí. No pude menos que reír al ver que tuvo que llevarse las piedras que había traído.

V

Satanás lleva a Jesús al pináculo del templo y sobre la montaña

Hacia la tarde del día siguiente vi a Satanás volar hacia Jesús, como un ángel poderoso, con gran estrépito. Estaba con vestiduras guerreras, como veo con frecuencia a San Miguel. Pero en Satanás siempre se descubre algo de repelente y de opaco, aún en su mayor brillo. Se gloriaba delante de Jesús y decía: "Quiero mostrarte lo que puedo y quién soy y cómo los ángeles me llevan en sus palmas. Mira allá a Jerusalén, mira el templo. Te quiero colocar sobre el punto más alto. Muestra entonces lo que Tú puedes y si los ángeles te sostienen en sus manos". Mientras esto decía vi la ciudad de Jerusalén y el templo tan cerca como si estuvieran junto a la montaña. Creo que todo esto no era sino artificio de Satanás. Jesús no le respondió. Satanás lo tomó por las espaldas y lo llevó por el aire, volando bajo, hasta Jerusalén; lo puso sobre la punta de una de las torres de las cuatro que había sobre el templo y que yo hasta entonces no había notado. Esta punta estaba en el ángulo occidental, hacia Sión, enfrente de la torre Antonia. La ladera de la montaña donde estaba el templo era en esta parte muy escarpada. Estas torres eran como prisiones y en una de ella estaban guardadas las preciosas vestiduras de los sacerdotes. Eran por arriba planas; de modo que se podía caminar en ellas; se alzaba, empero, todavía en medio de ellas un cono hueco que terminaba con una bocha tan grande que podían estarse allí dos hombres de pie. Desde aquí se podía contemplar el templo en su conjunto. En este punto más alto puso Satanás a Jesús, que nada dijo hasta este momento. Satanás, entonces, de un vuelo bajó a tierra, y dijo: "Si Tú eres el Hijo de Dios, muestra tu poder y déjate caer abajo, pues está escrito: Mandará a sus ángeles que te sostengan en sus manos para que no tropieces en piedra alguna". Entonces dijo Jesús: "Está escrito también: No tentarás a tu Dios".

Vino entonces Satanás todo rabioso contra Él, y Jesús dijo: "Usa del poder que se te ha dado". Le tomó entonces Satanás de los hombros, y furioso voló con Él a través del desierto, hacia Jericó. Sobre aquella torre cayó por la tarde luz vespertina del cielo. Voló en esta ocasión más despacio. Lo veía volar con rabia con Jesús, ya por lo alto, ya bajando, ya culebreando, como uno que quiere desahogar su enojo y no puede dominar el objeto de su rabia. Lo llevó sobre el mismo monte, a siete horas de Jerusalén, donde Jesús había comenzado su ayuno. Vi que lo llevó junto a un árbol de terebinto que se erguía grande y fuerte en medio de un jardín de un esenio que había vivido hacía tiempo en este lugar. También Elías había vivido allí. Estaba detrás de la cueva, no lejos de la escarpada ladera. Estos árboles son picados y cortados en la corteza tres veces al año y dan cada vez una cierta cantidad

de bálsamo. Satanás puso a Jesús sobre un pico de la montaña, que era inaccesible y más alta que la cueva misma. Era de noche; pero conforme Satanás señalaba a un lado o a otro se veían los más hermosos paisajes de todas partes del mundo. Satanás dijo mas o menos a Jesús: "Yo sé que Tú eres un gran maestro y vas a buscar ahora discípulos para esparcir tu doctrina. Mira todas estas espléndidas comarcas, estos poderosos pueblos... y mira esta pequeña Judea. Allá es donde tienes que ir. Yo te quiero entregar todas estas comarcas, si Tú te postras y me adoras". Con esta adoración entendía ese obsequio y esa humillación que era de uso entre los fariseos y judíos delante de reyes y de personajes poderosos, cuando querían obtener algo de ellos. El diablo presentó aquí una tentación semejante, aunque en mayor escala, que cuando se presentó en forma de un mensajero del rey Herodes venido desde Jerusalén, invitándole a ir a la ciudad y a vivir en el castillo bajo su protección. Cuando Satanás señalaba con su mano veíanse grandes países y mares extensos; luego sus ciudades, sus reyes y príncipes, sus magnificencias y triunfos, yendo y viniendo con sus guerreros y soldados con toda majestad y esplendor. Todo se veía tan claro como si estuviera cerca y más distinto aún. Parecía que uno estaba allí dentro de esa magnificencia y cada figura, cada cuadro, cada pueblo aparecía con diversos esplendores, con sus costumbres, usos y maneras peculiares. Satanás señaló de algunos pueblos sus particularidades principales y especialmente un país donde había grandes hombres y fuertes guerreros, que parecían gigantes, creo que Persia, y le dijo que allí tenía que ir a enseñar. La Palestina se la representó muy pequeña y despreciable. Fue una representación maravillosa: se veían tantas cosas, tan claras y al mismo tiempo tan espléndidas y atrayentes. Jesús no dijo otra cosa que: "Adorarás a Dios tu Señor y a Él sólo servirás. Apártate de Mí, Satanás". Entonces vi a Satanás, en espantoso aspecto, precipitarse de la montaña, caer en lo profundo y desaparecer como si se lo hubiese tragado la tierra[3].

VI
Los ángeles sirven a Jesús

Después de esto vi una multitud de ángeles aparecer al lado de Jesús, inclinarse ante Él y llevarlo delicadamente en las palmas a la cueva donde había comenzado su ayuno de cuarenta días. Había allí doce ángeles y otros grupos de ayudantes en determinado número. No recuerdo ya bien si 72, aunque creo que si, porque tuve durante esta visión el recuerdo continuo de los apóstoles y de los 72 discípulos. Se celebró en la cueva una fiesta de acción de gracias y de victoria con una comida. Vi a los ángeles adornar el interior de la cueva con hojas de parra de la cual descendía, sobre la cabeza de Jesús, una corona de hojas. Todo esto aconteció en un orden admirable y cierta solemnidad y era luminoso y significativo, y no duró mucho tiempo; pues lo que se injertó en una intención siguió a la intención del todo al vivo y se esparció al exterior según su destino.
Los ángeles habían traído desde el principio una mesa pequeña con alimentos del cielo, que se agrandó luego. Los alimentos y los recipientes eran como los que veo siempre en las mesas del Cielo, y he visto que Jesús y los doce apóstoles y los otros ángeles tomaban parte de la comida[4]. No era el de ellos un comer con la boca, y, sin embargo, era un tomar para sí y un traslado de las frutas en los que los gustaban, que eran recreados y participaban de la comida. Era como si la íntima significación de los alimentos pasase a quienes los tomaban. Esto es inexplicable. Al final de la mesa había un cáliz grande y luminoso y pequeños vasitos alrededor de él, en la forma de aquél que se usó en la última Cena; sólo que aquí era más espiritual y más grande. Había también un plato con panecillos redondos. Vi que Jesús echaba algo del gran cáliz en los vasos pequeños y mojaba pedazos de panes en los vasos y que los ángeles recibían de ellos y los llevaban.
Mientras veía estas cosas se disipó la visión y Jesús salió de la cueva y fue descendiendo la montaña en dirección al Jordán. Los ángeles lo hicieron en forma y orden diferentes. Los que desaparecieron con el pan y vino tenían vestidura sacerdotal. En ese mismo momento he visto toda clase de consuelo y de animación en los amigos de Jesús de ahora y de más tarde. Vi a Jesús aparecer a María, en Cana, de modo admirable y confortarla y consolarla. Vi a Lázaro y a Marta conmovidos de amor hacia Jesús. Vi a María la Silenciosa refrigerada en realidad con parte de ese alimento: vi al ángel junto a ella y a ella recibir el alimento. María la Silenciosa había contemplado siempre los dolores y tentaciones de Jesús y estaba en estas cosas admirables de tal manera que no se maravillaba de nada. Aún a la Magdalena la he visto conmovida: estaba en ese momento ocupada en

adornarse para una fiesta, cuando de pronto le sorprendió un saludable temor de su vida y su salvación y arrojó su adorno al suelo, cosa que causó la burla de los que la rodeaban. A muchos de los que iban a ser más tarde sus discípulos, los vi aligerados y reconfortados y con ansias de Jesús. A Natanael lo vi en su pieza pensando en las cosas que había oído a Jesús, muy conmovido; pero luego él lo alejaba todo de su mente. A Andrés, a Pedro y a los demás apóstoles los vi fortalecidos y conmovidos. Fue esto un espectáculo admirable.

María vivió al principio del ayuno de Jesús en la casa cerca de Cafarnaúm. Tenía ocasión de oír a muchos que murmuraban diciendo que Él iba vagando y nadie sabía dónde; que Él abandonaba a su Madre; que era su deber, después de la muerte de José, tomar un oficio para mantener a su Madre. Ahora, especialmente, había mucha conversación, habiendo llegado noticias de lo sucedido en su bautismo, el testimonio de Juan y las cosas que contaban los discípulos dispersos en sus pueblos. Cosa semejante sólo sucedió nuevamente en la resurrección de Lázaro y en su pasión y muerte. María se mostraba preocupada y sufría en su interior. Nunca estuvo exenta de visiones, participaciones y sentimientos de compasión para con Jesús. Hacia el fin de los cuarenta días estuvo María en Cana de Galilea junto a los padres de la esposa de Cana. Son estas personas distinguidas en la ciudad y como jefes de ella; tienen una casa, casi en medio de la ciudad, que es hermosa y limpia; una calle principal pasa por ella; creo que de Ptolomais se ve venir el camino en esa dirección de la ciudad que no es tan desalineada y mal edificada como otras. El esposo hizo su casamiento en su casa. Tienen otra casa en la ciudad, la cual arreglada entregarán a la hija. Ahora está María habitando allí. El esposo es más o menos de la misma edad que Jesús y es como el padre en la casa de su madre, y lleva la administración de la misma. Esta buena gente pide consejo a María para la educación de sus hijos y le muestra todas sus cosas.

VII
Jesús se dirige al Jordán y hace bautizar allí

Juan estaba por este tiempo todavía ocupado en los bautismos. Herodes se esforzaba en conseguir que fuese junto a él: mandaba mensajeros para lisonjearlo y elevarlo sobre Jesús. Juan lo trataba siempre con poco aprecio y repitió su anterior testimonio sobre Jesús. De nuevo vinieron mensajeros a Juan para pedirle cuenta de su proceder con Jesús. Juan repetía lo mismo: que antes no lo había visto y que le habían mandado para preparar sus caminos. Desde el bautismo de Jesús, Juan enseñaba que el agua, por el bautismo de Jesús y del Espíritu Santo que descendió sobre Él, estaba ahora santificada y que del agua habían salido muchas cosas maléficas; que había sido como un exorcismo de las aguas[5]. Jesús se dejó bautizar para santificar las aguas. El bautismo de Juan era ahora más puro y más santo; por esto vi a Jesús bautizar en un recipiente aparte, y de esta fuente hacer correr al Jordán y al lugar común del bautismo, y veía a Jesús y a los discípulos llevar consigo de estas aguas para otros bautismos.
AI clarear el día pasó Jesús el Jordán por aquel estrecho lugar donde había pasado hacía cuarenta días. Había allí balsas. No era este el vado general, sino un paso menos frecuentado. Jesús caminó por el oriente del Jordán hasta enfrentar el sitio del bautismo de Juan. Éste enseñaba y bautizaba; pero al punto señaló a la otra orilla y dijo: "He allí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Jesús se encaminó desde aquí hacia Bethabara. Andrés y Saturnino, que estaban con Juan, se apresuraron a pasar el Jordán por el mismo lugar que había pasado Jesús. Lo siguieron uno de los primos de José de Arimatea y otros dos discípulos de Juan. Se apresuraron a seguir a Jesús y Él les fue al encuentro y les preguntó qué buscaban. Entonces le preguntó Andrés, muy contento de haberlo encontrado, donde habitaba. Jesús les dijo que le siguieran y los llevó a un albergue junto a Bethabara, cerca del mar, y allí se sentaron. Jesús permaneció con estos cinco discípulos en Bethabara y tomó parte en una comida en su compañía. Dijo que daría principio a su vida pública y que se asociaría a algunos discípulos. Andrés le nombró algunos conocidos y alabó a algunos de ellos; nombró a Pedro, a Felipe, a Natanael. Jesús habló del bautismo en el Jordán y que algunos de ellos debían bautizar. Dijeron ellos que allí no había ningún lugar cómodo, sino allá donde Juan bautizaba; pero que no convenía fuese Juan estorbado. Jesús habló de la misión y llamamiento de Juan, de su próximo término y confirmó todas las palabras que éste había pronunciado sobre el Mesías. Habló también de su preparación en el desierto para su ministerio y de la necesidad de una preparación para las obras importantes. Se mostró tierno y familiar con sus

discípulos, porque estos estaban algo cohibidos y humillados en su presencia.
A la mañana siguiente fue Jesús con sus discípulos desde Bethabara hacia el Jordán a las casas de los que pasaban el río y enseñó en una reunión. Más tarde pasó el Jordán y enseñó en un pueblito de unas veinte casitas, a una hora de camino antes de llegar a Jericó. Iban y venían turbas de bautizados por Juan para oír a Jesús y volvían luego a narrar lo oído a Juan. Era ya casi mediodía cuando lo vi enseñando. Jesús encargó a varios discípulos que fuesen de la festividad del Sábado al otro lado del Jordán, como a una hora de camino arriba del río desde Bethabara, y preparasen allí una fuente donde Juan, viniendo de Ainón, había bautizado antes que pasase al oriente del Jordán, frente a Bethabara. Se quería preparar una comida a Jesús, pero Él salió de allí y antes del Sábado volvió a pasar el Jordán hacia Bethabara, donde celebró la fiesta del Sábado y enseñó en la sinagoga. Allí comió en casa del jefe de la sinagoga y durmió en la misma. El lugar del bautismo que Juan había usado algún tiempo, antes del que tenía ahora, fue restaurado por los discípulos de Jesús. La fuente no era tan grande como la de Juan, cerca de Jericó; tenía un borde con espacios para estar el bautizando y un pequeño canal alrededor por donde iba el agua a la fuente a voluntad, según la necesidad. Hay ahora tres lugares de bautismo: el que está sobre Bethabara, el lugar donde Jesús fue bautizado con la isla que nació allí en el Jordán y el más usado donde bautizaba Juan en ese momento. Cuando Jesús llegó echó en esta fuente agua de la fuente de la isla donde fue bautizado Él mismo, que Andrés había traído en un recipiente, y bendijo el agua de la fuente. Los aquí bautizados se sintieron todos muy conmovidos y admirablemente cambiados. Andrés y Saturnino eran los que bautizaban. No se sumergían del todo en el agua; las gentes se acercaban al borde de la fuente; se les ponía las manos sobre los hombros, y el bautizador derramaba con la mano tres veces el agua, y bautizaba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En el bautismo de Juan veo que usaban un recipiente que tenía tres aberturas por donde salían tres chorritos de agua. Aquí se hicieron bautizar muchas gentes, especialmente de Perea.
Jesús, de pie sobre un sitio elevado, lleno de hierba, enseñaba hablando de la penitencia, del bautismo y del Espíritu Santo. Dijo: "Mi Padre ha enviado al Espíritu Santo cuando fui bautizado y clamó: Éste es mi Hijo amado en quien me he complacido". Esto lo dice Él también sobre cada uno de los que aman al Padre celestial y se arrepiente de sus pecados. Sobre todos los que son bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo envía Él su Espíritu Santo, y son aquéllos en quienes encuentra Él sus complacencias; pues Él es el Padre de todos los que reciben su bautismo y que son renacidos para Él por el bautismo.

Yo me maravillo de como estas y otras cosas están tan brevemente en el Evangelio; como por ejemplo: Jesús, apenas le sigue Andrés, después del testimonio de Juan, se encuentra en seguida con Pedro, el cual ni siquiera estaba allí, sino en Galilea. Más admiración me causa que en el Evangelio, casi a continuación de la entrada triunfal en Jerusalén, se sigue en seguida la cena pascual del Jueves y la Pasión, mientras oigo yo tantas enseñanzas de Jesús en este intervalo y pasan tantos días. Yo creo que Jesús se detiene aquí todavía unos quince días antes de ir a Galilea. Andrés no había sido recibido aún en realidad como apóstol. Jesús no lo había llamado; él mismo se había ofrecido, diciendo que quería de buena gana estarse con Él. Era más servicial y más resuelto que Pedro, el cual pensaba con cierta ligereza: "Para esto no me siento capaz, no tendría fuerzas". Por esto volvió a sus ocupaciones ordinarias. El mismo Saturnino y los dos primos de José de Arimatea, Aram y Themeni, se habían agregado en esa forma a Jesús. Habrían venido muchos más discípulos de Juan a Jesús, si no fuera por algunos discípulos de Juan, que, celosos de su maestro, no los hubiesen retenido. El lugar del bautismo de Juan no era ya tan frecuentado. Éstos celosos se quejaron a Juan diciendo que no era justo viniesen los discípulos de Jesús a bautizar allí, que esto correspondía a Juan. Bastante trabajo tenía Juan en hacerles ver su cortedad de vista y su egoísmo. Les decía que recordasen sus palabras, que siempre repetía: que él había venido para preparar los caminos, que él iba pronto a desaparecer cuando estos caminos estuviesen prontos. Ellos amaban mucho a Juan y no querían entender estas razones. Se habían agrupado ya tantos al bautismo de Jesús, que Él dijo a sus discípulos que convenía salir de allí.
Jesús caminó, acompañado de unos veinte discípulos, entre los cuales estaban Andrés, Saturnino, Aram y Themeni, de Bethabara, por el paso común, a través del Jordán y se dirigió a Gilgal, y dejándola a la derecha, hacia la ciudad de Ophra, que estaba escondida en un valle entre montañas. Desde aquí venían siempre las gentes de los lados de Sodoma y Gomorra, sobre camellos, con mercaderías que iban al Oriente del Jordán y se dejaban bautizar por Juan. Había aquí un camino menos principal desde Judea al Jordán. El lugar estaba como olvidado, situado a unas tres o cuatro horas del lugar de Juan, algo más cerca de Jericó y como a siete horas de Jerusalén. Esta ciudad era fría porque no le llegaba mucho sol, pero estaba bien edificada. Los habitantes tenían cierto bienestar que provenía de contrabandos, de comercios y de cambios como lo hacían los publícanos. Vivían, en una palabra, de los que transitaban por su comercio. No eran malos, pero sí indiferentes y con ese espíritu que suelen tener los comerciantes que viven bien de su negocio. No se habían preocupado tampoco mucho del bautismo de Juan; no ansiaban la salud espiritual y les

pasaba como a los que tienen lo necesario para la vida y no se preocupan de más.
Cuando se acercó Jesús mandó a los primos de José de Arimatea que pidiesen las llaves de la sinagoga y llamasen a las gentes para la enseñanza. Jesús usaba a estos discípulos para este fin porque eran amables y diestros en el oficio de persuadir. Al entrar en la ciudad le gritaban los posesos y los furiosos: "Aquí viene el Profeta, el Hijo de Dios, Jesucristo, nuestro enemigo. Viene para echarnos de aquí". Jesús les mandó callar y estar sosegados. Callaron todos y le siguieron dentro de la sinagoga, para ir a la cual tuvo Jesús que atravesar casi toda la ciudad. Enseñó aquí hasta la tarde y sólo salió una vez para tomar alimento. Enseñó sobre la proximidad del reino de Dios, la necesidad del bautismo y exhortó con severas palabras a los habitantes a salir de su tibieza y su falsa seguridad antes que el juicio de Dios viniese sobre ellos. Les reprochó con severas palabras sus usuras, sus negocios injustos, y todos sus pecados, que eran como los de los publícanos y mercaderes. Los hombres no contradecían; pero no fueron muy asequibles, porque estaban muy metidos en sus turbios negocios. Algunos se sintieron muy conmovidos y mejoraron. Por la tarde vinieron otros de los distinguidos, como de los pobres, a su albergue dispuestos a ir al bautismo de Juan. En efecto, desde la mañana siguiente se dirigieron hacia donde estaba Juan.
Desde Ophra partió Jesús con sus discípulos a la mañana hacia Bethabara y en el camino se dividieron. Andrés con el mayor número fue enviado adelante, en el camino que había tomado Jesús, con Saturnino y los primos de José de Arimatea; se dirigieron al lugar de Juan por el camino donde éste había dado testimonio de Él, después del bautismo. Yendo de paso, entró en algunas casas y exhortaba a las gentes a ir al bautismo de Juan. Por la tarde estaban de nuevo en Bethabara y Jesús enseñó, mientras Saturnino y Andrés bautizaban. Como viniesen nuevos bautizandos, la enseñanza de Jesús era la de otras veces: que su Eterno Padre decía a todos los que hacían penitencia y se bautizaban; "Este es mi Hijo amado", puesto que todos eran hijos de Dios. Los más de los bautizados eran de la jurisdicción del tetrarca Felipe, que era un buen hombre. Estas gentes se consideraban dichosas y poco se habían preocupado hasta entonces del bautismo.
Desde Bethabara se encaminó Jesús con tres discípulos, a través del valle, hacia Dibón, donde había estado antes para las fiestas de los Tabernáculos. Enseñó en algunas casas y en la sinagoga que estaba distante de la ciudad en medio del valle. No entró en la ciudad de Dibón, y se retiró, llegada la noche, a un albergue apartado donde trabajadores del campo de los alrededores recibían hospedaje y comida. Ahora se estaba sembrando allí y tenían que cavar la tierra porque encontraban con frecuencia piedras, arena y

no podían usar los instrumentos comunes para arar la tierra. Acaban de almacenar parte de la cosecha recogida. Los habitantes de este valle, que podía tener de largo unas tres horas de camino, eran gente buena, sencilla y de vida modesta, y estaban bien dispuestos respecto de Jesús. Jesús les enseñó con la parábola del sembrador, tanto en la sinagoga como en el campo mismo, explicándoles la comparación. No siempre explicaba Jesús las parábolas. Cuando hablaba con los fariseos solía decir una parábola sin dar la explicación. Andrés y Saturnino fueron con otros discípulos a Ophra, porque las gentes de allí, ya conmovidas por la visita de Jesús, necesitaban ser confirmadas y fortalecidas en esas buenas disposiciones.
Habiendo salido Jesús de Dibón, llegó a Eleale, que está como a cuatro horas de Bethabara; caminó por un sendero que está como a dos horas de distancia del Jordán hacia el Sur con respecto al camino que había andado antes desde Bethabara. Llegó con unos siete discípulos y entró en la casa del jefe de la sinagoga. Dando principio a las fiestas del sábado enseñó en la sinagoga con una parábola de las ramas movidas por el viento en el árbol, del que caen las flores y luego no producen frutos. Les quería decir que ellos, en su mayor parte, no se habían mejorado con el bautismo de Juan, y que se dejaban mover por todo viento, echando los brotes y flores de la penitencia, y no daban fruto de conversión. Usó de esta comparación porque aquí precisamente vivían principalmente de los frutos de sus árboles. Solían llevar lejos sus frutos, porque aquí no había camino real; he visto que trabajaban también en hacer mantas y en tejer diversos géneros en cantidad. Hasta ahora Jesús no encontró aquí contradictores. Las gentes de Dibón y, en general de los alrededores, le tienen afecto y dicen que nunca habían oído un maestro tal, y los ancianos lo comparan con los profetas, cuyas enseñanzas habían oído a sus antepasados.
Después del sábado se dirigió Jesús hacia el Occidente, como a tres horas de camino a Bethjesimoth, situado a una hora del Jordán, al Oriente de una montaña. Mientras andaban se juntaron a Jesús Andrés, Saturnino y otros discípulos de Juan. Jesús les habló de cómo los hijos de Israel habían acampado aquí, y cómo Moisés y Josué les hablaron al pueblo. Hizo una aplicación a los tiempos presentes y a su propia enseñanza. La ciudad de Bethjesimoth no es grande, pero su comarca es fértil especialmente en viñedos. Al tiempo que Jesús entraba en la ciudad habían llevado y dejado en libertad a algunos endemoniados y furiosos que estaban encerrados en una casa. Estos empezaron a clamar: "Ahora viene Él, el profeta; Él nos echará". Jesús se volvió a ellos, les mandó callar y que cayesen sus ataduras y les dijo que le acompañasen a la sinagoga. De pronto cayeron sus ataduras y quedaron tranquilos, se echaron a los pies de Jesús, le dieron gracias y le siguieron a la sinagoga. Les enseñó allí con parábolas de los frutos y de los

viñedos. Después visitó y sanó a muchos enfermos en sus casas. Como la ciudad no da a ningún camino real, la gente lleva sus frutos al mercado para venderlos.
Jesús sanó aquí por primera vez desde su salida del desierto: por esto le rogaba la gente del lugar que se quedase. Pero Jesús se dirigió, acompañado por Andrés, Saturnino, los primos de José de Arimatea, en todo unos doce discípulos, al Norte hacia el pasaje general al cual llevaba el camino de Dibón, el mismo que había hecho cuando fue a la fiesta de los Tabernáculos, desde Gilgal. Tuvieron que emplear bastante tiempo en atravesar el río, porque no estaban los lugares de embarco y desembarco por causa de la montaña escarpada del otro lado del río. De aquí caminaron por espacio de una hora en dirección de Samaria, a un lugarcito al pie de una montaña.
Este pueblo constaba de unas pocas casas y no tenía escuela. Habitaban allí pastores y gentes sencillas y buenas que vestían casi como los pastores de la gruta de Belén. Jesús enseñó al aire libre en un lugar elevado donde había un asiento. Esta gente había recibido ya el bautismo de Juan.

VIII
Jesús en Silo, Kibzaim y Thebez

Después he visto a Jesús en Silo, en la altura de una montaña de suave ladera, por ese lado, mientras los otros son escarpados; tiene una extensa altiplanicie. En esta altura estuvo edificada la choza donde se guardaba el Arca de la Alianza en los primeros tiempos de la salida de Egipto. Había un amplio lugar rodeado de una muralla derruida en parte donde se veían aún las ruinas de las galerías que se habían hecho sobre la choza del Arca. En el lugar donde estuvo el Arca, una columna semejante a la que está en Gilgal, bajo techo, en una galería abierta, perpetúa el recuerdo. Había allí, como también en Gilgal, una gruta cavada en la roca. No lejos había un sitio para el sacrificio y junto a él una cueva cubierta para arrojar los desperdicios, pues aún hoy tenían permiso de ofrecer sacrificios dos o tres veces en el año. También la sinagoga se encuentra allí, con murallas, desde donde se goza de una hermosa vista de las alturas de Jerusalén, el Mar de Galilea y otros contornos montañosos. La ciudad de Silo estaba más bien en decadencia y poco habitada; había allí una escuela de fariseos y saduceos. Los habitantes no eran buenos: eran soberbios, llenos de suspicacia y de falsa seguridad. A alguna distancia de las puertas de la ciudad se ven los muros ruinosos de un convento de esenios y cerca existía aún la casa donde los benjamitas habían encerrado a las jóvenes en ocasión de las fiestas de los Tabernáculos.

Jesús entró con sus discípulos, doce en número, en una casa donde los maestros viajeros y profetas tenían derecho adquirido de permanecer. Esta casa estaba junto a la escuela y a las habitaciones de los fariseos y saduceos. He visto a unos veinte de ellos reunidos en torno a Jesús, vestidos con sus largas vestiduras con cinturones y con largos trenzados que colgaban de sus mangas. Fingían no saber nada de Jesús y dirigían preguntas capciosas, cuales: "¿Cómo es eso?... ¿Que hay dos bautismos: uno de Juan y otro de un tal Jesús, hijo de un carpintero de Galilea? ¿Cuál es, al fin, el verdadero bautismo?" Decían también que se juntan otras mujeres a la Madre de ese Jesús, hijo del carpintero, como una viuda con sus dos hijos y que andan de un lado a otro haciendo nuevos secuaces. Añadían que ellos, por otra parte, no necesitaban de esas novedades: les bastaba la ley y los profetas. Estas cosas las decían, no abiertamente, en tono ofensivo, sino con finura estudiada y con cierta sorna. Él les respondió que era Aquél del cual hablaban, y ya que hablaron también de la voz oída en el bautismo, les dijo que esa era la voz de su Padre celestial, que es Padre también de todos los que se arrepienten de sus pecados y son renovados por el bautismo. Como no lo querían dejar ir al lugar donde había estado el Arca de la Alianza, por

ser sitio sagrado, Él se fue allá igualmente, y les echó en cara que ellos habían, precisamente por sus pecados, perdido el Arca de la Alianza, y que ahora, estando vacío el lugar, continuaban en sus malas obras como entonces que faltaban a la ley. Añadió que así como el Arca se había apartado de ellos, se apartaría también de ellos el cumplimiento de la ley. Como quisieran aún disputar con Él sobre la ley, los colocó de dos en dos, como a escolares y les comenzó a preguntar. Les declaró toda clase de cosas ocultas sobre la ley, haciéndoles preguntas que no supieron contestar. Quedaron avergonzados y enojados, y se culpaban unos a otros, murmuraron y comenzaron a alejarse de allí. Jesús los llevó al lugar de la cueva cubierta de los desperdicios, la hizo destapar y les dijo, en una comparación, que ellos eran semejantes a estas cuevas llenas de desperdicios y podredumbre por dentro, que no servían para el sacrificio, y sólo limpios por fuera y cubiertos, y precisamente en un lugar de donde, por los pecados de sus padres, se había alejado el Arca de la Alianza. Al oír estas cosas se alejaron todos rabiosos. En la sinagoga enseñó con palabras severas sobre el amor y respeto debido a los ancianos y padres. Les reprochó severamente porque estas gentes de Silo tenían por costumbre en la ciudad de despreciar a sus padres cuando se ponían viejos, de descuidarlos y echarlos de sí. Desde Betel, que está al Mediodía, desemboca una calle aquí. Lebona está en las cercanías. Hasta Samaría puede haber unas ocho a nueve horas de camino. El profeta Jonás está sepultado en Silo. Cuando Jesús abandonó a Silo, desde la parte de la ciudad que mira al Noroeste, se separaron de Él, Andrés, Saturnino y los primos de José de Arimatea y le precedieron en el camino de Galilea. Jesús llegó con los otros discípulos que le acompañaban, antes del Sábado, a la ciudad de Kibzaim. Kstá en un valle, entre ramificaciones de la montaña, que se extienden en medio de los valles. Las gentes aquí eran buenas, familiares y obsequiosas con Jesús. Lo esperaban. Era una ciudad de Levitas, y Jesús entró en la casa del jefe de la escuela del lugar. Llegaron hasta aquí Lázaro, Marta y su antiguo criado; Juana Chusa y el hijo de Simeón, empleado del templo, y todos saludaron a Jesús. Estaban de camino a las bodas de Cana y sabían por un mensajero de que se encontrarían aquí con Jesús. Éste distinguió a Lázaro como a uno de sus queridos amigos; con todo, nunca le oí preguntar: "¿Qué hace éste o aquél de tus parientes o amigos?" Kibzaim está escondido en un rincón de la montaña. Los habitantes viven del comercio de las frutas y hacen tiendas, alfombras, esteras y suelas para sandalias. Jesús celebró aquí el sábado y curó a varios enfermos con su palabra. Eran enfermos de gota y mentecatos que fueron llevados hasta su presencia en camillas, delante de la escuela. La comida tuvo lugar en casa de uno de los principales Levitas.

Después del sábado fue Jesús hasta Sichar, donde llegó muy tarde y se albergó en una posada lista de antemano. Lázaro y sus compañeros se dirigieron desde Kibzaim directamente hasta Galilea.
A la mañana siguiente se dirigió desde Sichar, al Norte, hacia Thebez, porque en Sichar o Siquén no pudo enseñar. No había judíos, sino sólo samaritanos y una clase de gentes que desde la cautividad de Babilonia o después de una guerra se establecieron aquí: van al templo de Jerusalén, pero no ofrecen sacrificios. En Siquén hay buenos campos que Jacob compró para su hijo José. Una parte de esta comarca pertenece ya al galileo Herodes; por esto se ve desde el medio del valle un confín señalado con un montículo y unos postes. A través de Thebez, que es una ciudad regular, corre un camino real y hay bastante comercio. Pasan camellos muy cargados. Me causa admiración y extrañeza cuando veo aparecer estos animales cargados como torres a través de los desfiladeros de la montaña, o subiendo la cuesta y moviendo sus largos cuellos y cabezas entre los cargamentos de sus lomos. Se comercia también con seda cruda. Los habitantes de Thebez no eran malos ni se oponían a las enseñanzas de Jesús; pero no eran sencillos ni simples; eran más bien tibios, como suelen ser los hombres de negocio a quienes les va bien la ganancia. Los sacerdotes y los escribas se mostraron más seguros y neutrales.
Cuando se acercó Jesús, los poseídos y los mentecatos clamaron: "Ahí viene el profeta de Galilea. Tiene poder sobre nosotros. Tenemos que salir". Jesús les mandó callar y se aquietaron al punto. Jesús entró en la sinagoga y como le trajeran muchos enfermos, los curó a todos. Por la tarde enseñó en la escuela y celebró la fiesta de la consagración del templo que empezaba esa tarde. En la escuela y en todas las casas se encendían siete luces; también en los campos y en las calles había multitud de luces que brillaban sobre largos postes. Thebez está situada en lo alto de la montaña de modo extraño: de un lado y a distancia se podía ver como bajaban los camellos cargados por los caminos de la montaña, y de cerca no se podía verlos. Andrés, Saturnino y los sobrinos de José de Arimatea habían partido ya de Silo a Galilea. Andrés había estado con los suyos en Betsaida y había dicho a Pedro que había encontrado al Mesías, que ahora venía a Galilea y quería llevar a Pedro a presencia de Jesús. Todos éstos partieron hacia Arbel, que también se llama Betharbel, a la casa de Natanael Chased, que tenía allí negocios y lo fueron a llamar para ir con ellos a Gennebris y celebrar la fiesta, pues allá había tenido Natanael su residencia en una casa, junto con otras, a la entrada de la ciudad. Hablaron mucho de Jesús y estuvieron de acuerdo con Andrés en ir a la fiesta, siendo que Andrés y los demás estimaban mucho a Natanael. Querían oír su parecer; más éste no se mostró muy convencido de todas estas cosas. Lázaro llevó a Marta y a Juana Chusa a casa de María, en

Cafarnaúm, adonde había vuelto después de su estada en Cana y partió a Tiberiades, con el hijo de Simeón, donde se encontrarían de nuevo con Jesús. También el novio de Cana partió de allí al encuentro de Jesús. Este novio de Cana era el hijo de una hija de Sobé, hermana de Anaí[6]; se llamaba también Natanael, pero no era de Cana, sino que iba a Cana a casarse. La ciudad de Gennebris era muy poblada y tenía un camino real de por medio. Había mucho comercio en ella de varias cosas y de sedas. Estaba a pocas horas de Tiberiades, pero separada por montañas, de modo que había que torcer el camino al Sur y volver entre Emaús y Tiberiades para entrar en la ciudad. Arbel estaba entre Séforis y Tiberiades.

IX
Primer llamamiento oficial de Pedro

Jesús salió al amanecer de Thebez con sus discípulos y se dirigió al Oriente; luego al Norte, siguiendo al pie de las montañas, en el valle del Jordán, hacia Tiberíades. Pasó a través de Abel-Mehula, hermoso lugar donde la montaña tuerce al Norte; es la ciudad natal del profeta Elíseo. Se extiende sobre las laderas de la montaña, y pude ver aquí la fertilidad del lugar que da al sol y la del Norte. Las gentes eran bastante buenas y habían oído las maravillas de Kibzaim y de Thebez. Le detuvieron en el camino y le rogaron quisiera quedarse allí para sanar a los enfermos: era un correr de gentes; pero Jesús no se detuvo mucho tiempo. El lugar está como a cuatro horas de Thebez. Jesús llegó allí a través de Acithópolis y el Jordán. Cuando Jesús salió de Abel-Mehula le vinieron al encuentro Andrés, Pedro y Juan, cerca de una ciudad a seis horas de Tiberíades. Los otros estaban ya en Gennebris. Pedro había estado con Juan en la comarca de los pescadores por sus negocios. Querían ir también a Gennebris; pero Andrés los persuadió ir primero al encuentro de Jesús. Andrés llevó a su hermano Pedro a Jesús, y Éste le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás; en adelante te llamarás Cephas". Esto fue en breves palabras. A Juan dijo algo referente a que pronto se verían. Después de esto se dirigieron Pedro y Juan a Gennebris. Andrés permaneció con Jesús, que anduvo por los contornos de Tarichea.
Juan el Bautista había dejado su antiguo sitio, había pasado el Jordán y seguía bautizando a una hora de Bethabara donde Jesús había mandado bautizar y Juan había bautizado antes. Obró así porque muchas personas de la jurisdicción del tetrarca Felipe, que era buen hombre, querían hacerse bautizar, pero no pasaban gustosos el Jordán, porque había muchos paganos y porque muchos se habían determinado bautizar por la última estada de Jesús. También, para demostrar que él no estaba distanciado de Jesús, quiso bautizar en este mismo lugar.
Cuando Jesús con Andrés llegó a las cercanías de Tarichea, se albergó en una casa de pescadores perteneciente a Pedro, junto al mar, donde Andrés había preparado albergue. No entró en la ciudad. Los habitantes tenían mucho de oscuro, de repelente y estaban dedicados a la usura y a las ganancias ilícitas. Simón, que tenía aquí un empleo, había ido con Tadeo y Santiago el Menor, su hermano, a la fiesta de Gennebris donde estaban también Santiago el Mayor y Juan. Lázaro, Saturnino y el hijo de Simeón y el novio de Cana se reunieron con Jesús. El novio invitó a Jesús y a todos sus acompañantes a sus próximas bodas.
La razón principal por la cual Jesús pasó algunos días en Tarichea fue porque quería dar tiempo a sus futuros apóstoles para oír lo que Andrés y

Saturnino contaban de Él y se entendieran entre ellos.
He visto que Andrés, mientras Jesús estaba en la comarca, quedó en casa y escribía con una especie de caña cartas sobre rollos de cortezas. Se podía enrollar lo escrito por medio de una madera. He visto que venían con frecuencia hombres y jóvenes a la casa en busca de trabajo y que Andrés los usaba como mensajeros. Él mandaba estas cartas a Felipe y a su hermano uterino, Jonatan, y a Pedro y a los otros en Gennebris, y les anunciaba que Jesús iría para el Sábado a Cafarnaúm y los citaba para ese lugar.
Empero, vino un mensajero de Cafarnaúm hasta Andrés pidiéndole rogara a Jesús que fuese, pues le esperaba desde días un mensajero de Kades que pedía ayuda. Jesús pasó con Andrés, Saturnino, Obed y otros discípulos de Juan a Cafarnaúm. Esta ciudad no está junto al mar, sino en una altura, y al Sur de una montaña que al Occidente del mar forma un valle por el cual el Jordán se echa en el mar de Galilea. Jesús y sus discípulos caminaban separados unos de otros. Andrés salióle al encuentro en el camino con su hermano uterino Jonatan y con Felipe, que habían acudido a raíz de sus cartas; pero no se encontraron con Jesús. Andrés les dijo con viveza todo lo que había visto y oído de Jesús y afirmaba que era realmente el Mesías que esperaban. Si querían seguirle no tenían que andar en muchas diligencias. Si le escuchaban y lo deseaban de corazón, Él mismo les diría una palabra o una señal y le seguirían seguramente. María y las santas mujeres no estaban en Cafarnaúm, sino en la casa de María que está en el valle, delante de la ciudad hacia el mar, y celebraron allí la fiesta. Los hijos de María de Cleofás, Santiago el Mayor y su hermano, Juan y Pedro habían llegado ya de Gennebris, como también otros que fueron luego discípulos. Natanael Chased, Tomás, Bartolomé y Mateo no estaban allí; en cambio, había otros parientes y amigos de la Sagrada Familia que estaban invitados a las bodas de Cana y celebraban aquí el Sábado, ya que habían oído hablar de Jesús.
Jesús estaba habitando con Andrés, Saturnino, Lázaro, Obed y otros discípulos de Juan en la casa que pertenecía al novio de Cana, Natanael, cuyos padres ya habían muerto, dejándole una copiosa herencia. Los discípulos venidos de Gennebris se mostraban un poco retraídos, porque estaban dudosos entre la autoridad de Natanael Chased y las cosas admirables que narraba Andrés y los otros discípulos de Jesús; en parte la cortedad de ellos y en parte lo dicho por Andrés de que bastaba escuchar su doctrina para que se sintieran movidos a seguirle. Dos días esperó ese hombre aquí, en Kades, al Salvador. Se acercó a Jesús, se echó a sus pies y dijo que era el criado de un hombre de Kades; su patrón rogaba a Jesús fuese a su casa para sanar a su hijo enfermo, que tenía lepra y un demonio mudo. Era este un siervo fiel, y expuso vivamente el dolor de su amo. Jesús le dijo que no podía ir con él, pero que al hijo le vendría ayuda, porque era

inocente. Le dijo al criado que su amo se echara con los brazos extendidos sobre el cuerpo de su hijo, dijera algunas cosas rezando, y que la lepra caería de él; añadió Jesús que él, el siervo, se tendiese también sobre el niño y soplase sobre él, y que saldría un vapor azulado del niño y se vería libre de la mudez. Tuve luego una visión: el padre y el siervo hicieron lo mandado y el niño se vio libre de su enfermedad. Había en esta orden de Jesús razones especiales por las cuales debían el padre y el siervo echarse sobre el niño enfermo. El siervo era en realidad el padre del niño, cosa que el amo no sabía, mientras que Jesús lo sabía. Ambos debían quitar en esa forma una culpa que pesaba sobre el inocente niño.

La ciudad de Kades está como a seis horas de Cafarnaúm, en los confines de Tiro, al Occidente de Paneas; había sido ciudad capital de los cainitas y ahora refugio donde podían esconderse reos perseguidos por la justicia. Confina con una comarca que se llama Kabul y los pueblos que Salomón regaló al rey de Tiro. Veo a esta región siempre oscura, siniestra, que Jesús evitaba, cuando iba a Tiro o Sidón. Creo que allí se cometían robos y asaltos.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga estaba reunida allí mucha gente y parientes y amigos de Jesús. Para ellos era su enseñanza muy nueva y atrayente. Habló de la proximidad del reino de Dios, de la luz que no se debe poner bajo el celemín, de la parábola del sembrador y del grano de mostaza. No eran estas las parábolas que se leen hoy en el Evangelio: las aplicaciones eran muy distintas, según los casos. Las parábolas eran comparaciones breves, de las cuales Jesús extendía luego sus enseñanzas y su doctrina. He oído muchas más parábolas, que no están en el Evangelio, y esas que están las usaba siempre con nuevas aplicaciones.

Después de la fiesta del sábado fue Jesús con sus discípulos a un pequeño valle que era como un lugar de recreo. Había árboles a la entrada y en el valle mismo. Fueron con Él los hijos del Zebedeo, los hijos de María Cleofás y otros discípulos, Felipe, que era algo retraído y humilde, se quedó perplejo y no sabía si podía ir él también. De pronto se volvió Jesús y le dijo: "Sigúeme". Entonces Felipe, lleno de alegría le siguió. Había allí como unos doce discípulos. Jesús habló debajo de un árbol sobre el seguimiento y sobre la misión que esperaba cumplir. Andrés era muy celoso, y estaba tan entusiasmado y deseaba que todos los demás estuviesen tan persuadidos de la mesianidad de Jesús, que se alegró mucho de que la predicación de Jesús en el Sábado hubiese gustado a todos: tenía el corazón tan lleno de amor y celo que volvía a contar a los demás lo visto y oído en el bautismo de Jesús y las otras maravillas que había presenciado. Oí a Jesús que les dijo que verían cosas aún mayores, jurándolo por el cielo, y habló luego de su misión y de su eterno Padre.

Jesús les habló también de su seguimiento: que cuando los llamara debían dejarlo todo para seguirle. Les dijo que Él cuidaría de ellos y no les faltaría nada. Por ahora podían seguir ejerciendo sus oficios y ocupaciones; que Él, antes de la Pascua que se acercaba, tenía que hacer todavía otras cosas antes de llamarlos; que cuando los llamase estuviesen prontos para dejarlo todo sin preocupaciones. Estas cosas se las dijo en contestación a ciertas preguntas que le habían dirigido: cómo debían portarse ellos con sus parientes; Pedro, por ejemplo, dijo que no podía por ahora dejar a su anciano padrastro, tío de Felipe. Todas estas dificultades las solucionó diciendo que Él no pensaba llamarlos antes de la Pascua; que se fuesen separando de sus empleos en la medida que su corazón se lo permitiese; que podían continuar en ellos mientras no los llamaba y que buscasen desprenderse desde luego para estar prontos. Después salió con ellos por el otro cabo del valle hacia la casa donde vivía María, entre la hilera de casas que había entre Cafarnaúm y Betsaida. Los parientes más cercanos siguieron a Jesús, porque sus madres estaban también allí con María.
Al día siguiente se dirigió Jesús con sus discípulos y parientes, muy temprano, hacia la ciudad de Cana. María con las santas mujeres siguieron el camino más corto en esa misma dirección: era una senda angosta, a veces entre montes. Las mujeres preferían caminar por estos caminos, porque podían estar más solas; por lo demás veo que no necesitan caminos anchos porque caminan en línea, una detrás de otra. Delante y detrás, a alguna distancia, iba un guía. Tenían que hacer un camino como de siete horas hacia Mediodía y Occidente.
Jesús hizo un rodeo con sus discípulos en dirección a Gennebris, que era un camino más ancho y más cómodo para andar unidos y poder enseñar. A veces Jesús callaba, y señalaba algo, o explicaba. El camino de Jesús estaba más al Sur que el de María, y requería como seis horas desde Cafarnaúm a Gennebris; torcía desde allí al Oriente unas tres horas hasta Cana de Galilea. Gennebris era una hermosa ciudad; tenía una sinagoga y una escuela y otra especie de academia para enseñar a hablar y había mucho comercio. Natanael tenía su despacho a la entrada de la cuidad donde había otras casas. Natanael no fue a la ciudad, aunque los discípulos y amigos le instaban. Jesús enseñó en la sinagoga y con parte de sus discípulos tomó algún alimento en casa de un rico fariseo. Otros discípulos precedían ya en el camino.
Jesús dijo a Felipe que fuese a Natanael y lo trajese a su presencia, mientras caminaran. Aquí en Gennebris trataron a Jesús con mucho respeto: pedían que se quedase más tiempo entre ellos y se compadeciese de los enfermos, ya que era compaisano. Empero, Jesús partió de allí muy pronto hacia Cana. Mientras tanto Felipe había llegado a casa de Natanael. Había allí algunos

más de los escribas. Natanael estaba sentado a su mesa, en un cuarto de la parte superior de la casa. Felipe no había hablado nunca de Jesús con Natanael porque no había estado con los otros en Gennebris. Era muy conocido de Natanael y habló con mucho entusiasmo de Jesús: que era el Mesías del cual hablaban las profecías; que al fin lo habían encontrado a Jesús de Nazaret, hijo de José. Natanael era un hombre alegre, vivo, decidido y aferrado a su modo de pensar, aunque sincero y sin doblez. Dijo, pues, a Felipe: "¿Qué puede venir de bueno de Nazaret?" Sabía él que Nazaret tenía fama de gentes contradictorias, con poco fundamento de ciencia y sus escuelas no gozaban de fama. Pensaba Natanael: "Un hombre formado en la escuela de Nazaret podrá contentar quizás a los pobres y sencillos habitantes de esa comarca, pero no satisfacer las ansias de saber que él sentía". Felipe le dijo que lo mejor sería ir, ver y examinar; que ahora iba a encontrarlo de camino hacia Cana. Entonces bajó Natanael con Felipe por el camino corto, que los separaba del camino real que debía seguir Jesús, y, en efecto, allí encontró a Jesús, en medio de algunos discípulos, callado en ese momento. Felipe estaba ahora, después que Jesús le dijo: "Sígueme", muy contento y confiado, en comparación de antes, que se mostraba tímido, y así clamó! a Jesús cuando lo vio: "Maestro, aquí traigo a aquel que dijo: "¿Qué de bueno puede salir de Nazaret?"
Jesús habló a sus discípulos y les dijo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez". Esto lo dijo Jesús con gozo y con amor y Natanael contestó: "¿De dónde me conoces?" Que era decir: ¿cómo sabes que soy sin falsedad y sin mentira ya que nunca me has visto antes de ahora? Entonces dijo Jesús: "Antes que Felipe te llamase te he visto, cuando estabas bajo la higuera". Mientras decía esto, lo miró Jesús con una mirada que penetró su conciencia, haciéndole recordar algo. Entonces se despertó en él el recuerdo de que Jesús era Aquél que pasando le dirigió antes una mirada de advertencia que le infundió extraña fortaleza para resistir una tentación que había tenido mientras estaba bajo un árbol de higos, en un lugar de recreo de baños calientes, cuando miraba hacia el lado donde había hermosas mujeres que jugaban con frutas en un lado de la pradera. La fuerza de la mirada y el convencimiento de una fuerza extraña, que le había hecho vencedor de la tentación, se le despertaron de pronto en la memoria; pero la imagen del Hombre se le había borrado, o, si reconocía a Jesús, no podía coordinar su mirada con aquel hecho de entonces. Como ahora volvía a ver esa mirada y se le recordaba el hecho, se quedó turbado y conmovido profundamente: conoció que Jesús, mientras pasaba, había leído sus pensamientos y había sido para él un ángel avisador. Era de tan puras costumbres que el solo pensamiento de una impureza le turbaba profundamente.
Vio, pues, de repente en Jesús a su Redentor y Salvador y el conocimiento

manifestado por Jesús de saber su íntimo pensamiento bastó a Natanael, que era de corazón recto, sincero y pronto a la gratitud, para reconocer a Jesús y confesarlo contentó delante de todos los discípulos. Se humilló al oír las palabras de Jesús y dijo prontamente: "Rabbi, Tú eres el Hijo de Dios. Tú eres el rey de Israel". Contestó Jesús: "Crees, porque te he dicho: Te he visto bajo la higuera. En verdad, te digo: verás cosas mayores". Y después, mirando a los demás discípulos, añadió: "En verdad, os digo: Veréis abrirse el cielo y a los ángeles descender y ascender sobre el Hijo del Hombre". Los otros apóstoles no entendieron el significado de las palabras de Jesús respecto de la higuera, y no pudieron entenderlo entonces porque Natanael Chased pudo cambiar tan pronto de idea respecto de Jesús, y a los demás les quedó también oculto como un caso de conciencia. Sólo a Juan se lo dijo el mismo Natanael en las bodas de Cana. Natanael preguntó a Jesús si él debía en seguida dejarlo todo y seguirle: dijo que tenía un hermano al cual quería en ese caso dejarle el empleo. Jesús le contestó lo que ayer había dicho a los demás apóstoles y por de pronto lo invitó a ir con él a las bodas de Cana. Después de esto se encaminaron Jesús y los discípulos a Cana, mientras Natanael volvió a su casa para disponerse a viajar a Cana, adonde llegó a la mañana siguiente.

X
Las bodas de Cana

Caná está situada al Occidente de una colina; es una ciudad hermosa y limpia, algo menor que Cafarnaúm. Hay allí una sinagoga con tres sacerdotes. En las cercanías está la casa con un vestíbulo, adornada con hojas y ramas donde se ha de celebrar la boda. Desde esta casa hasta la sinagoga hay colgaduras de hojas y de arcos con ramas, flores y frutos. Como sala de fiesta servirá el espacio que hay entre el vestíbulo y el hogar de la casa. Este hogar, que consta de una pared alta, ahora adornada como un altar con floreros y regalos para los novios, tiene además una prolongación detrás, donde las mujeres celebrarán las fiestas de bodas separadas de los hombres. De allí se ven las vigas de la casa adornadas con coronas y flores a las cuales se puede subir para encender las lámparas suspendidas.
Cuando Jesús llegó con sus discípulos fue recibido por María su Madre, por los padres de la novia; por el novio y por .los demás que le habían precedido, y tratado con mucha reverencia, saliéndole al encuentro a cierta distancia de la casa. Se hospedó Jesús con algunos de sus más fieles, que fueron luego sus apóstoles, en una casa aparte que la hermana de la madre del novio había puesto a su disposición; era esta mujer una hija de Sobé, hermana de Santa Ana. Durante las fiestas de las bodas hizo allí en la casa como madre del novio.
El padre de la novia se llamaba Israel y era de la estirpe de Ruth de Belén. Este era un hombre principal, con un gran comercio con casas de hospedaje, para alquilar y dar comida a viajeros y a sus animales, ya que ocupaba un lugar de tránsito frecuentado por caravanas; y tenía a otros empleados bajo sus órdenes. El bienestar y las riquezas de la ciudad estaban casi todas en manos de Israel y sus altos empleados; los demás vivían del trabajo que Israel les proporcionaba. La madre de la novia era algo baldada, rengueaba de un lado y necesitaba ayuda para caminar. Desde Galilea habíanse reunidos todos los parientes de Ana y de Joaquín, como cien personas. De Jerusalén vinieron María Marcos, Juan, Marcos, Obed y la Verónica. Jesús, por su parte, trajo como unos veinticinco huéspedes a las bodas.
Siendo Jesús niño de doce años, estando en una comida en casa de Ana, cuando volvió del templo, habló entonces con este novio y le dijo unas palabras misteriosas sobre pan y vino, y que Él un día estaría presente a sus bodas; pero su presencia en estas bodas tenía, además de lo misterioso y significativo como todas sus obras sobre la tierra, un sentido de conveniencia social y de consideración. Varias veces había enviado María mensajeros, a Jesús rogándole que asistiera a estas bodas. Se corría un tanto

la voz entre parientes y amigos de la Sagrada Familia: María, la madre de Jesús, es una viuda desolada y abandonada; Jesús va caminando por todas partes, y se ocupa poco o nada de su Madre y de su familia. Quería, pues, Jesús asistir a esa boda y darle allí el testimonio de su amor y respeto. Esta boda, pues, fue considerada por Jesús como una cuestión que miraba a su Madre y como cosa propia, y así María estuvo allí desde horas y ayudaba en los detalles de los preparativos como cosa propia. Jesús había tomado parte de la fiesta por su cuenta. Jesús se había comprometido a proveer el vino a los convidados y así se explica la solicitud de María cuando vio que faltaba el vino.
Jesús había citado también a Lázaro y a Marta a estas bodas y Marta ayudaba a María en los preparativos. Lázaro era el que debía proveer la parte a la cual se había comprometido Jesús y esto lo sabía sólo María. Jesús tenía en Lázaro plena confianza. Recibía Jesús agradecido todo lo que daba Lázaro y éste se sentía feliz de dar: por esto fue Lázaro, hasta lo último, el tesorero de la comunidad cristiana. Aquí era tenido como un huésped de honor por los novios, y Lázaro se esmeraba por todo lo que pudiera ser necesario. Lázaro era fino y delicado en su modo de ser, serio, callado y muy reservado en todas sus manifestaciones; no hablaba mucho, y miraba con afecto interior a Jesús para que nada le faltara. Además del vino, había tomado Jesús por su cuenta proveer algunos alimentos especiales, las frutas, las aves de varias clases y las verduras. A todo esto se había provisto ya. Verónica había traído de Jerusalén un cesto de flores admirables y un artístico trabajo de confitería.
Jesús era aquí el jefe y principal de la fiesta. Él mismo dirigió los diversos entretenimientos, amenizándolos con útiles enseñanzas. Hizo la distribución del orden en esta fiesta y dijo que todos debían alegrarse según la costumbre y los usos divirtiéndose, pero que de todo debían procurar sacar ciencia y enseñanza. Entre otras cosas dijo que dos veces en el día debían abandonar la casa y recrearse en lugares abiertos al aire fresco. Por esto he visto en estas fiestas a los hombres y a las mujeres aparte, unos de otras, ir a un jardín hermoso y allí entretenerse en conversación y en amenos juegos. He visto, por ejemplo, que los hombres se acomodaban en el suelo, en rueda, mientras en el medio había toda clase de frutas y, según ciertas reglas, tiraban estas frutas unos a otros para que cayeran en ciertos hoyos, cosa que otros trataban de evitar. He visto al mismo Jesús tomar parte en este juego de las frutas con una moderada alegría: decía con frecuencia una palabra llena de significado, aunque sonriendo, cosa que a todos causaba admiración; unas veces la recibían en silencio, otras con conmoción y por ciertas palabras pedían explicación a los más entendidos. Jesús había ordenado el modo de estos juegos y determinaba los ganadores, amenizando

el todo con referencias y advertencias, según los casos.
Los más jóvenes se entretenían en correr y saltar sobre setos y ramas tejidas con frutos. Las mujeres se entretenían también aparte con frutos, mientras la novia estaba sentada con María y la tía del novio. Más tarde se organizó una especie de danza: los niños tocaban instrumentos y cantaban coros. Todos los danzantes tenían pañuelos en las manos, con los cuales jóvenes y niñas se tocaban mientras danzaban unas veces en hileras y otras en filas más cerradas. Sin estos pañuelos nunca se tocaban. Para el novio y la novia eran estos pañuelos negros; los demás, los tenían amarillos. Primero danzaron el novio y la novia, solos, y luego todos unidos. Las jóvenes llevaban velos, aunque algo levantados; delante la cara; sus vestidos eran largos por detrás y por delante los tenían algo recogidos con una correa. Estas danzas no consistían en saltos y brincos, como entre nosotros: era más bien un caminar acompasado en líneas de varias clases, mientras se movían al compás de la música con las manos, cabeza y cuerpo. Me recordaba los movimientos de los fariseos, cuando hacían oración; todo era en conjunto decoroso y agradable. De los futuros apóstoles no danzó ninguno; en cambio lo hicieron Natanael Chased, Obed, Jonatán y otros discípulos. Las que danzaban eran todas jóvenes y todo procedió en orden y alegría con un contento reposado.
Con los discípulos que serían más tarde sus apóstoles habló Jesús aparte, bastantes veces en estos días, cuando los demás no estaban presentes, a veces caminando por los alrededores con sus discípulos y con los convidados, mientras enseñaba, y estos futuros apóstoles comunicaban luego a los demás sus enseñanzas. Estas salidas y paseos servían también para que pudieran hacer sin estorbo los preparativos de las fiestas. Otras veces quedaban los discípulos y aún Jesús para los quehaceres, ordenando esto o aquello, porque había quienes tenían que disponer algunas cosas para el acompañamiento de los novios. Jesús deseaba que en esta fiesta solemne se pudiesen conocer todos, parientes y amigos, y que todos los que hasta ahora había ya elegido estuviesen reunidos y se conociesen y tratasen abiertamente.
También en la sinagoga, donde estaban reuní-dos los convidados, habló Jesús del gozo permitido y de la alegría lícita, su significación, su medida, su seriedad, y de la ciencia que debía regir estos entretenimientos. Habló del matrimonio, del hombre y de la mujer, de la continencia y de la pureza y de las bodas espirituales. A la conclusión de esta enseñanza se adelantaron los novios y Jesús les dijo palabras de enseñanza y exhortación a cada uno en particular.
Al tercer día de la llegada de Jesús tuvo lugar el casamiento, a las 9 de la mañana. La novia fue vestida y adornada por las jóvenes: sus vestidos eran como los de María en su casamiento, como también la carona que le

pusieron, que era más rica aún. Sus cabellos no fueron divididos en trenzas finas sino en líneas y grupos más gruesos. Cuando su adorno estuvo completo fue mostrada a María y a las otras mujeres que estaban allí. Desde la sinagoga fueron llegando las personas que debían llevar a los novios desde la casa a la sinagoga. En el cortejo había seis niños y seis niñitas que llevaban coronas entretejidas; luego seis jóvenes y doncellas, más crecidas, con instrumentos de música y flautas. Llevaban en las espaldas algo así como alas. Además, acompañaban a la novia doce jóvenes como guiadoras, y al novio, doce jóvenes. Entre estos estaba Obed, el hijo de Verónica, los sobrinos de José de Arimatea, Natanael Chased y algunos de los discípulos de Juan; ninguno de los futuros apóstoles. El casamiento se efectuó por los sacerdotes delante de la sinagoga. Los anillos que se cambiaron los había recibido el novio como regalo de María, y Jesús los había bendecido en las manos de María. Me causó admiración una ceremonia que no vi en las bodas de María con José: el sacerdote hirió con un instrumento cortante en el dedo anular izquierdo al novio y a la novia; dejó gotear dos gotas de la sangre del novio y una de la novia en un vaso lleno de vino, que tomaron ellos, dando luego el vaso a los otros. Después de esto se distribuyeron algunas prendas de telas, vestidos y diversos objetos a los pobres.
Cuando los casados fueron acompañados a su casa, los recibió Jesús allí mismo. Antes de la comida de bodas he visto a todos los invitados de nuevo reunidos en el parque. Las jóvenes y mujeres estaban sentadas bajo una techumbre de ramas y jugaban con frutas; tenían por turno un instrumento como una tabla triangular sobre las faldas con letras o signos en los bordes, y según se paraba el señalero que movían como un minutero sobre la pizarra, tenían derecho a ciertas clases y cantidades de frutas. (Una especie de ruleta). Para los hombres he visto, dispuesto por el mismo Jesús, una especie de juego que me causaba admiración. En el centro de la casa había una mesa redonda con muchas porciones de flores, hierbas y frutos dispuestos en los bordes, en cantidad igual a los hombres que jugaban. Estas frutas y hierbas las había ordenado de antemano el mismo Jesús según su íntima significación para cada uno de los presentes. Sobre la mesa había un aparatito consistente en un disco con un agujero. Cuando el disco era movido por un jugador, donde se detenía el lugar señalado con el agujero, sobre cierta porción de fruta o de hierba, ésta era la ganancia del jugador. En el medio de la mesa había además una vid llena de uvas, sobre un haz de espigas que la rodeaba; cuando más se giraba la mesa, más se levantaba la vid y el haz de trigo. Los futuros apóstoles no jugaron a estos juegos, como tampoco Lázaro, y yo recibí la advertencia y explicación: quien tiene ya vocación de enseñar o sabe algo más que los otros, no debe jugar como los demás, sino observar el curso del juego y amenizar los movimientos del

juego con útiles aplicaciones, para convertir lo jocoso en algo útil y provechoso. Pero había en este juego algo más que la casualidad de los ganadores: las frutas u objetos que sacaban en suerte correspondía muy bien a sus cualidades buenas o malas, y Jesús había ordenado estas frutas según ese significado. Cada ganancia estaba unida a una enseñanza de Jesús y yo veía que realmente todos recibían algo interior significado por esas frutas. Lo admirable era que mientras Jesús decía esa palabra a cada uno, él se sentía mejorado y advertido, ya sea por la palabra de Jesús, ya por el gusto de la fruta que realmente pasaba con su significado al gustador; pero de tal manera que los demás nada entendían, y los comentarios de Jesús sólo se festejaban como dichos para alegrar a la concurrencia. Cada uno sentía una mirada profunda de Jesús en su interior; de la misma manera que lo sintió Natanael cuando estaba bajo el árbol y que lo hirió en su interior sin que los demás se dieran cuenta. Recuerdo bien que entre lo ganado por Natanael estaba la planta resedá, y que Jesús le dijo a Natanael Chased: "¿Ves ahora bien que tuve razón en decirte que eres un verdadero israelita, sin falsedad?" Una ganancia me pareció del todo admirable y fue la del novio Natanael, que ganó una suerte que consistía en un tallo con dos frutas: la una parecía más a un higo y la otra a una manzana dentada y hueca. Era rojiza, por dentro blanca, con listas coloradas; de estas frutas he visto en el paraíso terrenal. Recuerdo que todos quedaron maravillados cuando el novio ganó esta fruta, y que Jesús habló del matrimonio y de la castidad, que era como una fruta múltiple. Todo esto lo dijo de tal manera que no hería las ideas que tenían los judíos del matrimonio, pero que algunos discípulos, entre ellos Santiago el Menor, que era esenio, entendieron más profundamente. He visto que los presentes se maravillaron más de esta suerte tocada a los recién casados que de las demás. Jesús dijo algo así como: "Podrían esta suerte y estas frutas producir aún mayores bienes de lo que pueden representar por sí mismas". Cuando el novio recibió esta fruta para sí y su novia, y hubieron gustado de ella, he visto que se conmovieron en su interior y palidecieron, y luego vi salir una oscura nube de sus interiores, de modo que me parecieron entonces más claros y transparentes en comparación de lo que eran antes. La mujer, que estaba algo lejos de allí con las mujeres, también palideció y tuvo como un desmayo al gustar la fruta tocada en suerte, y vi salir también de ella una nube oscura. Esa fruta de los recién casados tenía relación con la virtud de la castidad y continencia. En este juego, además de las suertes que les tocaba a cada uno, tenían los favorecidos que cumplir ciertas penitencias o satisfacciones. Así he visto que los recién casados tenían que ir a la sinagoga y traer de allí algo cumpliendo con el rezo de algunas preces. La hierba que sorteó Natanael Chased era una planta de acedera. En todos los demás discípulos, que ganaron algunas de estas frutas o hierbas y gustaron

de ellas, he visto que se levantaron sus propias pasiones en ellos, se resistieron algún tanto, y luego cedieron en fuerza o se encontraron con mayor fortaleza los agraciados para resistir a ellas.

XI
Reflexiones sobre las frutas y las hierbas. La comida de bodas.

Hay un misterio sobrenatural en todas las frutas y hierbas de la naturaleza; misterio que después de la caída del hombre se oscureció y quedó como un secreto natural para el hombre. De ese misterio y de sus efectos quedó en las frutas y hierbas sólo una idea hoy en día de la importancia, forma, gusto y efectos naturales de estas criaturas. Yo veo en mis visiones poner sobre las mesas del cielo estas frutas y hierbas según la significación y propiedades que tenían antes de la caída del hombre; pero no lo veo tan claramente porque está todo tan pervertido y trastornado en nuestro ser y entendimiento, que no podemos entender estas cosas sobrenaturales en nuestro presente modo de vivir terreno[7].

Cuando la mujer tuvo ese desmayo causado por el gusto de la fruta se le quitaron algunos adornos del traje que eran demasiados pesados y también varios de los anillos que llevaba en los dedos. Entre otros se le quitó uno que tenía en el dedo mayor la forma de embudo, que estaba metido como un dedal. Igualmente se le quitaron cadenas y broches de los brazos y del pecho para aligerarla. Después no quiso retener sino el anillo que le había regalado María en el anular izquierdo y un colgante de oro en el cuello que tenía la forma de un arco tendido. En el medio de este adorno había una masa algo oscura, como en el anillo de María y de José, y grabada una figura echada que miraba un brote de flor que tenía delante.

Después de estos juegos en el jardín siguió la comida de bodas. El lugar fue una sala de lujo cuyo interior se había dividido por mamparas en tres departamentos, de tal suerte que los convidados recostados en las mesas podían verse unos a otros. En cada uno de estos departamentos había una mesa larga y angosta. Jesús estaba en la sala central, en la parte superior de la mesa, dando los pies hacia el hogar adornado. En esta misma mesa estaban Israel, el padre de la novia, los parientes de Jesús, de la novia y Lázaro. En las mesas de los lados se sentaron los otros invitados y los discípulos. Las mujeres ocuparon un espacio detrás del hogar, de modo que podían oír todas las palabras de Jesús. El novio servía en las mesas, aunque había un maestresala con un delantal, que tenía a sus órdenes varios sirvientes. En las mesas de las mujeres servía la novia, ayudada de varias jóvenes. Cuando se trajeron los alimentos, presentaron delante del Señor un cordero asado: tenía las patas atadas en forma de cruz. Cuando el novio trajo una cajita donde estaba el trinchador, dijo Jesús al novio se recordase de aquella comida que habían hecho en su infancia después de la Pascua, donde contóle una comparación de una boda y le dijo que un día estaría Él en su propia boda. Esto se cumplía, dijo, en el día de hoy. El novio se puso muy

serio y pensativo con este recuerdo: había olvidado ese recuerdo de su infancia y las palabras oídas entonces. Jesús se portó aquí en esta comida, como en todo el curso de las fiestas, muy complaciente y festivo, pero lleno siempre de enseñanza. A toda ceremonia del banquete le daba su explicación espiritual. Habló de la sana alegría y de las expansiones de las fiestas: dijo que un arco no debe estar siempre tendido y que la tierra necesitaba su lluvia para no resecarse. Lo dijo en parábolas. Cuando Jesús partió el cordero, dijo cosas admirables. Habló, mientras trinchaba, del apartamiento del cordero entre la majada, de su elección, no para el placer sino para morir. Habló del asarse, del dejar las impurezas por medio del fuego de la purificación y de la sección de cada parte del cordero; que así debían los que querían seguir al Cordero desprenderse de los afectos carnales y de los parientes. Cuando hubo repartido los trozos y hubieron comido dijo: "Para los que ya están apartados y separados de los afectos de la carne, será el Cordero un lazo de unión y una comida común. Debe, el que sigue al Cordero, renunciar a su campo, morir a sus pasiones, separarse de los miembros de su familia y convertirse así en un alimento y una comida de unión por medio del Cordero y con su Eterno Padre".
Cada comensal tenía delante de sí un plato y Jesús puso una fuente de color oscuro con bordes amarillos que fue pasando de uno a otro. He visto a Jesús teniendo a veces una hierba en la mano y dando alguna enseñanza. Jesús había tomado a su cargo el procurar el segundo plato de la comida como también el vino y todo era aprontado por María y Marta. Cuando, pues, se trajo el segundo plato, que consistía en aves, pescado y miel, frutas y una especie de tortas que había traído Verónica, sobre las mesas de los lados, se levantó Jesús y repartió estas viandas en porciones pequeñas; después volvió a sentarse.
Los alimentos fueron servidos, pero empezó a faltar el vino. Jesús estaba ocupado en enseñar. Cuando vio, pues, la Virgen María, encargada de procurar esta parte del banquete, que el vino iba faltando, fue adonde estaba Jesús y le recordó que Él había prometido proveer el vino. Jesús, que en ese momento hablaba de su Padre celestial, contestó a María: "Mujer, no te preocupes; no lleves cuidado y no me lo des a Mí; mi hora aún no es llegada". Estas palabras no encierran contestación dura a su Madre María. Dijo "mujer" y no Madre porque en ese momento, como Mesías e Hijo de Dios, cumplía una misión misteriosa delante de los discípulos y de todos los parientes y estaba allí en su grandeza divina. En estos momentos en que Jesús como Verbo encarnado obraba, el que es nombrado por lo que es, es más honrado y viene a ser enfeudado en su obra con ser llamado por lo que es, como una dignidad y un cargo. Así María era la mujer que había engendrado a Aquél que allí estaba y al que se recurría por el vino, y quería

decir que Él era Hijo de Dios más que hijo de María. Cuando Jesús estaba en la cruz y María lo lloraba, dijo Él: "Mujer, he ahí a tu hijo", señalando a Juan. Cuando Jesús dijo que Él iba a pensar en el vino, María hizo su oficio de mediadora y de intercesora y le recuerda la falta del vino. El vino que Él quería dar era más que el vino en sentido natural: se refería al misterio del vino que Él iba a convertir en su sangre. Por eso dijo: "Mi hora aún no es llegada"; primero, para dar el vino que he prometido; segundo, de que cambie el agua en vino, y tercero, para que cambie el vino en mi sangre. Desde este momento María ya no se manifestó preocupada por la falta del vino: había rogado a su Hijo y por esto dijo a los criados: "Haced todo lo que Él os diga". Es lo mismo que cuando la esposa de Cristo, la Iglesia, pide: "Señor, tus hijos no tienen vino"; y contesta Jesús a ella: "Iglesia, no te preocupes; no pierdas la paz; mi hora aún no es venida". Como si la Iglesia dijese a sus sacerdotes: "Haced todo lo que os dice, pues Él os ha de ayudar". María dijo, pues, a los servidores que hiciesen todo cuanto les dijera Jesús.

Después de un momento mandó Jesús a los servidores que le presentasen los recipientes vacíos. Ellos los trajeron: eran tres para el agua y tres para el vino y mostraron que estaban vacíos, pues los dieron vuelta sobre una fuente. Jesús les mandó llenar los seis con agua; los llevaron en seguida a un pozo, que tenían en una especie de sótano con una pileta de piedra y una bomba. Los recipientes eran grandes y pesados, de barro cocido. Si estaba uno lleno se necesitaban dos hombres para llevarlo por las manijas. Tenían varios caños de arriba abajo tapados con corchos. Cuando el líquido estaba a cierta altura se abría el otro tapón para aprovechar lo restante. Estos recipientes no eran levantados para vaciarlos sino sólo algo inclinados, puestos sobre un pedestal. El pedido de María lo expuso en voz baja. La respuesta de Jesús fue en voz alta, como también la orden a los sirvientes. Cuando estos recipientes, llenos de agua, fueron llevados a presencia del maestresala, se levantó Jesús y se dirigió allá; bendijo los recipientes, y cuando se hubo acomodado de nuevo en su asiento, dijo: "Servid de ellos y llevad al maestresala un vaso". Cuando, pues, el maestresala gustó el vino fuese adonde estaba el novio y le dijo: "Se acostumbra dar el mejor vino al principio, y cuando los convidados están menos serenos, se les da del inferior; y ahora se da del vino mejor". No sabía él que este vino había sido provisto por Jesús, ni que había tomado a su cargo toda esta segunda parte de la comida. Esto lo sabían sólo los de la Sagrada Familia y la familia de los casados. Cuando tomaron del vino el novio y el padre de la novia, quedaron admirados, tanto más que los servidores decían que ellos habían echado sólo agua en las vasijas. Después tomaron todos del vino.

No se produjo ningún barullo por el prodigio: sólo se notaba una silenciosa admiración en toda la compañía. Jesús enseñó muchas cosas a propósito de este prodigio. Dijo, entre otras cosas: "El mundo da a sus seguidores primero vino fuerte, para emborrachar y privar del sentido, y terminar luego con vino malo; pero el reino que mi Padre celestial me da para fundar, no es así. Aquí el agua pura se convierte en precioso vino, al modo que la tibieza del espíritu tiene que cambiarse en generosidad y celo ardiente". Habló también de la comida que hizo cuando a los doce años volvió del templo en compañía de algunos de los presentes y como entonces había hablado de pan y vino, y una comparación sobre bodas donde el agua de la tibieza se cambiaría en vino de entusiasmo y de fervor, y que esto se acababa de cumplir ahora. Luego les dijo que verían aún mayores prodigios. Añadió que celebraría algunas pascuas y que en la última de ellas se convertiría el vino en sangre y el pan en carne, y Él permanecería con los hombres hasta el último de los días, para consolarlos y animarlos; también les dijo que verían en Él cosas que si las dijese ahora no las podían creer. Todas estas cosas no las dijo tan claramente, sino con parábolas veladas, que yo ahora no recuerdo, pero el sentido era el que he dicho. Ellos escucharon con admiración y cierta extrañeza. He visto que todos, al gustar el vino, quedaron como cambiados en sus sentimientos, no por la admiración ante el milagro, sino también por efecto del vino mismo, como antes había sucedido con el gusto de las frutas: recibían una fortaleza interna y un cambio saludable en sus afectos. Todos sus discípulos, sus parientes y todos los presentes estaban convencidos ahora de su poder, de su dignidad y de su misión sobrenatural. Todos creyeron en Él, y esta creencia en Él se hizo general. Todos se sintieron mejores y unidos los que habían gustado del vino milagroso. Por eso es considerado ésta como su primera aparición solemne en su comunidad y éste fue el primer prodigio y señal que Él daba en ella y para ella, para fortificarla en la fe, y por esto se cuenta este prodigio como el primero en su historia, como la" institución de la Eucaristía fue la última para los que ya creían en Él.

XII
Conclusión de las bodas de Cana

Al concluir la comida de bodas acercóse a Jesús el novio solo, y habló con Él, lleno de humildad, y le declaró cómo todas sus pasiones se habían apaciguado; y no sentía ya deseos, y se proponía vivir en continencia con su esposa, si ella lo consentía; y habiendo venido la esposa, diciendo lo mismo con Jesús, los llamó a ambos y les habló del matrimonio y de la pureza que tanto agrada a Dios y de los frutos múltiples de la castidad y del espíritu. Habló de muchos profetas y de santos, personas que habían vivido en castidad y habían ofrecido a Dios Padre su carne, y que éstos adquirían hijos espirituales, convirtiendo a hombres perdidos, a los que habían conducido al bien, y que esta descendencia es santa y grande. Todo esto lo explicó con parábolas de sembrar y de cosechar. Ellos hicieron entonces un voto de castidad y de vivir como hermanos, por el término de tres años. Se hincaron de rodillas delante del Señor, que los bendijo.

En la tarde del cuarto día de las fiestas fueron conducidos ambos esposos a su casa con una solemne comitiva de invitados. Llevaban un especie de candelabro con luces diversas que formaban una letra; delante iban niños llevando dos coronas de flores, una cerrada y otra abierta, y desprendían de ellas flores delante de la casa de los esposos. Jesús estaba ya en la casa y los recibió y los bendijo. Los sacerdotes estaban presentes, pero desde que vieron la maravilla en las bodas, se mostraban humildes.

En el día de sábado enseñó Jesús en la sinagoga de Cana por dos veces. Habló refiriéndose a las fiestas de bodas, a la obediencia y a los piadosos sentimientos de los esposos. Cuando abandonó la sinagoga se vio rodeado de personas que le pedían de rodillas se compadeciese de los enfermos. Obró aquí dos curaciones milagrosas. Un hombre había caído de una torre; había muerto, y tenía todos los miembros despedazados. Jesús se acercó a Él, le ordenó los miembros, tocó las roturas que presentaba, y le mandó levantarse e ir a su casa; lo cual hizo él muy gozoso, después de haber dado gracias a su Salvador. Este hombre tenía mujer e hijos. Fue llevado también a un poseído del demonio que, estando furioso, había sido atado a una piedra. Jesús lo libró del demonio y de sus ataduras. Curó también a varios gotosos y a una mujer hidrópica, pecadora. Fueron siete a los que sanó. Las gentes no habían podido venir antes por las fiestas de bodas y como oyeron decir que después del sábado se iba a retirar de allí, ya no quisieron detenerse más. Los sacerdotes, después que vieron el milagro de las bodas le dejaron obrar, y estas curaciones se hicieron en presencia de ellos. Los discípulos no estaban presentes.

XIII
Jesús en Cafarnaúm y en el mar de Genesaret

Después del sábado fue Jesús con sus discípulos de noche a Cafarnaúm. El esposo de Cana, su padre y otros le acompañaron un trecho de camino. Los pobres del lugar habían recibido mucho en las bodas de Cana: nada de lo que se presentaba una vez a la mesa, se guardaba, sino que iba en seguida a los pobres. He visto que se cocinaba antes del sábado porque venían dos días de ayuno. Se apagaba todo fuego y las ventanas no absolutamente necesarias eran cerradas. La gente acomodada tiene sitios en el hogar donde conservar los alimentos calientes bajo la ceniza. Estos ayunos los observó Jesús en Cafarnaúm, donde también enseñó en la sinagoga. Dos veces al día le eran traídos los enfermos, a los cuales curaba y consolaba. Los discípulos de Betsaida volvieron a sus casas y en parte volvían.

Jesús caminaba por los alrededores y enseñaba; el resto del tiempo lo pasaba con su Madre. Andrés, Saturnino, Aram, Themeni y Eustaquio fueron mandados por Jesús adonde había bautizado Juan, en la gran fuente junto al Jordán, para que allí bautizaran. Jesús los acompañó un trozo de camino y se dirigió luego a Betulia, donde enseñó y sanó a los enfermos. De aquí fue caminando siete u ocho horas en dirección Noroeste de Cafarnaúm hacia Hanathon, donde había una colina con sitio para enseñar. La colina tenía una ladera que iba subiendo por espacio de una hora; sobre ella estaba instalado un sitio para enseñar: un asiento de piedra, rodeado de empalizadas, sobre las cuales se podían extender lonas para repararse del sol y de la lluvia. Bajo esta techumbre cabía una multitud de gentes. Después de cada enseñanza acudían nuevos oyentes. En la ladera de la colina había otras tres colinas, entre ellas la de las Bienaventuranzas. Desde donde Jesús enseñaba ahora se descubría un gran panorama: el mar de Galilea a sus pies y las cercanías de Nazaret. Esta montaña está en parte cultivada y sembrada; la mayor altura, donde enseñaba Jesús, sin cultivo alguno. Los alrededores están cercados con murallas cuyos restos se descubren aún ahora: parecen restos de torres. En los alrededores de la montaña están los pueblos de Hanathon, Bethanat y Nejel, que dan la idea de que en otros tiempos pudieron haber formado una gran ciudad.

Jesús tenía sólo tres discípulos consigo: un hijo de la tía del esposo de Cana, un hijo de la otra viuda y un hermano uterino de Pedro, llamado Jonatan. Estos llamaron a las gentes a la montaña para que oyesen a Jesús. Jesús habló de los diversos espíritus de los hombres, de cada lugar, de cada familia y del espíritu que recibirían por el bautismo, por el cual estarían unidos en penitencia, mortificación y reparación para unirse con su Padre

celestial. Les dijo cómo podían conocer en qué grado recibirían el Espíritu Santo en el bautismo. Enseñó también acerca del Padre Nuestro. Me admira que explicara cada una de las peticiones siendo que aún no había enseñado esta oración. Estas enseñanzas duraron desde el mediodía hasta la tarde, cuando bajó de allí y se fue a Bethanat, donde pernoctó. La noche anterior la había pasado en Hanathon.
Al día siguiente se encaminó en dirección del mar. En Bethanat se le habían agregado otros cinco discípulos de Juan, que eran de Apheka, ciudad natal de Tomás, en el Mediterráneo. Habían estado largo tiempo, con Juan. Hacia el mediodía vi a Jesús con sus discípulos sobre una colina, entre la desembocadura del Jordán y Betsaida, como a media hora del lago. Tenían la vista del lago delante y miraban a Pedro, Juan y Santiago, sobre sus barcas en el lago. Pedro tenía una barca grande, donde estaban varios de sus peones y él navegaba en otra más pequeña gobernada por él mismo. Juan y Santiago tenían una barca grande y otras más pequeñas y estaban con su padre. He visto la pequeña nave de Andrés, entre las barcas del Zebedeo. Andrés estaba en este momento en el Jordán. Cuando los discípulos vieron a los amigos en el lago, quisieron ir a llamarlos. Jesús les dijo que no fuesen. Oí que decían: "¿Cómo pueden estos hombres andar navegando y pescando, cuando han visto tus obras y han oído tus enseñanzas?" Jesús les contestó: "Aún no los he llamado; tienen un gran negocio y ocupación, especialmente Pedro, y muchos hombres y familias viven de ese empleo. Les he dicho que hicieran así y se preparasen hasta que Yo los llame. Aún tengo muchas cosas que hacer hasta entonces y tengo que ir por Pascua a Jerusalén".
En la parte occidental de la montaña hay veintiséis habitaciones, la mayor parte de pescadores y de campesinos. Cuando Jesús entró allí, clamó un poseído, que le seguía: "Ahí va Él. Ahí va Aquél delante del cual tendremos que huir. Ése es el Profeta". Pronto le rodearon otros poseídos, que clamaban y se enfurecían. Aumentó el gentío con los que acompañaban a estos posesos. Jesús les mandó callar y que le siguiesen. De este modo subió a la montaña y empezó a enseñar. Había entre los posesos y los que los acompañaban unas cien personas. Habló de los malos espíritus, cómo se les debe resistir y de la enmienda de la vida. Los poseídos fueron librados: se aquietaron, lloraron, dieron gracias y dijeron que no sabían lo que les había pasado. Estos infelices fueron traídos de diversos lugares de esta comarca, porque la gente había oído decir que venía el Profeta, tan santo como Moisés. Hubieran perdido a Jesús si uno de ellos no se hubiese desatado y hubiese gritado al Profeta.
Jesús volvió adonde estaba su santa Madre, entre Betsaida y Cafarnaúm. La primera de estas ciudades estaba cerca de esta montaña, algo más al Norte. Por la tarde, como se acercaba el sábado, Jesús enseñó en la sinagoga de

Cafarnaúm. Celebraron otra fiesta especial referente a Tobías, que había estado allí y había hecho mucho bien a la comarca. Había dejado bienes a la sinagoga y a la escuela; por eso Jesús habló también del deber de la gratitud. Después del sábado, se reunió de nuevo con su Madre, con la cual se entretuvo a solas todavía parte de la noche. Habló de sus futuros viajes; que ahora iba al Jordán, a Jerusalén para la Pascua, y que luego llamaría a los apóstoles y comenzaría su vida pública abiertamente. Dijo que en Nazaret lo perseguirían. Aludió a su futura obra y misión, y de qué modo Ella y las demás santas mujeres deberían tomar parte a todo. Había entonces en la casa de María una anciana, la misma pobre viuda que había sido enviada por santa Ana a la gruta de Belén. Era ya tan vieja, que más bien que servir a María, ésta la cuidaba.
Con ocho discípulos se encaminó Jesús al Jordán. Comenzaron a caminar antes de la salida del sol hacia el Oriente del lago y llegaron de nuevo a la colina desde donde vieron las barcas de los futuros apóstoles. Para pasar el Jordán, que corre en un cauce profundo, cruzaron un empinado puente a media hora antes de que el río se eche en el lago. Al otro lado, en un rincón hacia el mar, hay un pueblito de pescadores, donde se ven muchas redes extendidas: se llama Pequeña Corazín. Una hora de camino al Norte está Betsaida-Julias. Corazín la Grande está a unas horas al Este del mar. Allí vivía el publicano Mateo. Jesús anduvo por el Oriente del río hacia arriba y quedó en Hippos esa noche. A la mañana siguiente pasó por Gadara; libró a un endemoniado cerca de la ciudad. Había sido traído hasta allí arrastrado, atado con sogas; se soltó y clamó furioso detrás de Jesús: "Jesús, Hijo de David; Jesús, ¿adonde quieres ir? ¿Tú nos quieres echar?" Jesús mandó al demonio que callara y saliese del hombre y adonde debía ir.
A unas horas de Gadara se acercó Jesús al Jordán, pasó al otro lado y se encaminó al Occidente, dejando a Scythopolis a la izquierda. Llegó, a través del monte Hermón, a Jezrael, ciudad al Occidente de la llanura de Esdrelón. Aquí Jesús sanó públicamente a muchos enfermos delante de la sinagoga; con todo se detuvo sólo algunas horas. Magdalena, que a ruegos de Marta había llegado hasta ese lugar para ver a Jesús, ya no lo encontró. Sólo oyó pregonar las maravillas por boca de los enfermos sanados. Allí se separaron las dos hermanas, y Magdalena volvió a su castillo de Mágdala. Después he visto a Jesús en Hay, no lejos de Betel y del lugar del bautismo, distante nueve horas. Este pueblo había sido destruido y luego reedificado, más pequeño; estaba bastante oculto. Jesús enseñó y curó a algunos enfermos. Entre los fariseos del lugar había algunos de los que estuvieron presentes cuando Jesús, niño de doce años, se entretuvo en el templo. Éstos hablaban del caso e interpretaban como una hipocresía de que Él entonces se había colocado en tierra entre los discípulos en una sinagoga de sabios y disputado

con ellos, preguntando a los maestros como si quisiera saber lo que debía hacer contra sus contrarios; por ejemplo: "¿Qué pensáis vosotros de esto? Enseñadnos. ¿Cuándo vendrá el Mesías?" Que con estas y otras preguntas los había atraído y adulado, y luego pretendía saberlo todo mejor que ellos. Le preguntaron si por ventura no era Él aquel niño de entonces.

XIV
Jesús manda bautizar en el Jordán

Desde Hay partió Jesús hacia el antiguo lugar del bautismo de Juan, a tres horas de Jericó, junto al Jordán. Andrés y otros discípulos le salieron al encuentro como a una hora de camino. Estaban algunos discípulos de Juan y otros venidos de Nazaret. Algunos fueron al pequeño lugar llamado Ono, a una hora del lugar del bautismo para avisar que Jesús celebraría el Sábado aquí y sanaría a los enfermos. Decían a la gente que Jesús completaba las enseñanzas de Juan haciéndolo con más fuerza y claridad, después de haber puesto Juan los fundamentos de la doctrina. Delante de Ono tenía Jesús preparado un albergue propio a media hora de distancia del lugar del bautismo. Lázaro lo había comprado, poniendo a un hombre para que recibiese a Jesús y a los suyos y les preparase la comida. Este albergue servía para cuando anduviera Jesús por estos contornos y desde aquí podía ir por las comarcas vecinas a enseñar y bautizar.

Cuando llegó el Sábado a Ono, enseñó en la sinagoga y sanó a muchos enfermos, entre ellos a una mujer contraída y con flujo de sangre. Herodes se había encontrado con frecuencia en estos últimos tiempos con Juan, el cual siempre lo trató como adúltero, no disimulando su pecado. Herodes sentía su culpabilidad en su interior; pero la mujer estaba rabiosa contra Juan. El Bautista hablaba siempre de Jesús: no bautizaba ya a nadie, y los mandaba al otro lado del Jordán, adonde estaban Jesús y sus discípulos. Por los discípulos mandados desde Cana al lugar del bautismo, por orden de Jesús, se habían cambiado allí muchas cosas, y en todo se procedía ahora con mayor solemnidad y orden que en los tiempos de Juan. El pasaje del río se había hecho por otro lugar más alejado por la muchedumbre que acudía y la fuente y lo demás hecho por Juan había sido removido. El lugar donde bautizaban ahora Andrés, Saturnino y otros discípulos por orden de Jesús, era el mismo donde había sido bautizado Jesús, la pequeña isla surgida en el Jordán, en la cual se había levantado un amplio pabellón. Mientras Jesús enseñaba y preparaba a las gentes, estos apóstoles bautizaban. También la fuente donde había sido bautizado Jesús, se había reformado: los cinco canales ocultos que traían el agua del Jordán, estaban ahora descubiertos, y las cuatro grandes piedras, quitadas, como también la piedra triangular grande, con vetas rojizas, donde había estado parado Jesús durante su bautismo, cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él. Todas estas piedras fueron trasladadas al nuevo lugar.

Sólo Jesús y Juan conocían que el lugar del bautismo señalaba el sitio del Arca de la Alianza y que las piedras que estaban en la fuente eran las mismas donde había descansado el Arca en el Jordán. Ni Jesús ni Juan

hablaron de ello a los discípulos. De la misma manera sólo Jesús sabía que las piedras eran las que formaban ahora el fundamento del nuevo bautisterio. Los judíos habían olvidado hacía tiempo el sitio exacto donde habían estado estas piedras y nada se dijo a los discípulos. Andrés había cavado en esa piedra triangular una fuente redonda, que descansaba sobre las cuatro piedras en un pozo lleno de agua, rodeando la piedra triangular como un vallado de agua. En estas aguas se había mezclado el agua del bautismo de Jesús. El agua de la piedra triangular era de la misma procedencia, y Jesús la había bendecido. Cuando los bautizandos descendían al agua, en el vallado alrededor de la piedra triangular, el agua les llegaba hasta el pecho. Al lado de este bautisterio había un especie de altar y encima vestidos blancos para los bautizandos. Dos discípulos ponían las manos sobre el hombro del bautizando, y Andrés o Saturnino, y a veces otro de los discípulos bautizaba con el agua sacada del cuenco de la piedra con la mano ahuecada, derramándola por tres veces, sobre la cabeza del bautizando, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
Los que bautizaban y los que ponían las manos sobre los hombros, llevaban largas vestiduras blancas, con correas; de los hombros les colgaban largas bandas blancas, especie de estolas. El bautismo con trina inmersión lo he visto empezar recién en el estanque de Bethesda. Sobre la fuente del bautismo en el techo había una abertura; el bautizador y los padrinos estaban colocados en el ángulo de la piedra; el bautizando a los lados. Jesús enseñaba, mientras tanto, en un sitial levantado, y cuando el calor lo hacía necesario, se levantaba un toldo en el lugar. Predicaba sobre el bautismo, la penitencia, la proximidad del reino de Dios y del Mesías; y dónde tenían que buscarlo y reconocerlo, no entre los grandes y poderosos, sino entre los pequeños y los pobres. Llamaba a este bautismo, una purificación; al bautismo de Juan, de penitencia; y habló de otro bautismo, de fuego y del Espíritu, que seguiría a éstos. Los árboles y arbustos que Juan había plantado alrededor de la isla del bautismo de Jesús, habían crecido: sus hojas se unían en forma de pabellón. El árbol de la fuente emergía hermoso y crecido. Sobre la copa del mismo vi que habían puesto una figura que representaba a un niñito, con los brazos extendidos, que parecía nacer de una vid, y que con una mano repartía manzanas amarillas y con la otra, flores rosadas. Era un resto de los adornos del bautismo de Jesús.
Jesús se dirigió con algunos discípulos hacia el Mediodía, al Occidente del Mar Muerto, y se internó en una región donde Melquisedec se había detenido cuando medía el Jordán y las montañas circundantes. Melquisedec había traído a este lugar antepasados de Abrahán mucho antes de que éste naciera. Su ciudad se hundió con Sodoma y Gomorra. Pueden verse todavía las ruinas de los muros y las torres de lo que fue su derruida ciudad de

Hazezon-Thamar. Toda esta región es ahora una comarca, con rocas negras y oscuras cavernas, lugares estériles, que se extiende a una media hora del Mar Muerto, dentro de la comarca. Donde ahora está el Mar Muerto estaba, antes del hundimiento de aquellas perversas ciudades, el río Jordán. Su anchura era aquí como de un cuarto de hora. La gente que habita este lugar no son judíos de raza, sino esclavos de otros pueblos que han pasado por aquí, ocupados ahora en los trabajos del campo; habitan en cuevas entre los muros ruinosos. Son muy pobres, despreciados, abandonados por los demás, y se muestran humildes. Consideran una gracia no merecida la visita de Jesús. Lo han recibido llenos de afecto y de amor, y Jesús sanó a muchos enfermos.

Actualmente veo esta región en mejor estado que en tiempos de Jesucristo; pero primitivamente era una región fértil y sobremanera hermosa. En los tiempos de Abrahán se convirtió, con la aparición del Mar Muerto, en una región desolada y desierta lo que era una de las comarcas más hermosas de Palestina. Una hilera de pueblos estaban alineados en las orillas del río Jordán de entonces, contenido por murallas de piedras, y se veían hermosas colinas. Todo estaba cubierto de vegetación: viñedos, datileros, frutales y campos de trigo. No es posible describir la belleza de esta comarca antes del Mar Muerto. El río Jordán estaba dividido en dos brazos antes que existiera el Mar Muerto, debajo de esas desaparecidas ciudades: uno se dirigía hacia el Oriente, recogiendo toda clase de aguas, y el otro hacia el desierto, donde ocurrió la huida a Egipto, fluyendo hasta la región de Mará, donde Moisés endulzó las aguas y de donde eran los antepasados de Santa Ana. Entre aquellas ciudades había minas de sal; pero las aguas eran dulces y brotaban muchas fuentes naturales. Lejos, en el desierto, eran bebidas las aguas del Jordán y tenidas en honor y reverencia. Los antepasados de Abrahán, que Melquisedec había trasladado aquí, estaban ya bastante decaídos, y Abrahán fue por otra gracia de Dios sacado de entre sus parientes y llevado a la tierra prometida. He visto aquí a Melquisedec, antes que existiera el Jordán: él todo lo medía y determinaba los sitios y los lugares. Lo he visto ir y venir; a veces traía a algunos hombres que eran como sus servidores.

Después de esto vi a Jesús caminando con sus discípulos en dirección de Belén, a través de un trecho del valle de pastores, hacia Bethabara, a tres horas del lugar del bautismo. Ya había estado en este lugar cuando visitó a los pastores, después de su bautismo. Los habitantes viven de los viajeros que en caravanas atraviesan la comarca; está a cuatro horas de Betania, en los confines de Judá y Benjamín. Había en este lugar muchos endemoniados, que corrían clamando, cuando Jesús se acercó. Jesús les mandó que se cubriesen, y en pocos minutos todos se hicieron vestidos con hojas. Jesús los sanó y libró y mandó gentes del lugar que les trajesen

vestidos para cubrirse mejor. Entre estos endemoniados he visto a algunos que eran subidos a lo alto por fuerza invisible. Andrés y otros cinco discípulos habían llegado antes a este lugar y anunciado que Jesús celebraría el sábado con ellos. Se albergó en una posada para Él y los suyos como había con frecuencia en ciertos lugares para maestros y rabinos que pasaban enseñando. Habían llegado Lázaro, José de Arima-tea y otros de Jerusalén. Jesús enseñó en la sinagoga, en un lugar abierto y en varios caminos. Había mucha gente que no podía asistir a la enseñanza de la escuela. Sanó también muchos enfermos de diversas clases. Los discípulos los traían y les hacían lugar en medio de la muchedumbre. A cierta distancia estaban Lázaro y José de Arimatea. Para la conclusión del sábado fue Jesús con los suyos hasta Ono. Siguió el camino del pequeño pueblo Bethagla, el mismo que hicieron los hijos de Israel cuando pasaron el Jordán; pues no caminaron por un mismo lugar sino que pasaron a una gran anchura a través del lecho del río enjuto. Cuando llegaron se arreglaron los vestidos, ciñéndose las correas. Jesús llegó a la piedra del Arca, donde Juan había celebrado la festividad de los Tabernáculos. Lázaro y José de Arimatea volvieron a Jerusalén. No estaba Nicodemus: se mantenía más oculto por razón de su empleo; servía en secreto a Jesús y a sus discípulos, y les avisaba todo lo que tramaban los enemigos del Señor.
Algún día después he visto que era la fiesta de novilunio. En Jerusalén todos los trabajadores y empleados tenían un día feriado y de alegría; como era día de descanso no se bautizó tampoco. En los techos de las sinagogas colgaban, durante el novilunio, banderitas en largas pértigas. Eran telas que tenían nudos en determinados lugares de modo que el viento podía soplar dentro e hincharlas como globos. Por el número de los nudos de las banderas se avisaba a los lejanos en que número del novilunio se estaba. Banderas semejantes las vi también levantadas en señal de victoria o de algún peligro. Jesús preparó para el bautismo a muchas personas que se habían reunido desde ayer, y estableciéndose en los alrededores. Hoy tampoco se bautizó porque se ordenó un día de fiesta por la muerte de un rey impío (Alejandro Janeo). El bautisterio aparece adornado y hermoso.
Al día siguiente comenzaron Andrés y los otros discípulos a bautizar a aquéllos que Jesús había preparado el día anterior. Jesús caminó con Lázaro, que había vuelto con Obed, hijo de Simeón, desde ayer a la tarde y con éste desde el lugar del bautismo, a la mañana temprano hacia la comarca de Belén, entre Bethagla y Ophra, más al Occidente. Jesús tomó este camino porque Lázaro quería contarle lo que en Jerusalén se decía de Él, y porque quería darle normas a él y por medio de él a los demás. Así llegaron al camino de José y María, cuando iban a Belén, a unas tres horas hasta una hilera de chozas de pastores en una comarca aislada. Lázaro refirió a Jesús

lo que se decía de Él en Jerusalén; lo que hablaban, en parte irritados, en parte burlándose, y en parte curiosos; querían ver si para Pascua acudía a las fiestas; si entonces iba a ser tan osado con sus milagros en una gran ciudad, como lo hacía entre los ignorantes de las aldeas. Le contó también lo que fariseos de diversos lugares decían de Él y del espionaje que ejercían. Jesús lo tranquilizó de todas estas cosas y le señaló en los profetas los pasajes en que todo esto estaba predicho. Le dijo que Él estaría todavía ocho días por el Jordán y luego volvería a Galilea, y que para la Pascua iría a Jerusalén y llamaría luego a sus discípulos.

Hablando de Magdalena, lo consoló, diciéndole que ya una centella de salud había prendido en ella, que pronto la inflamaría del todo. Pasaron el día entre las chozas de los pastores, quienes los agasajaron con pan, miel y frutas. Vivían unas veinte mujeres ancianas, viudas de los pastores, con algunos hijos ya crecidos que las ayudaban. Sus habitaciones eran celdas separadas por ramajes que aún crecían, y entre ellas se encontraban algunas personas que habían ido al pesebre de Belén para adorar al Niño Jesús y ofrecerle dones. Jesús enseñó aquí y visitó las diversas dependencias sanando a algunas enfermas. Una de ellas era muy anciana y delgada; vivía en una pequeña choza y estaba tendida sobre un jergón. Jesús la sacó de la mano afuera. Estas ancianas tenían un lugar común para comer y rezar. Lázaro y Obed volvieron a Jerusalén. Jesús visitó y sanó a algunos enfermos en la comarca y a eso de las tres de la tarde volví a verlo en el lugar del bautismo.

XV
Jesús en Adummim y Nebo

Jesús anduvo con la mayoría de sus discípulos a través de Bethagla hacia Adummim. Este lugar está como escondido en una comarca silvestre llena de barrancos y rocas donde el camino es a veces tan angosto que apenas podía pasar por él un asnillo. Está como a tres horas de Jericó en los confines de Benjamín y de Judá: tan oculto es el lugar que yo no lo había visto antes. La ciudad está edificada en una ladera escabrosa. Había sido un refugio de criminales que podían buscar aquí protección contra las condenas de muerte. Eran vigilados hasta su mejoría o empleados como esclavos en las obras públicas. Se llamaba por esto el lugar de los reos o de los sanguinarios. Estas ciudades de refugio existieron ya desde los tiempos de David. Terminaron de serlo después de Jesucristo, en las primeras persecuciones de los fieles. Más tarde existió aquí un convento edificado por los hermanos del Santo Sepulcro. La gente vivía aquí de la viña y de la fruta. Presentaba el aspecto de una región salvaje, con rocas desnudas de vegetación; a veces caían grandes trozos de piedras arrastrando los viñedos de las laderas. El camino propio de Jericó a Jerusalén no pasaba por aquí, sino hacia el Occidente de Adummim, por cuyo lado no se podía entrar en la ciudad. Una senda desde el valle de los pastores a Jericó, a una media hora de Adummim, atraviesa el camino de Bethagla a Adummim. En las cercanías de este sendero había un pasaje muy peligroso y angosto. Veíase un lugar señalado con un asiento de piedra, donde mucho antes de Cristo había sucedido en realidad lo que Jesús contó como una parábola del Samaritano caritativo y del hombre caído en manos de los ladrones.

Cuando Jesús iba hacia Adummim se apartó un tanto del camino y sobre ese asiento de piedra enseñó a los discípulos y los que se habían congregado el hecho que allí había sucedido tiempo atrás. Celebró el sábado en Adummim y enseñó en la sinagoga con parábolas que se referían a la provincia de las ciudades de refugio para los criminales y la aplicó al tiempo de penitencia para los hombres durante la vida. Sanó a varios enfermos, especialmente a hidrópicos. Después del sábado volvió con sus discípulos al lugar de los bautismos. Por la tarde del día siguiente fue a la ciudad de Nebo, que está al otro lado del Jordán, al pie del monte Nebo, que tiene una ladera de varias horas de camino. Habían acudido mensajeros pidiéndole a Jesús que fuese a enseñar y sanar a los enfermos. Vivía aquí gente de todas partes: egipcios, israelitas que se habían manchado con la idolatría y moabitas. Habían reaccionado con la predicación de Juan; pero no se atrevían a pasar al lugar del bautismo de Jesús. Creo que no les era permitido ir allá: eran despreciados por los demás israelitas, no recuerdo por cual de los pecados

de sus antepasados, y por esto no podían ir a cualquier parte, sino sólo a algunos lugares. Vinieron humildemente a Jesús y le pidieron que los bautizara. Los discípulos llevaron consigo agua de la fuente bautismal en un odre; en el bautisterio quedaron algunos para vigilar. Nebo está separado por una montaña de una media hora del Jordán y de Macherus, unas cinco o seis horas. Tenía un terreno estéril. Para llegar hay que subir por la otra orilla del Jordán. La orilla de enfrente del lugar del bautismo es empinada, como montaña, y no hay modo de bajar. Más allá de esta montaña está Nebo. Existe aquí un templo de ídolos, pero está cerrado y parece mal edificado. Jesús prepara al aire libre a los bautizandos desde un asiento de enseñanza y los discípulos bautizaban. La tina estaba colocada sobre una cisterna de baño donde entraban los bautizandos; estaba llena de agua hasta cierta altura. Los discípulos habían llevado consigo las vestiduras blancas para los bautizandos: las llevaron envueltas y arrolladas en torno del cuerpo. En el bautismo las ponían a los neófitos y los camisones flotaban en el agua. Después del bautismo se les colgaba una especie de manto. Donde Juan bautizaba era ésta una especie de estola, ancha como una servilleta. Aquí era más bien un mantito al cual está cosida una estola con flecos. La mayoría de los bautizados eran niños y ancianos, porque muchos fueron rechazados para que se mejorasen primero.
Jesús sanó también a varios enfermos de fiebres e hidrópicos, que habían sido traídos en camillas. No hay entre los paganos tantos endemoniados como entre los hebreos. Jesús bendijo el agua que tomaban, que no era buena, sino turbia y salobre, recogida en las rocas de la montaña. Había un recipiente que era llenado con mangueras. Jesús lo bendijo en forma de cruz y se detuvo con la mano sobre algunos puntos de la superficie.
A la vuelta al albergue de Ono permanecieron Jesús y sus discípulos la mayor parte del día en el camino de Nebo al pasaje del Jordán. Jesús enseñó aquí donde había muchas chozas, cuyos habitantes tenían sus frutas y su vino exprimido para vender a los transeúntes. Jesús volvió a la tarde con sus discípulos a su albergue cerca del lugar de bautismo. Fue pasando luego por los alrededores a diversos grupos de campesinos y reunía a la gente para adoctrinarla. Había buenas gentes que durante el tiempo que estuvo allí bautizando Juan proveían de alimentos a los que venían de lejos. Parece que Jesús desea visitar hasta los lugares más pequeños de esta comarca, pues pronto se ausentará a Galilea. Estuvo también con un rico campesino, a una media hora de Ono, cuyas posesiones cubrían casi el monte entero. Aquí hay un campo en uno de cuyos lados aún se está cosechando, mientras en el otro se empieza a sembrar. Aquí expuso Jesús una parábola sobre la siembra y la cosecha. Había una silla muy antigua para enseñanza de los tiempos de los profetas. Los campesinos la han arreglado muy bien, y sobre ese asiento

está ahora Jesús enseñando. Otros asientos semejantes de piedra fueron restaurados aquí desde la predicación de Juan. Se lo había impuesto Juan a las gentes, ya que esto pertenecía también a su misión de preparar el camino del Mesías. Estas tribunas de enseñanza del tiempo de los profetas habían quedado en desuso y en ruinas, como entre nosotros pasa con muchas estaciones del Vía crucis. Elias y Elíseo habían estado muchas veces en estos lugares.
Jesús quiere celebrar el sábado en Ono mañana. A esta fiesta sigue otra que se refiere a los frutos de la tierra, porque he visto llevar a las sinagogas y a las casas de los juzgados muchos canastos de frutas. En el lugar del bautismo se está ordenando todo y se guardan las cosas para el descanso de estas fiestas. Donde está la piedra que señalaba el lugar del Arca se han levantado unas veinte casitas. Bethabara no está junto a la orilla, sino a una media hora de distancia; pero de aquí se la ve muy bien. Desde el pasaje del río hasta el lugar donde bautiza ahora Juan, sobre Bethabara, hay una hora y media de camino. He visto andar a Jesús en Ono de casa en casa. No sabía yo por qué, pero más tarde oí que tenía este andar relación con los diezmos, exhortando Él a las gentes a dar las limosnas que se solían hacer en las fiestas de los frutos.
Por la tarde celebró la festividad del sábado en la sinagoga, donde enseñó. Después comenzaron los preparativos para la fiesta de los nuevos frutos del año. Era una fiesta triple; primero, porque entraba ahora la savia en los árboles; segundo, porque se entregaba el diezmo de los frutos, y tercero, porque se daba gracias por los frutos recibidos. Sobre estas cosas versó la predicación de Jesús. Se comían muchas frutas y se regalaban a los pobres diversas figuras formadas con frutas dispuestas sobre las mesas. Hasta ahora hay unos veinte discípulos más que siguen a Jesús.

XVI
Jesús en Phasael. Sana a la hija de Jairo. Primer encuentro con la Magdalena

Al término de la fiesta Jesús dejó a Ono con unos veinte discípulos y se encaminó a Galilea. Entró en aquellas chozas de pastores donde José y María en su viaje a Belén habían sido duramente rechazados. Aquí había tenido Jacob sus campos de pastoreo. Jesús visitó los albergues de los buenos, y enseñó allí. En los de los malos pasó la noche amonestándolos. La mujer vivía aún y Jesús la sanó de su enfermedad. Pasó luego por Aruma donde había estado ya antes.

Jairo, un descendiente del esenio Chariot, que vivía en el pueblo de Phasael algo despreciado por los demás, y que había rogado a Jesús sanase a su hija enferma, mandó un mensajero para recordar a Jesús su promesa de ayuda. Su hija había muerto. Jesús mandó a sus discípulos que continuasen su camino y los citó para encontrarse en un determinado sitio. Él siguió al mensajero a casa de Jairo, en Phasael. Cuando Jesús llegó a la casa estaba la hija, difunta ya, preparada para el entierro, envuelta en telas y ligaduras y rodeada de todos los laminares, que se lamentaban. Jesús hizo reunir a otros del lugar y mandó desatar las ligaduras y las telas, tomó a la muerta de la mano y le mandó levantarse. De pronto se levantó viva y se irguió en su lecho. Era una joven de diez y seis años. No había sido buena; no amaba a su padre, que la quería sobre todas las cosas; se quejaba de él porque socorría a los pobres y se juntaba con los desgraciados. Jesús la resucitó en cuerpo y alma. Cambió de vida y se juntó más tarde con las santas mujeres. Jesús exhortó a todos no hablar de este prodigio; por eso no quiso tener a su lado a sus discípulos. Este Jairo no es el de Cafarnaúm, cuya hija resucitó más tarde Jesús, según narra el Evangelio.

Jesús dejó este lugar, se dirigió al Jordán, pasó el río y caminó por la Perea, al Norte; llegó a Sukkoth, al Occidente del río, y fue a Jezrael. En Jezrael enseñó y obró muchos prodigios en presencia de las grandes muchedumbres que se habían reunido. Todos los discípulos de Galilea habían venido a su encuentro. Natanael Chásed, Natanael el de Cana, Pedro, Santiago, Juan, los hijos de María de Cleofás, todos estaban aquí.

Lázaro, Marta, Serafia (Verónica) y Juana Chusa, que habían salido de Jerusaién, habían visitado a María Magdalena en Mágdala y le habían dicho que fuera a Jezrael para ver, si no para oír al prodigioso, sabio, elocuente y admirable Jesús, de quien todo el país estaba hablando con admiración. Magdalena quiso complacer a las santas mujeres y con mucho adorno y mucha pompa las había acompañado hasta aquí. Cuando a través de una ventana de la posada, donde se alojaba, vio a Jesús caminando por el

sendero con sus discípulos, Jesús le dirigió una mirada seria, que le entró en el alma y la cubrió de tanta vergüenza y confusión, que salió del albergue y se fue a una casa de leprosas donde había mujeres con flujo de sangre, en una especie de hospital a cargo de un fariseo. Lo hizo impulsada por un sobrenatural asco de su persona y la vista interior de su miseria. La gente del albergue que la conocía, dijo: "Allí le corresponde estar, entre leprosas y enfermas de flujo de sangre". Magdalena había corrido a casa de las leprosas para humillarse, ¡tanto le había herido la mirada de Jesús! Había pedido para sí, por vanidad y para no juntarse con otros pobres, un albergue especial y no el común de las otras mujeres. Lázaro, Marta y las otras mujeres volvieron con ella a Mágdala y celebraron allí el sábado, pues había allí una sinagoga.

XVII
Jesús en Cafarnaúm y Gennebris

Hacia la tarde llegó Jesús a Cafarnaúm para el sábado. Antes había visitado a su Madre María. Enseñó y se albergó en la casa que pertenecía al novio de Cana. Todos los discípulos estaban reunidos. El sábado enseñó hasta la conclusión de la fiesta. Le habían traído de todos los puntos del país muchos enfermos y endemoniados. Él los sanó en público, delante de sus discípulos, y echó a los demonios asediado por las multitudes. Mensajeros de Sidón vinieron a rogarle pasara a visitarlos. Él rehusó. Acudieron gentes de Cesárea de Filipo y lo invitaron con instancia. Él los consoló con la esperanza para más adelante. El gentío creció tanto que Jesús abandonó a Cafarnaúm después del sábado con algunos discípulos y se ocultó en la montaña, a casi una hora al Norte de la ciudad, entre el mar y la entrada del Jordán, donde había muchos barrancos. Se mantuvo oculto, entregado a la oración. Es la misma montaña donde Él, viniendo de Bethanat con sus discípulos, había visto en el mar las barcas de Pedro y del Zebedeo desde una colina. Los discípulos que habían estado con Jesús entraron en las viviendas de los pescadores y contaban cosas de Jesús. Andrés permaneció en Cafarnaúm y contó y enseñó lo que había oído de Jesús a las turbas que se habían congregado.

Por la tarde fue Jesús a casa de su Madre, entre Cafarnaúm y Betsaida. Se habían reunido Lázaro, Marta y las otras mujeres que venían de Mágdala: venían para despedirse y marchar a Jerusalén. Jesús los consoló respecto de Magdalena. Dijo que Marta se desolaba demasiado; que Magdalena estaba ya conmovida; que todavía caería miserablemente. No había dejado aún sus adornos vanos; había declarado que no podía resolverse a vestir tan pobremente como las otras mujeres, sino que debía hacerlo según su condición.

Cuando después vino un día de ayuno por la muerte de un hombre que contra la prohibición había hecho poner figuras en el templo, enseñó Jesús de nuevo en Cafarnaúm. De nuevo le trajeron muchos enfermos, de los cuales sanó a muchos. Acudieron nuevos mensajeros para invitarlo a ir con ellos a otras regiones. Hubo aquí algunos maliciosos fariseos que le contradecían y le preguntaron a dónde iba a parar todo esto. "Todo el país está alborotado por su causa y no deja de enseñar en público y se extiende cada día su fama". Jesús los rechazó con severidad y les dijo que enseñaría públicamente y empezaría también a obrar a vista de todos. Por la tarde comenzó un día de ayuno por la extirpación de la tribu de Benjamín por las otras tribus a causa de una maldad y escándalo. He visto que este día de ayuno se observó con más rigor en la región de Phasael, donde había estado

Jesús hacía poco por la resurrección de la hija de Jairo, también en Aruma, Gibea, porque el hecho había tenido lugar por allí. Vi que las santas mujeres ofrecían un sacrificio especial y tomaban parte en el acto con más esmero. De noche fue Jesús llevado por Natanael Chased, con Andrés, Pedro y los hijos de María de Cleofás y del Zebedeo, a Gennebris, donde residía Natanael. Allí éste le había preparado un albergue. No entró en la casa de Natanael, aunque pasaron por delante y está fuera de la ciudad. Natanael, el de Cana, y su mujer están en este momento en Cafarnaúm y Jezrael. El lugar del bautismo en Ono, es vigilado por turno por los habitantes del lugar. Jesús enseña y sana a endemoniados en Gennebris. Atraviesa el lugar un camino de mercaderes. Las gentes no son tan sencillas como las de la orilla del lago; que aunque no contradicen abiertamente, con todo reciben con frialdad sus enseñanzas. Admás de los futuros apóstoles estuvo en Gennebris también Jonatan, hermano uterino de Pedro; los demás se distribuyeron por Cafarnaúm y Betsaida, para contar todo lo que habían visto y oído de Jesús de Nazaret. Desde Gennebris fue Jesús con sus futuros apóstoles a Betulia a tres horas de Gennebris, a cinco de Tiberíades y no lejos de Jezrael. La ciudad está situada en la ladera del monte empinado que parece quisiera caerse y se ven ruinas tan anchas de antiguas murallas que podían pasar carros sobre ellas. El camino desde aquí a Nazaret pasa por el monte Tabor, del cual está a pocas horas de distancia al Sudeste. Natanael Chased ha entregado su empleo en Gennebris a su primo hermano y quiere en adelante seguir a Jesús. Entrando en Betulia le salieron al camino los endemoniados, clamando. Al llegar al mercado de la ciudad se detuvo Jesús en un asiento de enseñanza y mandó a algunos discípulos que pidieran al jefe de la sinagoga abriese por todos los lados las puertas, mientras otros discípulos iban de casa en casa llamando al pueblo para la enseñanza. La sinagoga tenía varias puertas entre columnas que se solían abrir en las grandes concurrencias. Jesús enseñó aquí sobre el verdadero grano de trigo que tiene que ser puesto en tierra para que germine y dé fruto.

Se albergó en una posada dispuesta de antemano. Los fariseos no le contradijeron abiertamente, pero murmuraban. Jesús sabia que temían que celebrase aquí el sábado. Jesús se lo dijo a los discípulos: quería ir para el sábado a un lugar un par de horas más lejos, entre Occidente y Norte, hacia el Tabor, a un pueblo cuyo nombre no recuerdo y cuyos habitantes viven de colorear sedas para franjas y borlas.

Jesús sanó aquí a varios enfermos. Todos los discípulos que se habían quedado volvieron a reunirse. Cuando Jesús abandonó la ciudad de Betulia por las murmuraciones de los fariseos,-enseñó un cuarto de hora al aire libre, fuera de la ciudad sentado en un asiento de piedra. Se veían restos de murallas y parece que esto formaba parte de la ciudad en otros tiempos.

Después llegó a eso de las tres de la tarde a Kisloth, como a tres horas de aquí, a los pies del monte Tabor. Le habían precedido Andrés y otros apóstoles para prepararle albergue. Se había reunido aquí una gran muchedumbre de gente de los alrededores, entre ellos muchos pastores que tenían sus cayados y muchos mercaderes de Sidón y de Tiro. Las enseñanzas y los prodigios de Jesús se habían hecho conocer ya en los contornos. Todos se atropellaban por llegar al lugar, porque se había corrido la voz de que Jesús pensaba celebrar aquí el sábado. También los que andaban de camino y de viaje se reunieron en esta ocasión. Donde Jesús aparecía se suscitaba siempre un gran movimiento. Se clamaba a su llegada; se trataba de llegar a donde Él estaba; algunos se echaban de rodillas a sus pies; le querían tocar. Por esto se mostraba a veces algo contrariado por la muchedumbre, y procuraba desaparecer de súbito cuando el tumulto crecía demasiado. A veces, en los caminos, enviaba a sus discípulos a otra parte, o se alejaba de ellos, para quedarse solo. Llegando a las poblaciones tenían a menudo que abrirse paso entre la turba. Algunos, a quienes permitía tocarle o acercarse a Él, sentían luego una conmoción interna, una mejora en lo espiritual y la curación de sus enfermedades.

XVIII
Jesús en Kisloth-Tabor

Por la tarde llegó Jesús a un albergue preparado ya de antemano por los discípulos fuera de la ciudad de Kisloth-Tabor, localidad donde estuvo ya dos veces. Esta ciudad está a siete horas de camino de Nazaret, por los desvíos, y a cinco horas en línea recta. Los caminos van aquí, en la Palestina, entre vericuetos y senderos torcidos entre valles y montañas. Por eso los cálculos de distancia son con frecuencia muy diversos. Muchos Pueblitos llenan la Palestina, aunque de las alturas no se alcanza a ver sino los principales y mejor situados. Kisloth-Tabor es una ciudad de mercaderes y traficantes; hay bastantes ricos y acomodados y muchos pobres que viven de la tintura de sedas crudas y del trabajo de franjas, borlas y otros adornos semejantes para las vestiduras de los sacerdotes. Estas tintorerías estaban antes la mayor parte junto al mar, en Tiro; ahora muchos de estos tintoreros se han internado en el país. Los ricos emplean a los pobres en sus talleres y fábricas. He visto gente que trabajaba en condición de esclavos.

Delante de la posada habían los discípulos cercado un lugar con gruesas sogas, que pasaban a través de palos enterrados en el suelo, formando una barrera contra el empuje de las turbas que se apretaban para oír las enseñanzas de Jesús. Aquí se instaló Jesús fuera de la ciudad para enseñar a las muchedumbres que acudían de todas partes. Vinieron también hombres ricos y mercaderes de la ciudad; y fue entonces que habló de las riquezas y de los peligros de la avaricia y de la codicia. Les dijo que su condición era más peligrosa que la de los publicanos, de los cuales muchos se convertían. Fue entonces que mirando a las sogas que le separaban del empuje del pueblo dijo las palabras severas del Evangelio: Una soga (como la que estaban viendo) pasa más fácil por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos[8]. Estas sogas de pelos de camello eran gruesas como un brazo y pasaban por cuatro hileras a través de los palos o estacas delante del albergue. Estos ricos pretendieron defenderse diciendo que ellos daban limosna de sus ganancias. Jesús les contestó que las limosnas que exprimían del sudor de los pobres no les podía traer bendición alguna.

Kisloth era una ciudad de levitas, separada de Zabulón, y dada a los levitas de la tribu de Merari. Tenía la mejor escuela de la comarca; era bastante grande y todo se hizo allí con mucha solemnidad. Cuando Jesús enseñaba en las sinagogas en el sábado, los sacerdotes del lugar servían entregando los rollos de la Escritura o leían por turno los pasajes que Él deseaba. Sobre lo leído preguntaba Jesús e instruía. Se cantó también, pero no al modo farisaico. Yo oía la voz de Jesús sobresalir, más armoniosa, sobre las de los demás. No recuerdo haberlo oído cantar a solas.

Jesús enseñó por la mañana en la escuela de Kisloth, mientras Andrés enseñaba en las salas adyacentes a los niños y exhortaba a los forasteros que llegaban, diciéndoles las cosas oídas y vistas de Jesús. El tema de Jesús versó sobre la soberbia y la vanidad. No hizo aquí curaciones porque, como dijo, los veía hinchados: porque había enseñado aquí en su ciudad, se creían mejores que los otros, que por eso había venido Jesús a ellos; en lugar de reconocer que si venía a ellos era porque lo necesitaban más que los otros y que se humillasen para poder mejorar sus costumbres. Después de la enseñanza se detuvo delante de la sinagoga en un espacio libre donde había varias hileras de pequeñas celdas que pertenecían a la sinagoga y formaban como una antesala. Aquí sanó a varios niños que sufrían de convulsiones y otros males y que los habían traído las madres. Los sanó porque eran inocentes. Sanó también a varias mujeres que se humillaron delante de Él y le decían: "Señor, quítanos nuestros pecados y transgresiones". Se echaron a los pies de Jesús y confesaban sus culpas. Sufrían algunas de flujo de sangre y otras padecían de malas pasiones de las cuales pedían verse libres.
Por la tarde celebró el sábado en la escuela y comió en la posada. Los futuros apóstoles y más íntimos amigos estaban con Él a la mesa, mientras otros discípulos estaban en otra mesa o servían a los comensales. Al día siguiente celebró el sábado en la sinagoga y sanó a muchos delante de ella; fue a la casa de varios que no pudieron ser traídos, y los sanó. Los discípulos ayudaban, trayendo o llevando enfermos, haciendo lugar entre la multitud, yendo o viniendo con mensajes y cuidando el orden. Los gastos de estos viajes y posadas iban por cuenta de Lázaro. Obed, el hijo de Simeón, era el encargado de hacer los pagos.
Las pequeñas celdas que yo había visto delante de la sinagoga están ahora ocupadas por mujeres que a través de un enrejado hablan con Jesús a solas. Estas celdas estaban destinadas a mujeres pecadoras, penitentes o impuras legalmente, que debían tratar con los sacerdotes. Arriba, en el monte Tabor, no hay población, pero se ven fortalezas, murallas y parapetos donde en otros tiempos había soldados estacionados. Por la tarde fue Jesús con sus más íntimos, futuros apóstoles, a casa de un fariseo para la comida. Este fariseo había escuchado la enseñanza de Jesús y habíase conmovido y mejorado. Días después estaba Jesús con sus discípulos en una gran comida que le daban los principales del lugar, en una sala preparada al efecto. Había enseñado y en la misma tarde abandonó la ciudad y se dirigía a Jezrael, que está como a tres horas de camino de Kisloth-Tabor. En Jezrael se apartaron de Jesús sus más íntimos con Andrés y Natanael y los de Betsaida para visitar a los suyos. Jesús les dijo donde debían volver a encontrarse.
Unos quince discípulos más jóvenes aun quedaban con Jesús. Enseñó y sanó a algunos enfermos. Aquí hay varias escuelas de letras y de religión, porque

es un gran centro. Jesús habló de la viña de Nabot. De Jezrael partió a una hora y media hacia el Oriente, a un campo que estaba en un valle ancho como de dos horas de camino y de igual largo. Había muchos árboles frutales con setos bajos y divisiones. Es un valle hermoso, lleno de frutales y vegetación.
Los habitantes de Kisloth-Tabor y de Jezrael tienen aquí sus posesiones y praderas. Se ven muchas tiendas, de dos en dos, repartidas por el valle, donde gentes de Sichar están encargadas de guardar, vigilar y cosechar las frutas. Me parece que estaban obligadas a hacerlo como un tributo que debían pagar. Se turnan en el oficio y viven cuatro en cada una de las tiendas. Aparte viven las mujeres que cocinan para los trabajadores. Jesús enseñó a estas gentes reunidas en una tienda. Se ven muchas fuentes y pozos de agua que fluyen al Jordán. Una de estas corrientes principales viene del lado de Jezrael y aquí es apresada en una hermosa fuente sobre la cual han hecho una cúpula como si fuese capilla. De esta fuente principal parten varios brazos que corren por el valle y se juntan otras corrientes que van al fin a parar al Jordán. Los oyentes eran unos treinta de estos guardianes que escuchaban a Jesús; las mujeres estaban algo apartadas. Les habló de la esclavitud peor, que es la del pecado, de la cual debían librarse ellos mismos. Estos hombres estaban fuera de sí de contentos porque Jesús se había dignado visitarlos. Jesús se mostró tan compasivo y tan tierno con estas pobres gentes que yo misma tuve que llorar de ternura. Presentaron a Jesús y a sus discípulos varias clases de frutas, de las cuales comieron. En algunos de estos lugares ya hay fruta madura, mientras en otros están sólo las flores. Veo aquí unos frutos de color pardo, como higos, que nacen en racimos como las uvas; hay también unas plantas amarillas de las cuales hacen lechada. En este valle está la montaña de Gelboe, donde pereció Saúl en su guerra contra los filisteos.

XIX
Jesús en Sunem y en Ulama

Por la tarde partió Jesús, a través de Jezrael, hacia Sunem, población abierta situada sobre una montaña. Algunos discípulos le habían precedido para preparar albergue hablando a un hotelero a la entrada de la ciudad. El valle de los frutales, de donde había partido, está al Sur de Jezrael. Cerca de Sunem hay otras dos ciudades a una y dos horas de distancia, una de las cuales dejó Jesús de lado en su camino de Kisloth-Tabor a Jezrael. Las gentes de Sunem viven del trabajo de tejido. Tejen con hilos de seda cintas angostas con bordes, sencillas y adornadas con flores. Este lugar no está ya en el valle de Esdrelón, sino más en las alturas. Hubo aquí un concurso extraordinario en torno de Jesús que fue en aumento. Las gentes lo rodean por todas partes; se echan a sus pies; gimen y claman al nuevo Profeta, al enviado de Dios; muchos lo hacen con recta intención; otros, por imitación y curiosidad y por hacer tumulto. El concurso es aquí tan grande, que parece una sublevación popular, y como esto va en aumento en Galilea, pronto se ha de retirar Jesús. De este lugar era la hermosa Abisag, que tomó David por esposa en su ancianidad. También tuvo aquí el profeta Elíseo un albergue adonde acudía con frecuencia y donde resucitó al hijo del posadero. Tuve precisamente una visión de este hecho. Hay en esta ciudad una posada libre para viajeros y transeúntes, precisamente en recuerdo del profeta Elíseo y de su estadía. No sé si estuvo en esa misma casa o por lo menos en el lugar donde se levanta el albergue.
Jesús enseñó ese día en la escuela y entró en muchas casas de enfermos, para consolarlos y curarlos. El pueblo está algo desparramado entre alturas y en medio de la ciudad se levanta la cresta de la montaña. Hay un camino que lleva arriba; a medida que se sube las casitas son más pequeñas y apenas unas chozas. En un lugar vacío de la cumbre había un sillón de piedra para enseñar; para defenderse del sol pusieron una tienda de tela extendida sobre palos. Cuando Jesús, a la mañana del siguiente día, subió a la altura con sus discípulos para enseñar, se promovió un grave tumulto en la ciudad. La multitud había llevado arriba, a lo largo del camino, a muchos enfermos en camillas. Jesús pudo apenas subir entre los gritos, el tumulto y los clamores de los enfermos. Había gente sobre las azoteas de las casas para poder ver y oír mejor sus palabras. Desde arriba, donde está el asiento, se descubre una vista espléndida alrededor del monte Tabor. Jesús habló aquí con severidad contra el orgullo, la jactancia y las charlas de las gentes que, en lugar de buscar la conversión en silencio, de hacer penitencia y de cumplir los mandamientos de Dios, gritan y claman vanamente: "¡El profeta; el enviado de Dios!", creyendo que la venida de Jesús sea por

haberlo merecido y por ser una honra del enviado haber venido a ellos. Les dijo claramente que había venido para que reconocieran sus pecados y se convirtieran.
A las tres de la tarde se dirigió Jesús al Noreste, a unas tres horas de distancia, a una ciudad que parecía un conjunto de pueblos, más grande, aunque no tan antigua como Sunem. Esta ciudad tenía grandes y anchos muros, sobre los cuales crecían árboles. Se llama Ulama y está como a cinco horas al Este de Tabor. A dos horas de allí está la ciudad de Arbela, hacia el Norte. Hay aquí caminos entre montañas, llenos de piedras puntiagudas, que rompen y gastan las suelas, y por esto se fabrican en ese pueblo suelas para los pies. La ciudad está sobre una altura, en una región escabrosa; con todo, se ven las alturas plantadas de viñedos casi hasta las cumbres. He visto aquí una planta alta como un árbol, de ramajes enredados, gruesos, como un brazo que tienen frutos como zapallos, con los cuales hacen botellas y recipientes. (Posiblemente una variedad de calabaza). La ciudad no es tan antigua como otras y tiene algo que manifiesta que aun no ha sido terminada. Los habitantes no tenían la sencillez de los antiguos israelitas: querían aparecer más duchos y entendidos que sus vecinos. Creo que deben haber estado aquí por algún tiempo romanos u otros soldados extranjeros. También aquí hubo gran concurso de pueblo, porque Jesús dijo que quería celebrar el sábado. Se habían reunido a Jesús algunos de sus discípulos, entre ellos Jonatán y los hijos de la viuda; eran unos veinte. Entre ellos estaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Menor, Natanael Chased y el Natanael de las bodas de Cana. Jesús los había citado para que oyeran su enseñanza y le ayudasen en las curaciones de los enfermos, por la gran multitud que acudía por doquiera. El pueblo lo recibió, saliéndole al encuentro, porque se habían dado la voz que llegaba. Traían ramas de los árboles y plantas que echaban a su paso y ponían ante sus pies bandas largas y angostas para que pasara sobre ellas, y clamaban: "¡El Profeta, el Profeta!" Había unos hombres principales que mantenían el orden y lo saludaron a su llegada. Muchos endemoniados que había en la ciudad le seguían por detrás gritando y anunciando al que venía. Jesús los mandó callar. Al llegar al albergue no tuvo reposo; llegaron los endemoniados clamando, hasta que de nuevo les mandó callar y se apartasen de allí.
En Ulama había tres puntos de reunión: una escuela de letrados, una de niños y una sinagoga. Jesús fue a diversas casas consolando y sanando; luego habló en la escuela, tratando de la sencillez y del respeto a los padres. De ambas cosas faltaban especialmente en este lugar, y en su predicación les reprochó su orgullo y su vanagloria puesto que, habiendo venido el Profeta en medio de ellos, ellos malgastaban el tiempo en vanos clamores en lugar de aprovecharlo para el arrepentimiento, la penitencia y la conversión.

Después del sábado los principales de la ciudad le dieron una comida en una sala de festejos. Los apóstoles, que habían ido a sus casas, habían saludado a los suyos y habían conversado y visitado a María. Las mujeres se iban también manteniendo más unidas a Jesús por medio de María. El Bautista aún permanecía en su puesto, aunque sus discípulos disminuían día a día. Herodes iba con frecuencia a verlo y le enviaba mensajeros.
Al día siguiente del Sábado fue Jesús por la mañana, a las nueve, con sus discípulos a un cuarto de hora fuera de la ciudad, donde junto a una montaña había un lugar como un parque de recreo o de baños. Este lugar es casi tan grande como el cementerio de Dülmen, y alrededor tiene galerías, edificaciones, un hermoso pozo y un sitio para enseñar. Jesús había citado allí a los muchos enfermos que había en la ciudad, pues no quiso sanar en la ciudad por el gran tumulto originado. Los apóstoles ayudaban, guardando el orden. Los enfermos habían sido traídos en camillas y estaban en las galerías esperando su paso. Habían acudido tantas personas que no todas pudieron acercarse. Los sacerdotes y los principales mantenían el orden. Jesús sanó a muchos enfermos mientras iba de uno a otro. Cuando digo sanó a muchos, entiendo como a treinta; cuando digo a algunos, entiendo unos diez. Habló Jesús de la muerte de Moisés, cuya recordación se celebraba con un día de ayuno. Los alimentos se conservaban calientes bajo las cenizas. Comían unos panes diferentes de los comunes. Jesús habló de la tierra prometida y de su fertilidad, diciendo que esta fertilidad no debe entenderse sólo de los frutos materiales, sino de la abundancia de los bienes espirituales, pues su país fue fértil en profetas y enviados de Dios, y el fruto es en estos casos la salud prometida y la penitencia en aquéllos que la quieren recibir de corazón. Después de esto, lo he visto ir a otro edificio donde habían llevado a los endemoniados. Se enfurecían y gritaban cuando llegó. La mayor parte eran gente joven y aún niños. Los hizo poner en línea y les mandó callar y estar quietos, y con una palabra los libró a todos de una vez. Algunos se desmayaron, al salir los demonios. Los padres y parientes estaban allí. Jesús enseñó y amonestó a los presentes. Después que enseñó en la sinagoga, abandonó esta ciudad, sin ser notado. Los discípulos habían salido antes. Creo que Jesús mismo lo había ordenado así. Dejando a muchas ciudades se dirigió hacia Cafarnaúm.

XX
Jesús en Cafarnaúm

Jesús caminó durante toda la noche con sus discípulos y llegó al amanecer adonde estaba su santa Madre. Allí, en casa de María, estaban la mujer de Pedro y una hermana de ésta, la mujer de las bodas de Cana y otras. La casa que María ocupa aquí es como las demás del lugar y bastante amplia, porque nunca está sola: varias viudas viven y paran allí. Las mujeres de Betsaida y Cafarnaúm vienen a menudo y también uno que otro de los discípulos. He visto que estaban observando un día de ayuno, que hacían luto y que las mujeres estaban veladas. Jesús habló en Cafarnaúm en la escuela, donde habíanse reunido los discípulos y las santas mujeres. Cafarnaúm está situada en línea recta, sobre la montaña, en dirección del valle, tirando al Mediodía. Como a media hora de camino de Cafarnaúm, sobre el camino a Betsaida, se ven algunas casas, una de las cuales es la que habita María. De Cafarnaúm corre un hermoso riachuelo hacia el Jordán, que se divide en Betsaida en varios brazos fertilizando toda esa región. María no tiene allí huerta ni campo ni animales para cuidar. Vive de la generosidad, como viuda, de los amigos, y se ocupa de hilar, coser y tejer con unos palillos; lo demás del tiempo lo emplea en la oración y en consolar y enseñar a otras mujeres que acuden a Ella el día de su llegada. María lloraba por el gran tumulto que se formaba en torno de Jesús, que entrañaba un peligro, por sus enseñanzas y sus prodigios. A Ella llegaban todas las murmuraciones de las gentes, todos los torcidos pareceres que se formaban sobre Jesús. No atreviéndose a decirlo al mismo Jesús, se lo decían a la Madre. Jesús dijo a su santa Madre que había llegado el tiempo en que dejaría Galilea para ir a Judea, donde, después de las fiestas pascuales, levantaría aún mayor conmoción por su causa.

Por la tarde comenzó en Cafarnaúm una fiesta de acción de gracias por la benéfica lluvia. Las sinagogas y los edificios públicos se adornaban con ramas verdes y plantas, formando pirámides y diversos adornos, y desde los techos de las sinagogas y de otras casas principales con galerías superiores, se tocaban instrumentos de viento extraños. Los que tocaban estos instrumentos eran los encargados de la sinagoga, como son los sacristanes entre nosotros. Este instrumento es parecido a un tubo flexible o un pellejo de unos cuatro pies de largo, al cual están adheridos varios pitos de color oscuro y agujeros como en las flautas, los cuales, cuando el instrumento no estaba hinchado, quedaban pegados y adheridos; cuando, en cambio, se hinchaba, soplando dentro un hombre, otros dos lo sostenían en alto, y éstos tenían el encargo de llenarlo de aire, soplando también o dando fuelle. Con el cerrar o abrir de los diversos agujeros el instrumento daba unos sonidos

muy agudos de diversos tonos. Los dos hombres de al lado se turnaban en soplar.
Jesús habló en la sinagoga de un modo impresionante sobre la sequía y la lluvia. Narró cómo Elías suplicó en el Carmelo la lluvia, y cómo por seis veces envió a su siervo a ver si venía lluvia, y como la séptima vez anunció que una pequeña nube se levantaba del mar y se volvía cada vez más grande, y que luego hecha lluvia refrescó todo el país; añadiendo que Elías recorrió luego el país. Jesús explicó que estas siete preguntas de Elías significaban el tiempo hasta el cumplimiento de la promesa; agregó que señalaba el tiempo presente, y la lluvia era el Mesías, cuya enseñanza debía refrescar y hacer reverdecer todas las cosas secas. "Quien tenga sed, puede saciarse ahora y beba, y quien tenga su campo preparado, recibirá la lluvia benéfica". Dijo todo esto de modo tan conmovedor y tierno que los oyentes lloraban de emoción, y lloraban María y las santas mujeres que lo escuchaban.
La gente de Cafarnaúm se muestra más bien atenta con Jesús. Hay tres sacerdotes en esta sinagoga, y Jesús toma su comida con frecuencia con sus discípulos en una casa donde viven los sacerdotes de la sinagoga. Parece que hay como un derecho adquirido aquí de que los maestros que enseñan tienen libre albergue. Ayer de tarde y esta mañana volvieron los músicos a soplar sus raros instrumentos, y aún hoy tocaban los jóvenes y niños que encontraban su contento en ello. Jesús había despedido a sus discípulos, parientes y a los de Betsaida, porque quería dejar esta mañana la comarca de Galilea y partir para Judea. Parten con Él sólo unos once discípulos, que eran de Nazaret, de Jerusalén y otros que venían del lado de Juan.

XXI
Jesús ayuda a unos náufragos

Después de la fiesta de acción de gracias partió Jesús de Cafarnaúm en dirección Sudeste, como quien va entre Cana y Séforis. María y otras ocho mujeres le acompañaron un trecho; entre ellas estaban María de Cleofás, las tres viudas, la mujer de las bodas de Cana y una hermana de Pedro. Le acompañaron hasta una pequeña población, donde tomaron alimento juntos y despidieron a Jesús. En estas cercanías estuvo el pozo donde José había sido bajado por sus hermanos. El lugar se llama Dothaim. Hay otra Dothaim más grande que este poblado, en el valle de Esdrelón, como a cuatro horas al Norte de Samaría. Este Dothaim es un pequeño pueblo donde sus habitantes viven de traficar con los mercaderes que pasan por sus carreteras; está al final de un valle con pradera como para ochenta animales. Del otro lado está el gran edificio donde Jesús en otra ocasión hizo callar a una multitud de endemoniados que gritaban al verlo. Esta vez no entró en este lugar, que está a una hora y media entre el Norte y Oriente de Séforis, y a cuatro o cinco horas del monte Tabor. Los discípulos le habían precedido para buscar albergue. Salieron al encuentro de Jesús y de las santas mujeres unos ocho hombres y sacerdotes que los acompañaron a una casa que nadie habitaba y donde estaba dispuesta la comida. Delante de la entrada habían extendido una alfombra por donde debía pasar Él. Allí le lavaron los pies del polvo del camino. Las mujeres comieron aparte, detrás del hogar.

Jesús y sus discípulos estaban tendidos a la mesa. Se comía sólo alimentos fríos: pequeños panes, miel, hierbas verdes que se sopeteaban y frutas; la bebida era agua mezclada con bálsamo, de la cual dieron a Jesús y a las mujeres pequeños recipientes para llevarse. Los sacerdotes de la ciudad servían de pie con admirable humildad y amor. Jesús habló de José, que en este lugar había sido vendido por sus hermanos. Fue una escena tierna y conmovedora que me hizo llorar. Para mí es esto extraño: todo pasó tan cerca de mí que quisiera tomar parte, hacer esto o aquello y no puedo hacerlo. Después de esta comida, las santas mujeres tomaron el camino de vuelta a sus hogares. Jesús se despidió a solas de su Madre y luego pasó a saludar a las demás mujeres. He visto que Jesús también abrazaba a su Madre cuando se despedía y se encontraba, estando a solas. En otros casos sólo le daba la mano o se inclinaba saludando cariñosamente. María lloraba en esta ocasión. María presenta un aspecto joven: está crecida, aunque de delicados rasgos. Tiene frente alta, nariz prominente, ojos grandes aunque siempre inclinados al suelo, boca rosada muy atrayente, tez algo morena con mejillas rosadas y aterciopeladas.

Jesús permaneció algún tiempo en el albergue enseñando. Los hombres que no quisieron ninguna paga por las comidas le acompañaron hasta el pozo de José, que está como a media hora de camino en el valle. Este pozo ya no es como fue en el tiempo en que José fue encerrado adentro. Entonces era una cisterna seca, con borde verde; ahora lo han hecho un recipiente cuadrado, bastante amplio, casi un pequeño estanque y le han puesto un techo sostenido por columnas. Está lleno de agua y conservan en él variedades de pescados. Veo allí peces curiosos que tienen las cabezas en alto y no en punta como los nuestros: no eran tan grandes como los que veo en el mar de Galilea. No se veía exteriormente por donde fluía el agua al estanque; estaba cercado, y vivían algunas personas alrededor para cuidar su conservación. Jesús fue con sus acompañantes a este lugar y durante todo el camino habló de la historia de José y de sus hermanos. Enseñó también, aquí, junto al pozo. He visto que bendijo el pozo, cuando se alejó de allí.
La gente de Dothaim se volvió, y Jesús con sus discípulos se encaminó, haciendo una hora de camino, a Séforis, donde se albergó con los hijos de una hermana de Santa Ana. Séforis está sobre una montaña, a su vez rodeada por montañas, y es más grande que Cafarnaúm. Hay muchas granjas en torno de la ciudad, que pertenecen a ella. Jesús fue recibido no tan bien por los jefes de la sinagoga. Había en la ciudad gente mala que murmuraba de Jesús, diciendo que andaba vagando por el país en lugar de quedarse con su Madre y cuidarla. No sanó aquí a los enfermos y se mantuvo reservado; enseñó el sábado en la sinagoga y se hospedó junto a la misma. Visitó en cambio a muchos, en particular, especialmente a ciertos esenios, para consolarlos y exhortarlos, ya que las malas lenguas de los perversos los burlaban y molestaban por el amor que manifestaban a Jesús. En estas casas dijo también a varios hombres y a algunos primos de ellos que por ahora no le siguiesen, sino que permaneciesen amigos de Él en secreto, haciendo el bien que podían, mientras estuviera Él en vida y cumpliera su misión. Sus parientes hacen aquí todo el bien que pueden y ayudan a María, mandándole lo necesario. He visto a Jesús tratando con tanto amor y familiaridad con diversas familias de este lugar, que me quedé conmovida, y no lo puedo expresar: sólo lo recuerdo con lágrimas en los ojos.
Una cosa he visto esta noche que me impresionó de manera especial. Se levantó un viento muy impetuoso en Tierra Santa, y he visto a Jesús rezando junto con otras personas. Oraba con los brazos extendidos por la liberación de las desgracias. En el mismo momento tuve una visión de lo que pasaba en el mar de Galilea: se había levantado allí una gran tormenta y las barcas de Pedro, de Andrés y del Zebedeo estaban en gravísimo peligro de naufragar y romperse. A ellos los veía dormir tranquilos, en Betania, y sobre

las barcas estaban sus criados. De pronto veía yo la figura de Jesús, mientras oraba, aquí, y al mismo tiempo sobre las barcas y en el mar; ya sobre una ya sobre otra, ayudando, alejando el peligro o sugiriendo medios de evitarlo. No estaba Él en persona, porque no lo vi ir allá: estaba algo más elevado que las otras personas; parecía que flotaba sobre ellos. La gente de las barcas no lo veían; era como si su espíritu obrase allí mientras su cuerpo estaba lejos. Nadie supo cómo Él ayudaba. Creo que los ayudó porque esos criados creían en Él y le habían invocado en el peligro.

XXII
Jesús en Nazaret. Los tres jóvenes. La fiesta de Purim.

Desde Séforis fue caminando Jesús por senderos extraviados hasta algunas chacras, donde consoló y exhortó, en dirección a Nazaret, que está a dos horas. Tenía entre sus discípulos a dos o tres jóvenes hijos de unas viudas de esenios. Al llegar a Nazaret se albergó entre gente amiga y visitó a algunos en particular, sin llamar la atención. Los fariseos vinieron a verlo, exteriormente respetuosos, pero llenos de prevenciones contra Él. Le preguntaron qué pensaba hacer; por qué no se quedaba con su Madre. Jesús les contestó serio y decidido.

Aquí todo es preparativo para un día de ayuno por Ester y para la fiesta del Purim, que sigue de inmediato. Jesús enseñó en la sinagoga muy severamente. De noche lo he visto nuevamente orando, con los brazos extendidos. Lo vi aparecer en el mar de Galilea durante una tempestad. El peligro fue esta vez mayor y vi muchas barcas a punto de hundirse. Vi que Jesús ponía las manos en el timón, sin que el timonero se diera cuenta.

Después vi que los tres jóvenes ricos que habían estado antes con Jesús volvieron a rogarle los quisiera tomar como discípulos; casi se hincan delante de ÉL Jesús no los admitió. Les dijo varias cosas que debían observar si querían ser sus discípulos. Jesús veía que estos jóvenes tenían sólo miras humanas y no entendían otros motivos. Querían seguirle como se seguiría a un filósofo, a un famoso rabino, para con la ciencia aprendida de tal sabio dar honra a la ciudad natal de Nazaret. Les dolía porque veían que jóvenes de humilde condición y pobres de la ciudad le seguían y los recibía; y ellos eran rechazados. Después vi a Jesús hasta altas horas de la noche con el anciano esenio Eliud de Nazaret. Este anciano parece estar en las últimas, y está siempre sobre su lecho. Jesús está como tendido junto a él, y, apoyado en su brazo, le habla. El hombre está todo absorto en Dios.

Con el principio de la fiesta de Purim se oyen sonidos de un instrumento que tocan sobre la sinagoga. El instrumento está apoyado sobre un trípode: es hueco, con varios pitos, que entran y salen, y emite una melodía de varios tonos. Había niños que tocaban en arpas y pífanos. En honor de la heroína Ester hoy gozan de grandes libertades y derechos las mujeres y las jóvenes en la sinagoga: no estaban, como de costumbre, apartadas de los hombres, y hasta podían acercarse al recinto de los sacerdotes. Vinieron a la sinagoga procesiones de niños con varios vestidos: unos de blanco, otros de colorado. Entró también una joven que traía un aderezo extraño en la garganta: tenía una banda roja de sangre, figurando la garganta cortada, y de esa banda pendían cintas coloradas con botones sobre el vestido blanco, como si cayese sangre desde el cuello sobre la vestidura. Era una especie de

comparsa, pues marchaba con un espléndido manto cuyos extremos sostenían otras jóvenes; le seguía una multitud de jóvenes, niños y niñas. Llevaba una gorra alta y puntiaguda y un velo muy largo; en la mano traía algo como un cetro. La joven era hermosa y alta. No pude comprender qué se representaba: me parece que representaba a Ester, y me recordaba por otra parte a Judit; pero no parecía la que mató a Holofernes, pues venía con una criada que traía un cesto con preciosos regalos para el primer sacerdote. Le regalaba placas de preciosa hechura, que traía a veces sobre la frente, a veces sobre el pecho.

En un rincón de la sinagoga veíase, detrás de una cortina, el simulacro de un hombre tendido sobre un lecho del cual esa joven, le quitaba la cabeza y la presentaba al sacerdote principal. También daba a los sacerdotes, por una antigua costumbre, una amonestación sobre las principales faltas que se habían notado en el año; después de esto se retiraba. Vi que en otras fiestas semejantes tenían derecho ciertas mujeres de hacer amonestaciones a los sacerdotes.

En la sinagoga estaba abierto el libro de Ester y de ese rollo se iba leyendo por turno. También Jesús leyó. Los judíos, especialmente los niños, tenían maderitas y pequeños martillos consigo. Tirando un hilo pegaba el martillo sobre determinado nombre, mientras decían algo al mismo tiempo. Esto lo hacían cada vez que aparecía en la lectura el nombre de Aman.

Se celebraron también solemnes comidas. Jesús estuvo con los sacerdotes en la gran sala. Durante esta fiesta se veían adornos como en la fiesta de los Tabernáculos: muchas coronas de flores, hermosas rosas tan grandes como cabezas y pirámides de flores, hierbas, hojas, ramas y muchos frutos. Sobre la mesa se ponía un cordero entero y me maravillé del espléndido menaje que usaban en el servicio. Había fuentes de varios colores, transparentes, como piedras preciosas. Las gentes se hacen hoy muchos regalos unas a otras: alhajas, vestidos de fiesta, túnicas, manípulos, velos, correas con borlas y adornos varios. Jesús recibió un vestido de fiesta, con borlas en la parte inferior; pero Él no lo quiso aceptar y lo regaló a otros. Muchos daban sus regalos a los pobres, los cuales eran en estos días muy recordados. Después de la comida paseó Jesús rodeado de sus discípulos y de los sacerdotes en una especie de parque de recreo cerca de Nazaret. Tenía consigo tres rollos escritos y el libro de Ester y por turno leían algunos trozos. Grupos de jóvenes y doncellas seguían detrás; las doncellas oían la lectura a cierta distancia. He visto a algunos hombres, yendo de casa en casa, cobrando algo como una contribución.

Desde Nazaret se dirigió Jesús con sus discípulos hacia la ciudad de Apheke, a cuatro horas de distancia; pero volvió a Nazaret para la fiesta del sábado, y luego visitó al moribundo Eliud. Los sacerdotes de Nazaret no

podían comprender cómo pudo Jesús adquirir una ciencia tan grande después de su corta ausencia de Nazaret. No podían contradecir su enseñanza con éxito y algunos le tenían verdadera envidia. Cuando abandonó Nazaret le acompañaron un trecho de camino.

XXIII
Jesús en una posesión de Lázaro en Thirza

Jesús se encaminó por el sendero que hizo la Sagrada Familia en su huida a Egipto, y llegó con sus discípulos a un pequeño lugar, no lejos de Legión, donde la Sagrada Familia se había refugiado y donde vivían hombres despreciados que trabajaban como esclavos. Jesús compró aquí panes, lo repartió y lo multiplicó al distribuirlo a muchos. No se produjo por esto mucho concurso, porque Jesús no se detuvo mucho aquí: fue como de pasada. Prosiguiendo su camino, le salieron al encuentro Lázaro, Juan Marcos y Obed. En compañía de los tres prosiguió hacia una propiedad de Lázaro, en Thirza, a cinco horas de camino. Aunque llegaron por la noche sin ser advertidos, todo estaba preparado para recibirlos. Esta propiedad estaba situada en una montaña en dirección a Samaria, no lejos de los campos de Jacob. Un anciano judío que andaba descalzo y ceñido es el cuidador: estaba desde que María y José habían pasado y se habían albergado en este mismo lugar en su viaje a Belén. En este sitio habían Marta y Magdalena servido al Señor en el último año de la vida de Jesús, cuando enseñaba y le habían rogado que fuese a ver a su hermano
Lázaro que estaba enfermo. Cerca de esta posesión de Lázaro estaba el pueblo de Thirza, en una hermosa situación, a unas siete horas de Samaria. En condiciones de recibir mucho el sol, era esta localidad muy rica en trigo, vino y toda clase de frutas; por esto la mayor parte de sus habitantes trabajan la tierra y venden los frutos. En otro tiempo fue una ciudad grande y hermosa, habitada por reyes; ahora se ve el castillo quemado y la ciudad muy dañada por las guerras. El rey Amri había habitado en la casa que pertenecía a Lázaro hasta que pudo trasladarse a Samaria. Las gentes son muy piadosas; se mantienen silenciosas y reservadas. El lugar está como escondido y empequeñecido. Creo que en nuestros tiempos debe haber rastros de su existencia. Los habitantes no se comunican con los de Samaria. Jesús enseñó en la sinagoga, pero no sanó a los enfermos. Para el Sábado comenzó la fiesta de la dedicación del templo por Zorobabel, aunque no tan solemnes como las de los Macabeos. En las casas, en las calles, en los campos de pastoreo y en las sinagogas se ven luces y fuegos tradicionales. Jesús estuvo la mayor parte del día con sus discípulos en la sinagoga de Thirza. Comió en casa de Lázaro, pero muy parcamente: la mayor parte de los alimentos se repartían a los pobres, numerosos en este lugar. Los repartos se acostumbraban ya cuando se hospedaba Jesús aquí. De la grandeza de la ciudad quedan estos vestigios de murallas y torres derruidas. Parece que la casa de Lázaro, que está a un cuarto de hora de camino, formaba parte de la ciudad por los restos de murallas que se ven en lo que

hoy son jardines y praderas cultivadas. Lázaro había heredado esta posesión de su padre. Aquí, como en todas partes, Lázaro es tenido en honor, considerado como un hombre no sólo rico, sino piadoso, prudente e iluminado; su conducta es por otra parte muy distinta de los demás: tiene un proceder serio, habla poco y es muy compasivo, bondadoso y en todo muy medido. Cuando terminaron las fiestas Jesús abandonó a Thirza con sus discípulos y Lázaro, y se encaminó hacia Judea. El camino era el mismo de José y María, cuando fueron a Belén, a través de las montañas, a un lado de Samaria y por las mismas comarcas.
Lo veo subir a una alta montaña por la noche. Era una noche tranquila y sobre la región se extendía una ligera neblina. Le acompañan unos diez y ocho discípulos: van de dos en dos por el sendero; unos delante, otros detrás de Jesús. Éste, por momentos, calla; unas veces, ora, y otras, habla. La noche invita a la oración y a la quietud. Anduvieron toda la noche y hacia la mañana descansaron un tanto, tomando algún alimento; luego continuaron por una montaña fría, evitando las ciudades del camino.
No lejos de Samaria he visto al Señor con unos seis discípulos, cuando de pronto se presentó un hombre joven que, echándose a sus pies, le dijo: "Salva a este hombre, ya que Tú vas a librar a Judea y a restaurarla". Creía este hombre en un reino temporal de Cristo; pedía ser tomado como discípulo, y deseaba un empleo en ese reino. Este joven era huérfano, pero había heredado grandes posesiones de su padre y estaba empleado en Samaria. Jesús se mostró muy familiar con él; le dijo que cuando volviera le diría lo que le convenía hacer: le agradaba su humildad y su buena voluntad; que no había nada que decir sobre su pedido. Supe que el joven estaba muy aficionado a sus riquezas y que Jesús quería decirle lo que deseaba cuando hubiese elegido a sus discípulos para darles a ellos una enseñanza. Este joven vuelve, en efecto, de nuevo, y lo que entonces le dijo Jesús está en el Evangelio.
Por la tarde los veo llegar al albergue de los pastores, entre los dos desiertos, como a cinco o seis horas de Betania, donde en otro tiempo María y las santas mujeres pernoctaron cuando fueron a Betania, donde estaba Jesús antes de su bautismo. Los pastores de los alrededores se juntaron y trajeron regalos y alimentos. El albergue estaba convertido en sitio de oración. Ardía una lámpara y pernoctaron aquí. Jesús enseñó y celebró el sábado.
En este camino difícil y solitario Jesús pasó por donde María, en su viaje a Belén, tuvo tanto frío y donde luego halló alivio. Jesús pasó todo el sábado con sus discípulos entre pastores, que se consideraron muy felices y quedaron conmovidos. El mismo Jesús me pareció más alegre y jovial entre estos sencillos pastores. Después del sábado se encaminó hacia Betania, a cuatro horas de camino.

XXIV
La primera Pascua en Jerusalén

Jesús se albergaba en casa de Lázaro en la misma pieza que ocupó otras veces. Está arreglada como una sinagoga y es el oratorio de la familia. En el medio hay un atril, sobre el cual están colocados los rollos de las Escrituras. La pieza de Jesús está separada del oratorio por un tabique. A la mañana siguiente salió Marta para Jerusalén para ir a casa de María Marcos y de las otras mujeres a decirles que Jesús y Lázaro, su hermano, irían a la casa de María Marcos. En efecto, Jesús y Lázaro llegaron allí hacia el mediodía. En la comida estaban Verónica, Juana Chusa, Susana, los discípulos de Jesús y de Juan, de Jerusalén, Juan Marcos, los hijos de Simeón, el hijo de Verónica, los primos de José de Arimatea, como unos nueve hombres. No estaban ni Nicodemus ni José de Arimatea. Jesús habló de la proximidad del reino de Dios, de su misión, de su seguimiento y aún oscuramente de su pasión. La casa de Juan Marcos está delante de la ciudad, en la parte oriental, frente del Huerto de los Olivos: Jesús no necesitó atravesar la ciudad para ir hasta allá.

Por la tarde volvió con Lázaro a Betania. En Jerusalén ya se está hablando de Jesús, del nuevo Profeta que está ahora en Betania. Algunos se alegran de su cercanía; otros se escandalizan del Profeta de Nazaret. En los jardines y en el camino del Huerto de los Olivos se ve gente. Algunos fariseos están allí esperando verlo de pasada: habían oído decir que quizás entraría en la ciudad. Con todo, nadie le detuvo ni le interrogó. Veo que algunos se ocultan tras los setos para seguir observando, y dicen: "Ahí va el Profeta de Nazaret, el hijo del carpintero". Había mucha gente trabajando en los jardines y parques con la proximidad de las fiestas, limpiando, arreglando, podando y cortando los setos y las plantas. También se ven obreros y pobres trabajadores que van a Jerusalén a buscar ocupación, en la ciudad y en los jardines: van con sus instrumentos de labor, montados en asnillos. Uno de ellos era aquel Simón, que más tarde cargó con la cruz de Cristo.

Días después veo a Jesús de nuevo en Jerusalén y en la casa de Obed, el hijo de Simeón, no lejos del templo; luego en otra casa donde solía habitar la antigua familia de Simeón, frente al templo. Allí tomó una refección preparada y enviada por Marta y las otras mujeres. Los discípulos de Jerusalén, como unos nueve, estaban allí con Jesús. Éste habló con mucha ternura de la proximidad del reino de Dios. Todavía no fue al templo. Va sin temor alguno de un lado a otro. Viste una larga vestimenta blanca, que solían llevar los profetas. A menudo aparece a la vista de los demás, sin llamar la atención, y desaparece. Con todo, a veces su aparición es extraordinaria: su rostro es resplandeciente y su aspecto nada común.

Cuando por la tarde volvió a Betania, acudieron algunos discípulos de Juan, entre ellos Saturnino. Saludaron a Jesús y le hablaron de Juan: cómo ahora ya no iban a él tantos para ser bautizados; que en cambio Herodes trataba mucho al Bautista. Nicodemus vino esta tarde a Betania a casa de Lázaro y escuchó la enseñanza de Jesús. A la mañana siguiente fue Jesús a casa de Simón, el fariseo, que tenía una sala de fiesta en Betania. Había allí una comida: estaban reunidos Nicodemus, Lázaro, los discípulos de Juan, los discípulos de Jerusalén. Aparte estaban Marta y las mujeres de Jerusalén. Nicodemus casi no habla en presencia de Jesús, y sólo escucha atentamente su enseñanza. José de Arimatea pregunta algunas veces. Simón, el fariseo, no es mal hombre, pero aún está dudoso: está de parte de Jesús por la amistad que tiene con Lázaro y Nicodemus; pero le gusta andar bien con los demás fariseos. Jesús habló mucho en esta ocasión de los profetas y del cumplimiento de las profecías. Habló de la maravilla de la concepción de Juan, cómo lo libró Dios de la matanza de los inocentes y cómo fue su misión de preparar el camino. Habló también del poco caso que hace la gente del cumplimiento del tiempo de las profecías y dijo, entre otras cosas: "Son apenas treinta años, y ¿quién recuerda ahora, fuera de algunas piadosas y sencillas personas, que tres Reyes vinieron con su séquito desde el Oriente, siguiendo una estrella y buscaron a un Niño recién nacido, Rey de los Judíos, y lo encontraron como niño de pobres padres?... Tres días estuvieron allí. Si hubiesen venido para buscar a un príncipe nadie hubiese olvidado tan pronto su venida". No dijo, sin embargo, que ese Niño era Él mismo.
Después, acompañado por Lázaro y Saturnino, fue visitando las casas de los pobres enfermos y humildes obreros, sanando a unos seis. Estos enfermos eran estropeados, gotosos y melancólicos. Les mandó salir de sus casas a tomar el sol. No se nota en Betania ningún concurso de gente por causa de Jesús. Aún en estas curaciones se procedió sin llamar la atención. Lázaro, a quien todos respetan, es parte de que no se produzcan los tumultos y concurrencia desordenada de otros lugares. Por la tarde, que empezaba el primer día de Nisan, hubo una festividad en la sinagoga: me pareció la fiesta del novilunio, porque vi una iluminación en la escuela en forma de una luna, que en el transcurso de la oración se iba iluminando cada vez más, porque un hombre iba encendiendo detrás más luces.
Algunos días después vi a Jesús con Lázaro, Saturnino, Obed y otros discípulos en el templo, tomando parte en los cultos que allí se hacían; se ofrecía allí un carnero. La presencia de Jesús en el templo trae una conmoción entre los judíos. Lo extraño es que cada uno siente esta conmoción y no la manifiesta a los demás, que también se sienten movidos de secreta admiración. Es esto providencial, para dar a Jesús el tiempo de

cumplir toda su misión: si se hubiesen comunicado unos a otros su parecer, habrían puesto obstáculos a su desarrollo. Ahora combaten en algunos corazones el odio y la ira con la íntima admiración y emoción. En otros se despierta un deseo de conocer mejor a Jesús y se informan y preguntan para conocerlo mejor. Hubo también en esta ocasión un día de ayuno por la muerte de los hijos de Aarón.
En la casa de Lázaro están reunidos los discípulos de Jesús y otras personas piadosas. Jesús enseñó en una sala espaciosa donde se había colocado una silla para Él. De la misma forma como cuando hace poco habló de la venida de los tres Reyes Magos, así ahora habló de cosas pasadas. Dijo: "¿No hace diez y ocho años apenas desde que un pequeño Bachir (escolar) disputaba con los doctores de la ley, cuando ellos tanto se enojaron contra Él?". Dijo también lo que ese Niño les había enseñado.
Jesús estuvo de nuevo con Obed, que tiene un empleo en el templo y con otros discípulos en el sagrado recinto para la fiesta del sábado. Estaban de a dos entre los otros hombres de Jerusalén. Jesús tenía una vestidura blanca con faja y un manto también blanco, al modo de los esenios. Había en Él siempre algo que imponía y admiraba: sus vestidos eran siempre limpios y llamaban la atención, porque Él los llevaba. Cantó algo de los rollos, y oró con los demás alternativamente. Algunos precedían al rezo y lo guiaban. Se notaba que los presentes miraban maravillados y conmovidos, sin decirle a Él nada, y hablaban entre sí en secreto. He visto en muchas admirables conmociones y cambios. Tuvieron lugar tres predicaciones sobre los hijos de Israel, sobre la salida de Egipto y sobre el cordero pascual. Encima de un altar había incienso. Los sacerdotes no podían verse: sólo se veía el fuego y el humo del incienso. El fuego se veía a través de una rejilla sobre la cual estaba el adorno de un cordero pascual con rayos: a través de este adorno brillaba el fuego adentro. Este altar estaba cerca del Sancta Sanctorum, cuyas puntas parecían penetrar hasta él.
He visto a los fariseos, rezando, envueltos los brazos en una banda larga y angosta, como un velo. A eso de las dos de la tarde fue Jesús con sus acompañantes al templo, a una pieza en la antesala de Israel, donde se había preparado una comida de frutas trenzadas como coletas. Habían designado al maestresala que debía proveer al orden. En los lugares adyacentes se podía comprar todo lo necesario para esta comida. Los extranjeros tenían este derecho de vender. El templo era como una ciudad en pequeño; todo- se podía conseguir allí. Durante la comida Jesús enseñó. Cuando se alejaron los hombres comieron en el mismo lugar las mujeres. Hoy descubrí algo nuevo: Lázaro tenía un oficio en el templo, así como entre nosotros puede el alcalde tener ingerencia en la iglesia. He visto que pasaba con una caja en la mano colectando limosnas o el pago de algún impuesto. Jesús y los suyos

permanecieron toda la tarde en el templo. No lo he visto en Betania sino a eso de las nueve de la noche. Con ocasión de este sábado ardían innumerables lámpara en el templo.

XXV
María y los futuros apóstoles van a Jerusalén

María y las santas mujeres partieron de Cafarnaúm hacia Jerusalén. Van caminando por las cercanías de Nazaret y del Tabor, porque allí se juntarán otras mujeres, y a través de Samaria. Los discípulos de Galilea las habían precedido y algunos criados iban detrás de ellas llevando bultos y paquetes. Entre los hombres veo a Pedro, Andrés y su hermano uterino Jonatan, los hijos de Zebedeo[9], los hijos de María de Cleofás[10], Natanael Chased y Natanael, el de las bodas de Cana.

Al cuarto de Nisán estuvo Jesús toda la mañana con unos veinte discípulos en el templo. Después enseñó en casa de María Marcos[11] y tomó algún alimento. Luego lo vi en Betania, en casa de Simón el fariseo, con su amigo Lázaro. En todas partes están ocupados en elegir los corderos para la Pascua. Jesús estuvo de nuevo en el templo por la tarde, y enseñó después en la casa de José de Arimatea[12]. Esta vivienda está cerca de la de Juan Marcos, cerca de un taller de tallado de piedras. El lugar está algo apartado del pasaje común y los fariseos no frecuentan mucho este sitio; además ninguno de los enemigos se atreve a acercarse a Jesús: los que le odian lo hacen en secreto y no dan señal de ello en público. Jesús, por su parte, obra libremente en Jerusalén y en el templo. Se adelantó con Obed[13] entre el altar de los sacrificios y el templo donde hubo una prédica sobre la fiesta pascual y los usos de los sacerdotes. Sus discípulos quedaron atrás, en la antesala de Israel. Los fariseos se enojaron grandemente de verlo allí. Andando por los caminos habla con las gentes que van y vienen. Acude cada vez más gente a Jerusalén para las fiestas, especialmente trabajadores, obreros, peones, siervos y comerciantes con provisiones. Alrededor de la ciudad y en los sitios libres se levantan tiendas y chozas para albergar la gente que va llegando; también se traen a la ciudad muchos corderos y otros animales, y la gente elige sus corderos para la Pascua. Llegan también infieles y paganos.

En Betania Jesús enseña y sana a los enfermos públicamente. Le han traído algunos enfermos de otros lados y llegaron algunos parientes de Zacarías desde Hebrón para invitarlo a ir allá con ellos. Jesús estuvo de nuevo en el templo; y por la tarde, cuando la mayoría de los sacerdotes había abandonado el templo, enseñó en el lugar donde había estado con los discípulos, habiéndoles a ellos y a otros piadosos israelitas de la proximidad del reino de Dios, de la Pascua, del cumplimiento de las profecías y de las figuras del cordero pascual. Habló con mucha severidad, y algunos sacerdotes que aún estaban allí ocupados se sintieron conmovidos por sus palabras aunque guardaban rencor interior contra Él.

Después volvió Jesús a Betania y de allí, con los hombres que habían venido a buscarlo, se encaminó la misma noche hacia Hebrón con algunos de sus discípulos. Hebrón está como a cuatro horas de camino. En el templo se trabaja en los preparativos de la Pascua. En el interior se modifican varias cosas para esta ocasión. Pasajes y galerías se abren y limpian, y los tabiques son quitados para dejar espacio. Ahora se puede ir hacia el altar por varias partes y todo el aspecto interior ha cambiado completamente. Mientras tanto, Jesús camina hacia Hebrón con algunos de sus discípulos y con la gente que lo vino a buscar, parientes de Zacarías. Va por el camino entre Jerusalén y Belén. Habrá que andar unas cinco horas. A través de Juta llegó a Hebrón, donde enseñó libremente y sanó a muchos enfermos. Volvió a Betania para la fiesta del sábado. El camino va por alturas de la montaña. Comienza a hacer calor. Algunos discípulos de Juan, que habían venido con Jesús, vuelven ahora a ver a Juan. Para el Sábado estuvo en el templo y se fue hasta el vestíbulo con Obed, donde había una silla para enseñar; más tarde enseñó allí. Estaban sentados sacerdotes y levitas en círculo alrededor de la silla de enseñanza, desde la cual uno desarrollaba un tema sobre la fiesta pascual. La aparición de Jesús motivó una gran agitación entre los presentes, especialmente cuando hizo una pregunta que nadie pudo contestar, o hizo alguna aclaración sobre la predicación. Entre otras cosas dijo que había llegado el tiempo en que el tipo y figura del cordero pascual tendría su realización; que esta ceremonia y el templo mismo tendrían su fin. Habló en modo figurado, pero con tanta exactitud y claridad, que yo pensé, sin quererlo, en aquel pasaje del Pange lingua, que dice: Et antiquum documentum novo cedat ritui. Cuando los fariseos le preguntaron quien le había dicho esas cosas Él contestó que su Padre se las había dicho, sin decir más de su Padre. Jesús hablaba en general, y los fariseos, aunque grandemente airados contra Él, no se atrevieron a molestarle; estaban llenos de ira y de admiración al mismo tiempo, cosa que no sabían explicarse. No estaba permitido entrar en esta parte del templo, pero a Él, como Profeta, se le permitió. En el último año de su vida Jesús enseñó en este lugar.
Después del sábado se volvió de nuevo a Betania. Hasta ahora no lo he visto hablar de nuevo con María la Silenciosa. Creo que su fin está cerca. Me parece que en ella se ha operado algún cambio. Está tendida en el suelo, sobre unas mantas oscuras, sostenida en brazos por las criadas: sufre una especie de desmayo. Me parece como si estuviera ahora más en contacto con la tierra, pues debe sufrir aquí y debe permanecer algún tiempo más sobre ella. Hasta ahora estuvo como ausente de la tierra; no sabiendo lo que en ella pasaba. Debe saber que ese Jesús, que está en su casa de Betania, es Aquél que deberá sufrir tanto, y ella debe quedarse algún tiempo más en esta tierra para sufrir con Él por compasión. Luego habría de morir muy

pronto. La noche del Sábado Jesús visitó a la Silenciosa y le habló largo rato. Por momentos estaba tendida en su lecho, y por momentos se paseaba. Se encuentra ahora en sus cabales: se da cuenta de lo que es la tierra, lo que es la vida del otro mundo y que Jesús es el Cordero de Dios, el Salvador, que por esa causa tendrá que padecer mucho. Está triste a causa de este pensamiento y el mundo pesa sobre ella en forma abrumadora. De un modo especial le contrista la ingratitud de los hombres, que conoce de antemano. Jesús habló largamente con ella de la proximidad del reino de Dios y de sus padecimientos; después la bendijo y la dejó. Está ahora muy hermosa y esbelta, pálida, como transparente; tiene las manos como de marfil y dedos finos. A la mañana Jesús sanó en Betania a muchos que le habían traído de lugares aún lejanos y también a extranjeros que habían acudido a las fiestas, estropeados y ciegos. Todo lo hizo abiertamente y en público. Vinieron también algunos hombres del templo, a pedirle cuenta de su proceder, preguntándole quien le había autorizado ayer para mezclarse y hablar durante la explicación. Jesús les contestó con serenidad y habló de nuevo de su Padre. Los fariseos no se atrevían a enfrentarse directamente con Él: sentían como un temor en su presencia y no sabían explicarse lo que les pasaba. Jesús no se dejó atemorizar y enseñó nuevamente en el templo. Todos los discípulos de Galilea, que habían estado en las bodas de Cana, se habían reunido aquí. María y las santas mujeres habitan en la casa de María Marcos. Lázaro compró muchos corderos elegidos, y después de haberlos preparado los repartió entre los trabajadores y peones.

XXVI
Jesús echa a los mercaderes del templo

Cuando Jesús acompañado de sus discípulos llegó al templo, hizo salir del círculo de la oración, con toda amabilidad, a muchos vendedores de comestibles, de hierbas, de aves y corderos, y les indicó el lugar en la antesala llamada de los gentiles. Los amonestó amigablemente diciéndoles que era muy inconveniente el balido de los corderos y la presencia de animales en ese lugar. Ayudó con sus discípulos a transportar las mesas y cajones y les hizo lugar en el nuevo sitio. El mismo día sanó a muchos enfermos de los extranjeros venidos a Jerusalén, especialmente a pobres trabajadores estropeados que solían vivir en las cercanías del Cenáculo en el monte Sión.

Hay en Jerusalén una afluencia extraordinaria de gente. Alrededor de la ciudad se ven grandes extensiones de chozas y tiendas, y en las plazas y lugares abiertos hileras de edificios y tiendas largas, como calles, donde se puede obtener lo que se necesita en grande abundancia para levantar tiendas y amueblarlas y para la venta de los corderos de Pascua. En estos negocios algunas cosas se compran y otras se alquilan. Grandes masas- de obreros y de pobres de todo el país están allí ocupados en traer y llevar objetos. Estos obreros hace ya tiempo que han limpiado los lugares y alejado todo lo que puede obstruir los sitios donde se instalan las tiendas y los puestos; otros obreros han cortado y arreglado los cercos, limpiado los caminos, preparado lugares sacando escombros e instalando casitas y tiendas. Desde semanas atrás se han mejorado los caminos carreteros. Todos estos trabajos se refieren a los preparativos de la Pascua, cuando se sacrifican los corderos, como los preparativos del Bautista se dirigían a preparar los caminos al Cordero de Dios que ha de ser sacrificado por los pecados del mundo.

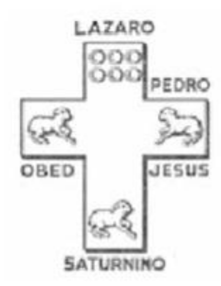
Al volver más tarde Jesús al templo tuvo que echar nuevamente a los mercaderes que habían invadido los lugares prohibidos, porque estando ahora por la gran afluencia de gente todos los pasajes y puertas abiertos, muchos de ellos se habían internado hasta el lugar de oración. Jesús los echó de allí, empujando sus mesas, procediendo con más energía y decisión que la primera vez. Los discípulos le ayudaban en la obra; pero había allí gente soez y atrevida que, con ademán airado y estirando el cuello contra Jesús, le resistían, de modo que Jesús mismo tuvo que empujar con una mano las mesas que allí se veían. No pudieron hacerle nada, a pesar del enojo que tenían contra Él. El lugar de oración se encontró pronto desocupado. Los mercaderes fueron alejados hacia la parte exterior del templo. Les dijo claramente que por dos veces los había apartado de allí a las buenas; que si volvían por tercera vez iba a proceder con violencia. Por este motivo

algunos de los más osados gritaron contra Él: qué se pensaba ese Galileo, ese discípulo de Nazaret añadiendo que no le temían. A pesar de esto, salieron del lugar. Había mucho público alrededor y los judíos piadosos le daban razón y lo alababan, aunque a cierta distancia. Alguien clamó también: "El profeta de Nazaret". Los fariseos se mostraban escandalizados y avergonzados. En los días anteriores habían dicho en secreto al pueblo que durante las fiestas se abstuvieran de juntarse con ese hombre extraño; que no le siguiesen y no hablasen tanto de Él y de sus cosas. Pero el pueblo mostraba cada vez mayor interés por Él, máxime ahora habían llegado muchas personas curadas por Él y que escucharon en otros sitios sus enseñanzas. Al salir Jesús del templo, estando en una antesala, clamó a Él un estropeado pidiéndole la salud, y habiéndolo sanado, empezó éste, contento, a gritar en el templo, contando su curación; de modo que se levantó allí un gran tumulto y admiración.
El Bautista no viene a las fiestas de Pascua; no se atiene a las exigencias exteriores de la ley, como los demás hombres. Es una voz que debe clamar; una voz revestida de carne humana con un destino superior. Hay ahora de nuevo grande afluencia en su bautismo, pues van llegando muchos forasteros para las fiestas de Jerusalén. Por la tarde se hizo silencio en la ciudad; todos se ocupaban en el interior de sus casas en barrer las levaduras para preparar el pan sin levadura; se veían los objetos cubiertos con colgaduras. Lo mismo ocurría en la casa que Lázaro tenía en el monte Sión, donde Jesús y los suyos se disponían a comer el cordero pascual. Jesús también andaba en estos preparativos, enseñando de paso. Las cosas se hacían con orden bajo su dirección. No se procedía aquí con ese temor como entre los demás judíos. Jesús les declaraba lo que había de símbolo en estos preparativos y lo que los fariseos habían añadido por su cuenta.

XXVII
La celebración de la Pascua por Jesús, Lázaro y sus discípulos

Algunos días después hallábase Jesús en Betania. Cuando vi nuevamente muchos mercaderes en los lugares de oración del templo, pensé que si estuviera Jesús allí lo pasarían mal estos atrevidos. Por la tarde se sacrificaron los corderos en el templo. Hacíase esto con un orden y destreza admirables. Cada uno traía su cordero sobre los hombros; todos avanzaban en orden y había sitio para todos. Veíanse tres patios en torno del altar para esperar; entre el altar y el templo había gran multitud. Delante de los sacrificadores había barandillas y aparatos con todas las comodidades; con todo, estaban tan cerca unos de otros, que la sangre de un cordero salpicaba al del lado, y así los vestidos de' estos encargados estaban llenos de sangre. Los sacerdotes estaban en hileras hasta el altar y los recipientes, vacíos o llenos de sangre, pasaban de unas manos a otras. Antes que los judíos desentrañaran a estos corderos, los ataban de tal manera que las entrañas las podían sacar fácilmente con un instrumento, ayudado por otro. La operación de quitar la piel procedía con facilidad: la levantaban un tanto y la sujetaban a un bastón redondo; ponían el cordero delante de su pecho colgado y sujeto al cuello del sacrificador; y luego con las dos manos enrollaban la piel con mucha destreza. Hacia la tarde se había terminado la tarea de sacrificar corderos. Era un atardecer rojizo.

Lázaro, Obed y Saturnino[14] sacrificaron los tres corderos que comieron Jesús y los suyos. La comida tuvo lugar en la casa que Lázaro poseía en el monte Sión. Era un gran edificio con dos alas. En la sala donde comieron estaba instalado el bracero donde asaron los corderos; era, sin embargo, muy diferente del que he visto en el Cenáculo. Este era más levantado, como el hogar que había visto en casa de Ana y de María y en Cana de Galilea. En las gruesas paredes había lugares vanos donde colocaron los corderos: estaban sujetos sobre maderas, como crucificados. La sala estaba bien adornada y comieron en mesas que, con gran maravilla mía, estaban colocadas en forma de cruz. Lázaro estaba sentado donde termina la cruz, rodeado de muchas fuentes y platos para el servicio con hierbas amargas, y los corderos estaban como lo indica el siguiente esquema:



En torno de Jesús había parientes, amigos y discípulos de Galilea; en torno de Obed y de Lázaro estaban los discípulos de Jerusalén, y en torno de Saturnino, los discípulos del Bautista. Eran unos treinta.

Esta primera Pascua fue muy diversa de la última de Jesús, que procedió conforme al ceremonial judío. Todos tenían sus báculos en la mano; estaban ceñidos y comieron apresurados. En la otra Pascua, tuvo Jesús dos palos en forma de cruz. Cantaron aquí salmos y comieron de pie, no dejando nada sobrante. Más tarde se sentaron con más comodidad a la mesa. Con todo, había algunas cosas diferentes de lo que solían hacer los judíos. Jesús les declaraba las cosas y ellos dejaron de lado ciertas prácticas que habían introducido los fariseos por su cuenta. Jesús trinchó los tres corderos y sirvió en la mesa y dijo que Él hacía esto como servidor de todos. Después permanecieron hasta la noche juntos, y cantaron salmos y rezaron.

Hoy estaba todo silencioso y misterioso en Jerusalén. Los judíos que no sacrificaban, estaban quietos en sus casas, que solían adornar con plantas y hierbas de verde oscuro. La muchísima gente que después de sacrificar los corderos se había quedado en sus casas, está hoy ocupada en diversos quehaceres, y toda la ciudad tiene un aspecto de tristeza abrumadora. Hoy he visto donde se asan tantos corderos para los forasteros acompañados en torno de la ciudad. Se habían levantado fuera y dentro de la ciudad, en los lugares libres, unas anchas paredes sobre las cuales se podía andar cómodamente y sobre éstas se habían erigido, uno al lado de otro, multitud de hornos. De distancia en distancia había un capataz que vigilaba el orden y daba, por una módica retribución, lo necesario para asar los corderos. En estos braceros y hornos solían cocinar en otras ocasiones los forasteros y extranjeros que iban a la ciudad. El quemar las gorduras de los corderos duró hasta muy entrada la noche; luego fue purificado el altar, y a la mañana siguiente se abrieron de nuevo las puertas del templo.

Jesús y sus discípulos habían pasado casi toda la noche en oraciones en casa de Lázaro. Los discípulos de Galilea durmieron en lugares que se habían levantado junto al edificio. Al rayar el día se dirigieron al templo, ya iluminado con muchas lámparas. En todas partes se veían gentes que subían

al templo con sus sacrificios. Jesús y los suyos estaban en una antesala, donde Él enseñaba. De nuevo veíase allí una multitud de mercaderes, instalados hasta pocos pasos del lugar de oración y de las mujeres. Como vinieran aún más, les mandó Jesús que se retirasen y ordenó salir a los que estaban allí; pero ellos se resistieron y llamaron a los guardianes pidiendo ayuda. Estos avisaron al Sanedrín, porque se sentían impotentes. Jesús ordenó a los mercaderes que se retiraran de allí, y como se resistiesen, sacó de sus vestidos un cinto tejido de juncos delgados; corrió un anillo, de modo que el cinto se abrió en forma de un azote de varias partes y con este instrumento arremetió contra los mercaderes, volteó las mesas y arrolló a los más osados por delante, mientras los discípulos hacían lo mismo a ambos lados, y así desocuparon todo aquel espacio. En esto llegó un grupo de sacerdotes del Sanedrín, y le pidieron cuenta de su proceder: quién le daba derecho de hacer eso. Él les contestó que aunque el Santo de los Santos ya no estaba en el templo y éste caminaba a su ruina, con todo era todavía un lugar sagrado; que la oración de tantos fieles se levantaba del templo; que el templo no era lugar de comercio, de trampas y engaños de monederos y de vil tráfico y usura. Ya que le pedían cuenta en nombre de quien obraba, les dijo que era en nombre de su Padre. Como le preguntaran quién era su Padre, contestó que no era el momento de explicarlo y que tampoco no lo entenderían. Diciendo esto se apartó de ellos, siguiendo en su tarea de echar a los mercaderes. Acudieron también dos grupos de soldados, y los sacerdotes nada osaron hacer contra Jesús, porque estaban avergonzados ellos mismos del desorden. Había muchos del pueblo que daban la razón al Profeta; los mismos soldados ayudaron a apartar las mesas de los vendedores y sacarlas con las mercaderías desparramadas. De este modo Jesús y sus discípulos arrojaron a los mercaderes fuera del templo. Sólo a los que vendían palomas, pequeños panes y refrescos en las tiendas instaladas en la antesala, los dejó, porque no molestaban y vendían cosas más o menos necesarias.

Después de esto salió con sus discípulos al vestíbulo. Serían las siete u ocho de la mañana cuando sucedió todo esto. Por la tarde salió una especie de procesión a lo largo del valle del Cedrón, para cortar los primeros manojos de la cosecha. En uno de estos días Jesús sanó a unos diez estropeados en el vestíbulo del templo y a otros que eran mudos. Esto levantó un murmullo de admiración, porque los sanados clamaban publicando el hecho, llenos de contento. Nuevamente se presentaron, los fariseos para pedir cuenta a Jesús de su proceder; pero Jesús les contestó con tono severo, y nada pudieron hacer porque el pueblo estaba muy entusiasmado con Él. Después de las ceremonias del culto oyó la explicación en una sala del templo con sus discípulos: se explicaba el libro de Moisés. Jesús hizo diversas preguntas,

por que era ésta una especie de escuela pública, donde se podía discutir y preguntar; al fin redujo a silencio a todos, y dio una explicación muy distinta de la que daban los fariseos acerca del punto que se leía de Moisés.
Durante estos días Jesús no estuvo casi con su Madre que hallábase todo el tiempo en casa de María Marcos, llena de angustia y lágrimas y en oración, temerosa del alboroto que se levantaba a causa de su proceder en el templo. Después del tumulto mayor que se levantó a raíz de haber sanado a los enfermos, Jesús se retiró a Betania y celebró el sábado en casa de Lázaro. Después del sábado, fueron los fariseos a casa de María Marcos a buscar a Jesús para prenderlo. Como no lo encontraron, dijeron a María y a las demás mujeres, que eran secuaces de Jesús, que dejasen la ciudad y que saliesen de ella. María y las otras mujeres se afligieron mucho y se dirigieron a Betania, a casa de Marta. María, llorosa, se fue a la habitación de Marta, en ese momento junto a su hermana María la Silenciosa, que estaba muy enferma, de nuevo fuera de sí, en un mundo superior, donde ya veía lo que había entrevisto durante su vida mortal en espíritu. Así, no pudiendo más con su angustia y su tristeza, esta María la Silenciosa murió en brazos de María, de Marta, de María Cleofás y de las otras santas mujeres.
Nicodemus acudió durante el día por mediación de Lázaro, a pesar de la persecución contra Jesús, que la noche anterior la pasó enseñando. Antes de rayar el alba se dirigió Jesús con Nicodemus a casa de Lázaro, en el monte Sión. Llegó también José de Arimatea junto a Jesús. Él les habló y ellos se humillaron delante de Jesús. Dijeron que sabían quién era Él, que era más que un hombre ordinario e hicieron votos de servirle hasta la muerte. Jesús les mandó que se mantuvieran reservados y ellos le pidieron que los conservara en su amor. Después de esto llegaron los demás discípulos que habían comido la Pascua con Él, y Jesús les dio enseñanzas y advertencias para el futuro próximo. Se saludaron dándose la mano y se secaron las lágrimas con el paño angosto que solían llevar al cuello y con el cual a veces se cubrían la cabeza.

NOTAS:

[1] El padre jesuita Lamy, poseído por varios años, a raíz de un ofrecimiento voluntario, describe la presencia de Satanás en esta forma: "Satanás se me presenta alto y de hermosa presencia, cabellos rubios, barba corta y atildada. Lo veo como un hombre fuerte, de recia musculatura, vestido con una especie de peplo de forma griega, de color blanco, que le llega hasta los pies. Veo que de continuo se levantan a lo largo de su cuerpo, por la túnica y la barba, dos llamaradas desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, donde parece que se juntan en un haz. Unas llamas más densas son de un color negro como pez hirviente y las otras como lenguas de fuego de color común. El sufre y calla. No le estorban estos tormentos en sus movimientos. Cuando María Santísima me hace el favor de mostrármelo en su aspecto de fuego, me persuado de que sufre horribles tormentos, aunque lo vea sereno".

[2] Las seducciones del cine, inventado a principios de este siglo, compensan ampliamente el fracaso de la primera función y del primer operador cinematográfico: Satanás.

[3] Aunque la teología disputa sobre el lugar donde está situado el Infierno, la mayor parte de las revelaciones de los santos lo colocan en el centro de la tierra, pareciendo lógico que allí donde ha pecado el hombre allí sea castigado.

[4] "Por esto os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a Mí. para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lucas, 22-30).

[5] Las preces ordenadas por León XIII en 1884 para que fueran recitadas después de la misa, contra los demonios, se relacionan con las frecuentes visitas que la estigmatizada Catalina Pilljung hizo en Roma al Papa. Esta estigmatizada fue recibida más tarde por Pío X y murió el 4 de agosto de 1915.

[6] Eliud e Ismeria fueron los padres de santa Ana, que tuvo por hermanas a Sobé y a Maraha.

[7] La fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, tenía también, según la vidente, algo misterioso. "Veo, dice, que la fruta se partió, y vi dentro de ella figuras y cosas; desapareció de entre sus manos sin que yo haya visto un comer con la boca como al presente". Santa Hildegarda dice que existe aún el árbol en el Paraíso y que Enoch y Elias se abstienen de comer de su fruto.

[8] Muchas explicaciones eruditas e ingeniosas se han dado para explicar esta frase del Señor; pero lo que ve la vidente parece lo más satisfactorio; en efecto, las sogas pasarían por el ojo de la aguja, pero una a una; de igual modo el rico deberá despojarse de lo superfluo para entrar en el cielo.

[9] Los hijos del Zebedeo son Santiago el Mayor y Juan Evangelista. Son hijos de María Salomé y del Zebedeo. María Salomé es hija de Sobé, hermana de Santa Ana.

[10] María Cleofás, llamada así por el nombre de su padre, es hija de María Helí, hija mayor de Santa Ana. María Cleofás es madre de Judas Tadeo, de Simón y de Santiago el Menor. Su marido Alfeo, que era viudo, le dio a Leví (Mateo). De su segundo matrimonio con

Sabas, es madre de José Bársabas, y de su tercer matrimonio con Jonás, es madre de Simeón, que fue obispo de Jerusalén.

[11] María Marcos, madre de Juan Marcos, discípulo del Señor.

[12] José de Arimatea y su amigo Nicodemus tenían en Jerusalén un taller de tallado de piedras. Arabos son del consejo del templo.

[13] Obed es hijo de Simeón, el anciano del templo de Jerusalén.

[14] Saturnino, hijo de padres paganos, había venido a Jerusalén a raíz de los Reyes Magos. Sus padres vivían en Fatras y era de ascendencia real. Fue discípulo de Juan y muy temprano pasó a serlo de Jesús.